



20

Antología de cuentos

J.M. Machado De Assis

Serie
Río de Letras

Literatura
Plan Nacional de Lectura y Escritura



20

Antología de cuentos

J.M. Machado De Assis



Antología de cuentos / J. M. Machado de Assis 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Educación Nacional, 2016

p. : il. (Río de letras. Literatura)

“Edición Digital para la Biblioteca 2.0 del PNLE. Obra seleccionadas por ser representativas de la tradición literaria latinoamericana”

ISBN 978-958-691-841-1

1. Literatura 2. Retórica

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Juan Manuel Santos Calderón

Presidente de la República

Gina Parody d'Echeona

Ministra de Educación Nacional

Víctor Javier Saavedra Mercado

Viceministro de Educación Preescolar,
Básica y Media

Ana Bolena Escobar Escobar

Directora de Calidad para la Educación
Preescolar, Básica y Media

Paola Trujillo Pulido

Subdirectora de Fomento de Competencias

Sandra Morales Corredor

Gerente del Plan Nacional de Lectura
y Escritura

CIER Centro

Coordinación editorial, diseño, ilustración
y diagramación

Mauricio Arévalo Arbeláez

Edición, selección y traducción

Equipo pedagógico del PNLE

Selección de textos y revisión de material

ISBN: 978-958-691-841-1

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.



Antología de cuentos

J.M. Machado De Assis



Índice

Tabla de recursos	7
Sobre la Colección Literatura	8
Biografía	10
La cartomántica	13
Noche de almirante	23
Misa de gallo	31
Cántiga de esponsales	40
Un hombre célebre	45
Miss Dollar	56
El espejo	82
La iglesia del diablo	91
Teoría del fanfarrón	100
La serenísima república	109

Tabla de recursos

Encuentra junto a este libro recursos digitales para conocer, comprender e interpretar la obra literaria.




Antes de la lectura

 Animación: Machado de Assis : un hombre de letras 12




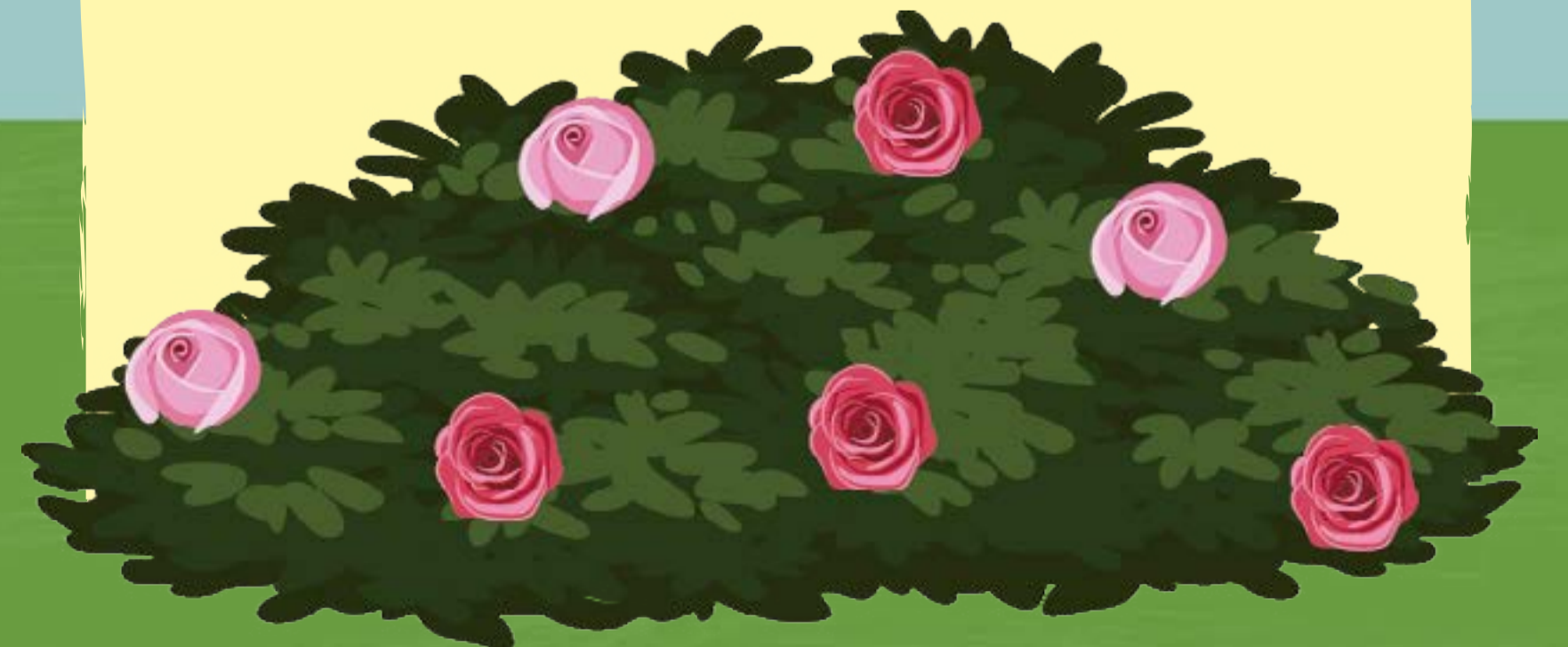
Durante la lectura

 Audio: Filosofía del espejo 83



Después de la lectura

 Galería: Rio de Janeiro: conoce la ciudad de Machado de Assis 117



Sobre la Colección **Literatura**

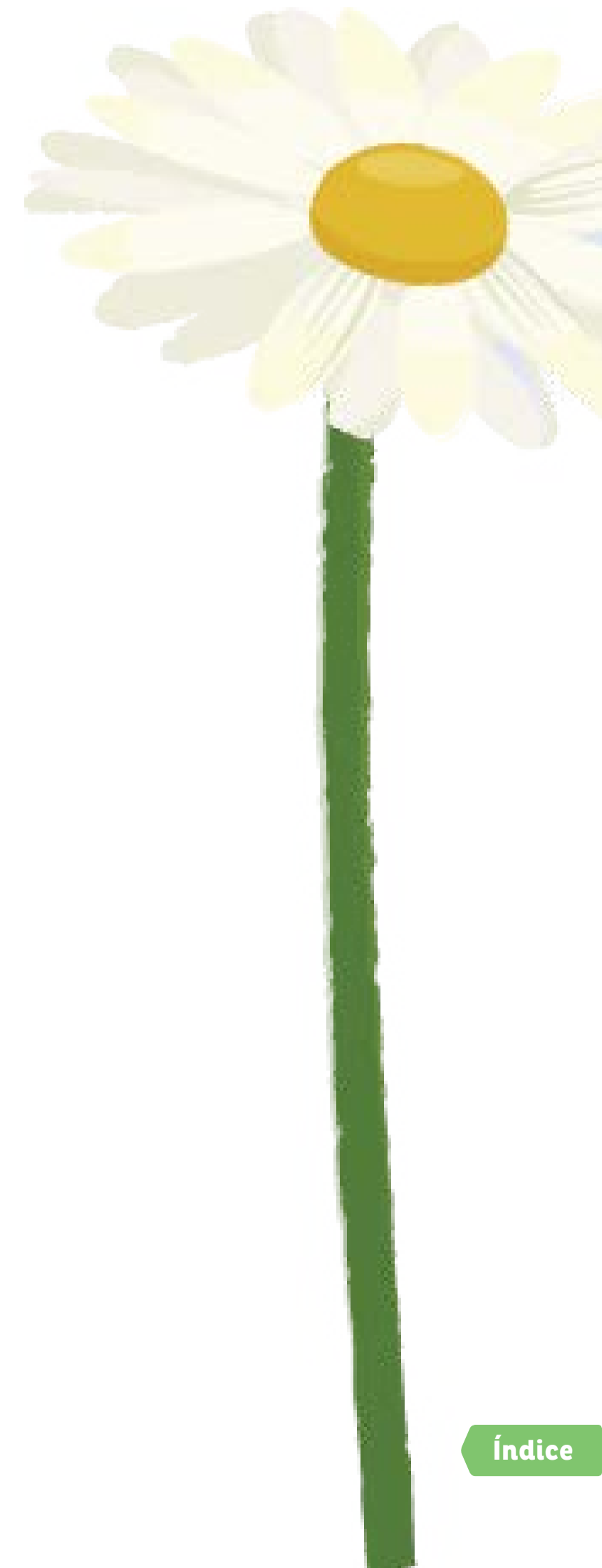
La manera de representarnos como individuos y ciudadanos, por medio de la lectura y escritura, dice mucho de la sociedad en la que vivimos y a la que aspiramos. Por ello el Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi Cuento», del Ministerio de Educación Nacional, pone a disposición de los lectores colombianos 24 títulos de literatura latinoamericana que dan cuenta de la riqueza cultural de nuestro pasado literario y de los rasgos más característicos de la cultura latinoamericana.

Se trata de obras seleccionadas por ser representativas de las tradiciones literarias de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Perú y Uruguay, entre otros. Son libros que a lo largo de toda la historia latinoamericana han tenido una influencia decisiva en la cultura mundial, pues dejan al descubierto situaciones históricas, sociales y culturales propias de una época determinada, a través de una estética rica en descripciones y en expresiones propias del lenguaje figurado, del humor, de la sátira y de la ironía.

Esta colección de literatura latinoamericana está en formato digital enriquecido por recursos pedagógicos multimedia. Así, además de literatura de alta calidad, ofrecemos contenidos que permitirán el acceso masivo desde diferentes lugares del país, y del mundo, así como una herramienta para el trabajo en el aula y la biblioteca escolar, además de una conexión con las nuevas formas de aprender de niños, niñas y jóvenes de esta generación.

La lectura de estos textos ofrece el contexto histórico, social, político y artístico de cada obra, articulado con las particularidades de forma y contenido significativas para la interpretación. Además, el contenido está dispuesto para que el lector profundice en cada aspecto relevante de la obra a medida que se avanza en la lectura, con actividades de comprensión y apropiación en tres etapas: antes de iniciar la lectura, durante la lectura y después de la lectura.

Gina Parody d'Echeona





Biografía

Joaquim Machado de Assis nació el 21 de junio de 1839 en Rio de Janeiro. Era hijo del mulato Francisco José de Assis, un pintor de brocha gorda descendiente de esclavos libertos, y la portuguesa Maria Leopoldina Machado, una lavandera de las islas Azores.

Desde muy niño, Machado mostró una salud frágil: era epiléptico y tartamudo. Su padre y su madre murieron cuando él todavía era muy joven. Machado se fue a vivir con su tía en San Cristóbal y, para subsistir, se hizo vendedor de dulces. En el pueblo lo apodaron Machadinho. Cuando no estaba trabajando, el niño aprovechaba para ir a la escuela. Dicen todos que era un estudiante ejemplar. Fue apadrinado por una mujer francesa, dueña de una panadería, que le pagaba sus clases de idiomas. Así, Machado aprendió francés e inglés y, muy joven, tradujo *Los trabajadores del mar* de Victor Hugo y el cuento *El cuervo* de Edgar Allan Poe.

Pronto inició su actividad literaria. Su primera obra estaba marcada por tintes románticos como en los poemarios *Crisálidas*, *Americanas* y *Casi ministro*. Desde la corta edad de quince años, Machado comenzó a colaborar en periódicos, como cronista, cuentista y crítico literario, y poco a poco alcanzó un respeto como intelectual incluso antes de convertirse en un gran novelista. Logró hacerse amigo de José de Alencar, autor de las novelas *El guaraní* e *Iracema*, el escritor más importante en Brasil de la época, quien empezó a sentir respeto y admiración por la joven promesa de las letras brasileñas.

En 1869 contrajo matrimonio con la portuguesa Carolina de Novaes. En 1873 ingresó al Ministerio de Agricultura, Comercio y Obras Públicas, como primer oficial. Posteriormente ascendería en su carrera y se jubilaría en el cargo de director del Ministerio de Transportes y Obras Públicas.

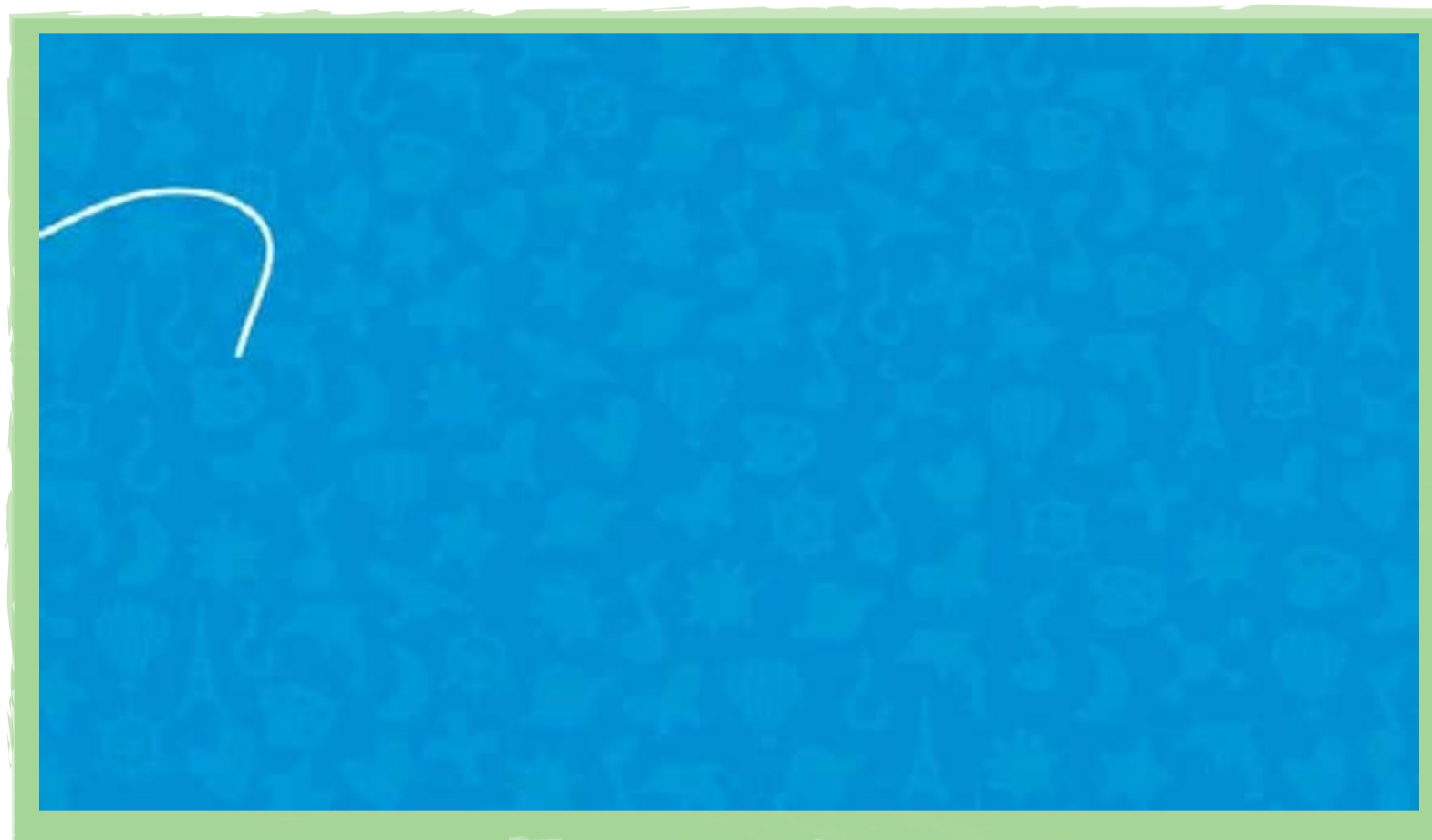
En 1881 publicó *Memorias póstumas de Bras Cubas*, la novela que lo distancia definitivamente de su etapa romántica y que marca el inicio del realismo en Brasil. El libro, experimental, arriesgado, vanguardista e innovador está narrado por un difunto y dedicado al primer gusano que “royó las frías carnes de su cadáver”. Aunque están clasificadas dentro del género del realismo, las novelas de esta segunda etapa van más allá y rompen los parámetros de lo que hasta entonces se conocía como “relato realista”, lo que lo lleva a crear una obra única en la literatura latinoamericana.

El humor, la exploración de un mundo interior, las perspectivas de narración y un cierto sentido existencialista le darán a sus relatos un tono particular que no es común en las letras universales. Destacan los cuentos, recopilados en *Papéis Avulsos* (1882), *Várias Histórias* (1896), *Páginas Recolhidas* (1906), *Relíquias da Casa Velha* (1906) y el libro de poemas *Ocidentais*; así como sus cinco novelas más importantes: *Memorias póstumas de Bras Cubas* (1881), *Quincas Borba* (1892), *Don Casmurro* (1900), y las dos últimas y enlazadas, *Esaú e Jacó* (1904) y *Memorial de Aires* (1908).

En 1896, Machado fundó la Academia de las Letras Brasileñas, uno de sus mayores logros en vida. En 1908, murió en la casa donde había vivido con su esposa, quien también había fallecido unos años antes y a quien le compuso uno de sus más lindos poemas, *Carolina*.

Machado de Assis: un hombre de letras

Observa la siguiente animación. Luego traza una línea de tiempo y marca los acontecimientos más importantes de la vida del escritor brasileño.



La cartomántica



Dice Hamlet a Horacio que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía. Eso mismo le decía la bella Rita al joven Camilo un viernes de noviembre de 1869, cuando él se burlaba de ella por haber ido el día anterior a consultar una cartomántica.

—Ríete si quieres. Los hombres son así; no creen en nada. Pues te diré que fui a verla y antes de que alcanzara a abrir siquiera la boca, ya había adivinado el motivo de mi visita. Tan pronto empezó a poner las cartas en la mesa, me dijo: “usted está enamorada de un hombre...” Asentí, y ella siguió colocando las figuras hasta que me declaró al fin que yo tenía miedo de que tú me olvidaras, pero que estaba equivocada...

—Era ella la equivocada —interrumpió Camilo riendo.

—No hables así, Camilo. Si supieras cuánto he sufrido por tu causa en estos días. Ahora lo sabes, porque acabo de decírtelo. No te rías de mí, no te rías...

Camilo la cogió de las manos y la miró a los ojos serio y fijo. Le juró que la quería mucho y que sus temores eran infundados. En todo caso, cuando tuviera alguno, la mejor cartomántica era él mismo. Después la reprendió, le dijo que era imprudente andar por esos lugares. Si Vilela se enterara...

— ¡Qué va a saber! Tuve mucho cuidado al entrar a la casa.

— ¿Dónde vive la bruja?

— Cerca de aquí, en la Calle de la Guardia Vieja; estaba desierta en ese momento. Tranquilízate, no soy tonta.

Camilo se echó a reír de nuevo.

— ¿Pero de verdad crees en eso? —preguntó.

Fue entonces cuando ella, sin saber que traducía a Hamlet, le dijo que había muchas cosas misteriosas y verdaderas en este mundo. Si él no creía en ellas, era asunto suyo. Lo único cierto era que la cartomántica lo había adivinado todo. Prueba de ello era la tranquilidad que ahora sentía la mujer.

Rita pensó que el joven iba a decir algo, pero Camilo calló para no desilusionarla. Además, en su niñez, y aun mucho después, había sido supersticioso y había tenido un arsenal entero de creencias que su madre le había inculcado y que a los veinte años habían desaparecido. El día en que se despojó de toda aquella maleza parasitaria, dejando apenas el tronco desnudo de la religión, el joven envolvió en una negación total las viejas enseñanzas de su madre. Camilo no creía en nada de aquello. ¿Por qué? Él mismo no sabría decirlo, no tenía un solo argumento: se limitaba a negarlo todo; y aun esta frase es incorrecta: porque negar supone una afirmación, y Camilo no formulaba la incredulidad; se limitaba a encogerse de hombros ante el misterio y a vivir su vida.

Ambos se separaron contentos, sobre todo él; Rita estaba segura de su amor. Y Camilo no solo lo sabía, sino que la veía temblar ante la idea de que él la abandonara, arriesgarse por su culpa y hasta correr en busca de adivinas; y, aunque se lo reprochara, no dejaba de sentirse halagado. La casa donde los dos amantes se encontraban quedaba en la antigua Calle de Los Barbonos, en la que vivía una

mujer del mismo pueblo de Rita. Bajó ella por la Calle de Las Mangueiras, en dirección a su casa en Botafogo. Camilo enrumbó por la Guardia Vieja y al pasar echó una ojeada a la casa de la cartomántica.

Vilela, Camilo y Rita. Tres nombres, una aventura y ninguna explicación de su origen; es hora de que la demos. Los dos primeros eran amigos desde la infancia. Vilela estudió Derecho; Camilo eligió la burocracia, contra la voluntad de su padre, que quería verlo médico. Pero el padre murió y Camilo anduvo de un lado para otro, sin hacer nada, hasta que su madre logró conseguirle un empleo oficial. A principios de 1869 retornó Vilela de provincias, donde se había casado con una joven hermosa y algo frívola; abandonó la magistratura y montó su propio bufete de abogado. Camilo le consiguió casa en la zona de Botafogo y fue a recibirlo al puerto.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Rita estrechándole la mano—. ¡No sabe cuánto he oído de usted! Mi marido lo aprecia mucho.

Camilo y Vilela se miraron con ternura; eran de verdad muy amigos.

Luego Camilo se dijo a sí mismo que la mujer de Vilela no desmentía en nada lo que este le había dicho en su cartas. Era realmente bonita y vivaz, con grandes ojos que brillaban y una boca fina y tentadora. Era un poco mayor que ellos; pasaba los treinta, mientras que Vilela contaba con veintinueve y Camilo con veintiséis; sin embargo, el grave porte de Vilela lo hacía parecer mayor que ella. En cuanto a Camilo, el joven era un ingenuo en la parte moral y en la práctica; le faltaba la huella que deja el tiempo y hasta esos anteojos que la naturaleza pone en la cuna de algunos para anticipar a los años. No contaba ni con experiencia ni con intuición.

Empezaron a verse con frecuencia. La convivencia trajo intimidad. Al poco tiempo murió la madre de Camilo, y en aquellos momentos amargos —que en verdad lo fueron—, los dos demostraron ser grandes amigos suyos: Vilela se hizo cargo del entierro, las misas y el testamento; Rita se dedicó a aliviar el corazón del joven, cosa que nadie podría hacer mejor.

Nunca supo Camilo cómo llegaron a enamorarse. La verdad era que disfrutaba pasar las horas a su lado, era su enfermera moral, casi una hermana; pero también, y ante todo, era mujer y bonita. El *odor di femina*¹ era lo que él aspiraba

¹ Expresión en latín que significa “aroma de mujer”. Es una denominación culta que, durante el siglo XIX, estuvo de moda en la literatura y las artes gracias a la famosa ópera de Mozart *Don Giovanni*. (Nota del traductor).

a su lado, impregnándole los sentidos. Leían los mismos libros, iban juntos al teatro y al parque. Camilo le enseñó a jugar a las damas y al ajedrez, y sostenían largas partidas por las noches, sin mucho acierto ella, él un poco mejor y por complacerla. Hasta ahí, todo bien. En cuanto a lo personal, estaban los insistentes ojos de Rita buscando muchas veces los suyos, consultándole antes que al marido todos sus problemas; y las manos heladas, las actitudes imprevistas... El día en que Camilo cumplió años recibió de Vilela un bastón elegante y de Rita apenas una tarjeta con un saludo simple escrito a lápiz. Fue entonces, al no poder apartar la mirada de la tarjeta, que consiguió leer en su propio corazón. Palabras triviales, pero eran trivialidades sublimes o, por lo menos, placenteras. El coche destartado donde por primera vez paseamos, corridos los visillos, con la mujer amada, vale tanto o más que la carroza de Apolo. Así son los hombres y las cosas que los rodean.

Camilo intentó sinceramente huir de aquel amor, pero ya no podía. Rita llegó a él como una serpiente, se enroscó a su cuerpo, hizo crujir sus huesos en un estremecimiento y, gota a gota, vertió en su boca el veneno prohibido. Él quedó rendido y sumido. Padecimientos, temores, remordimientos, deseos: todo se mezclaba a un mismo tiempo. Pero la batalla fue breve y la victoria apasionada. ¡Adiós escrúpulos! No tardó el zapato en ajustarse al pie, y ambos emprendieron el camino, puertas afuera, unidas las manos y rozando apenas los céspedes y los guijarros, sin tiempo para sentir otra cosa distinta a la nostalgia que sufrían cuando estaban separados. Vilela siguió profesando a ambos la misma estimación y confianza; pero cierto día recibió Camilo un anónimo, en el que se le tachaba de inmoral y pérfido, y le anunciaban que ya todo el mundo estaba al tanto de aquella aventura. Camilo se asustó mucho y, para disipar las sospechas, empezó a espaciar sus visitas a la casa de Vilela; ante el reproche de este, Camilo se excusó pretextando un amorío propio de su edad. Su ingenuidad engendró astucia. Las ausencias se prolongaron y las visitas cesaron por completo. Quizá influyó en esto el amor propio y el afán de esquivar las amabilidades del marido para atenuar la alevosía del acto.

Fue por esos días que Rita, recelosa y asustada, fue a visitar a la cartomántica para consultarle sobre la causa de la conducta de Camilo. Ya sabemos que la mujer le restituyó la confianza en el amor del joven y que él la reprendió por haber hecho lo que hizo. Corrieron las semanas y Camilo recibió dos o tres anónimos más, escritos con una pasión que hacía descartar la hipótesis

de alguna advertencia moralizadora, dejando traslucir más bien el despecho secreto de algún rival. Tal fue la opinión de Rita al saberlo, pues formuló, con palabras menos airoas, este aforismo: La virtud es perezosa y avara, no gasta tiempo ni papel. Solo el propio interés es activo y pródigo.

Ni por esto Camilo quedó más tranquilo. Temía que el autor de los anónimos los hiciese llegar también a Vilela, pues en ese caso la catástrofe vendría sin remedio. Rita también creía que eso era posible.

—Está bien —dijo—, me llevaré los sobres, para confrontar la letra con la de las cartas que él reciba. Si alguna tiene igual letra, la guardo y la rompo.

No llegó ninguna. Pero, al poco tiempo, Vilela empezó a mostrarse sombrío, hablando poco; parecía desconfiado. Rita se dio prisa en contárselo a su amante, y ambos deliberaron sobre el asunto: Rita pensaba que Camilo debía reiniciar sus visitas, a ver si el marido le confiaba alguna cosa; Camilo no estaba de acuerdo: aparecer después de tantos meses era confirmar la sospecha. Era mejor ser cautelosos y sacrificarse algunas semanas. Acordaron la manera de escribirse en caso de urgencia y se separaron con lágrimas.

Al día siguiente, estando en el Ministerio, recibió Camilo la siguiente nota de Vilela: “Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible”. Era mediodía. Camilo se dirigió hacia allí de inmediato; ya en la calle, pensó que habría sido más lógico que Vilela lo hubiese citado en su bufete. ¿Por qué había preferido su casa? No era normal; y la letra, realidad o ilusión, le pareció temblorosa, como trazada por una mano convulsa. ¿Tendría algo que ver con lo que Rita le había contado el día anterior? “Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible”, repetía Camilo con los ojos fijos en el papel.

En su imaginación vio asomar el rabillo de un drama: Rita, de rodillas, sollozante; Vilela, colérico, escribiendo la nota, seguro de que iría, aguardando para matarlo. Camilo se estremeció; tenía miedo; luego se ríó con una risa falsa; en el fondo, no aceptaba la idea de retroceder. Siguió pues su marcha, pero en el trayecto se le vino la idea de pasar antes por su casa. Rita podría haberle dejado un recado que le explicara toda la confusión. No encontró nada ni a nadie. Descendió de nuevo las escaleras, mientras la idea de que Vilela los hubiese descubierto le parecía cada vez más verosímil. Era apenas natural que el autor de aquellos anónimos le hubiese escrito también al marido. Era

muy probable que Vilela estuviese enterado de todo. El solo hecho de que él no hubiese vuelto por su casa, sin razón aparente y con un pretexto tan fútil, sería suficiente para confirmar sus sospechas.

Camilo caminaba inquieto y nervioso; no releía ya la carta, pero las palabras, que se sabía de memoria, aparecían fijas delante de sus ojos o, lo que era peor, las escuchaba como un murmullo en el oído, con la misma voz de su amigo: “Ven inmediatamente a casa; necesito hablarte lo más pronto posible”. Dichas así, por la voz del otro, aquellas palabras tenían un tono de misterio y amenaza. “Ven inmediatamente a casa”. ¿Para qué? Era cerca de la una. Su inquietud crecía minuto a minuto; imaginó tantas veces lo que iba a ocurrir, que llegó a creerlo y a verlo. En efecto, tenía miedo. Analizó la posibilidad de llevar un arma, pues nada perdería con esa útil precaución; pero al instante rechazó la idea, disgustado consigo mismo y, apurando el paso, se dirigió a la plaza de la Carioca, con el fin de tomar allí un coche de punto. Se acomodó en uno, y el jamelgo arrancó al trote largo, apurado por el cochero, al que Camilo ordenó que se diera prisa.

—Mientras más pronto, mejor —pensó— No puedo estar así.

El paso trotón del caballo aumentaba su inquietud; el tiempo volaba y no tardaría en enfrentar el peligro. Casi al final de la Guardia Vieja, el coche debió detenerse, pues un carro volcado obstruía el tránsito. Camilo esperó, alegrándose en su interior por aquella pausa inesperada. Al cabo de unos minutos advirtió que se hallaba casi en frente de la casa de la adivina; el joven anheló en ese momento que la profecía resultase verdadera. Miró hacia la casa, que daba hacia la derecha; todos los balcones estaban cerrados, en contraste con los de las fachadas vecinas, por donde asomaban caras curiosas atentas a los sucesos de la calle. Se diría que aquella casa hermética era la mansión del impasible destino.

Camilo se hundió en su asiento para no mirar. Su agitación aumentaba; desde el fondo de su conciencia emergían fantasmas de otros tiempos, viejas creencias, supersticiones antiguas. El cochero le propuso girar por la primera esquina y tomar otro camino, pero Camilo prefirió que esperaran. Y se inclinaba para mirar de reojo la casa... hizo un gesto de incredulidad. La idea de consultar a la cartomántica, que se le antojaba lejana con alas grises, apareció, desapareció,

reapareció y volvió a desvanecerse en su cerebro; y al cabo de un rato volvió a aletear, cada vez más cerca, trazando círculos concéntricos... Ya los transeúntes gritaban, poniendo en marcha el carro varado: ¡Arre, arre! ¡Ya, vamos!

Otro instante y quedaría libre la calle. Camilo cerraba los ojos y trataba de pensar en otra cosa; pero la voz del marido le murmuraba insistentemente las palabras de la carta: “Ven inmediatamente a mi casa; necesito hablarte lo más pronto posible...” Y se imaginaba, temblando, el desenlace del drama. Miraba la casa de la hechicera; sus piernas parecían querer apearse del coche y entrar... Un velo espeso le nubló los ojos... Pensó de pronto en el misterio que rodea las cosas de este mundo. Oía la voz de su madre narrándole sucesos inexplicables, y la frase del príncipe de Dinamarca le rondaba el cerebro: “hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía”. ¿Qué podía perder si...?

De pronto, y sin saber cómo, se vio en la acera al frente de la puerta. Pidió al cochero que esperara; entró en el zaguán y empezó a subir las escaleras... Estaban en la penumbra y sus pies tropezaban en los gastados peldaños; pero él no se percataba de nada. Llegó arriba y llamó. Como nadie atendió su llamado, Camilo pensó en descender la escalera de nuevo. Era ya tarde: la curiosidad le hostigaba la sangre; le latían las sienas. Volvió a llamar una, dos, tres veces. Vino una mujer; era la cartomántica. Camilo dijo que quería hacerle una consulta y ella lo hizo pasar. Subieron hasta el desván por una escalera más estrecha y oscura que la anterior. Arriba había un cuarto pequeño, escasamente iluminado por una ventana que daba al tejado vecino. Unos muebles viejos y raídos, unas paredes sucias y un ambiente de pobreza que no solo no afectaba el misterio del sitio, sino que ayudaba a acentuarlo.

Pidió la bruja a Camilo que se sentara frente a una mesa; ella tomó asiento al otro lado, de espaldas a la ventana, de tal modo que la escasa luz que por allí se filtraba daba de lleno en el rostro del joven. Abrió una gaveta y sacó de allí una baraja muy gastada y sucia. Mientras barajaba los naipes miraba de soslayo el rostro de su cliente. Era una mujer de unos cuarenta años, italiana, flaca y morena, con un par de ojos ladinos y penetrantes.

—Veamos primero cuál es la razón que lo trae por aquí. Usted está muy asustado...

Camilo, asombrado, hizo un gesto de afirmación.

—Y quiere saber —continuó ella — si le amenaza algún peligro...

—A mí y a ella —replicó de inmediato Camilo.

La cartomántica no sonrió y le pidió que esperase. Volvió a barajar las cartas con sus dedos largos y finos. Barajó y volvió a hacerlo, y cortó luego una, dos, tres veces. Después descubrió las cartas. Camilo no le apartaba los ojos, llenos de curiosidad e inquietud.



—Las cartas me dicen...

Camilo se inclinó sobre la mesa, pendiente de las palabras de la adivina. Ella le dijo que no tenía por qué temer; que ni a él ni a ella habría de sucederles nada malo. El otro no estaba enterado de nada, aunque era necesario que obrasen con cautela: la envidia y el despecho tejían en la sombra una red para atraparlos. La bruja siguió hablándole del amor que los unía, de la belleza de Rita... Camilo se sentía deslumbrado. La cartomántica calló al fin, guardó los naipes y cerró la gaveta.

—¡Ah, Señora! ¡Le restituye usted la paz a mi espíritu! —exclamó el joven, extendiendo la mano por encima de la mesa y estrechando la de la cartomántica.

La mujer se puso de pie, sonriendo.

—Vaya usted tranquilo —dijo—. Vaya, *ragazzo innamorato*...

Y parada a su lado, le tocó la frente con el dedo índice. Camilo se estremeció, como si hubiese sentido el contacto de la Sibila, y se puso a su vez de pie. Sobre un aparador había un plato con varios racimos de pasas. Cogió uno la adivina, y empezó a morder las frutas, descubriendo dos hileras de dientes blanquísimos. Hasta en una acción común, la mujer tenía un aire particular. Camilo, ansioso por salir, no sabía cómo pagarle la consulta, puesto que ignoraba el precio.

—Estas pasas son caras —dijo al fin, sacando su cartera —: ¿Cuántas piensa usted encargar?

—Pregunte usted a su corazón —respondió ella.

Tomó Camilo un billete de diez mil réis², y se lo entregó. Los ojos de la cartomántica brillaron; el precio normal era de dos mil réis.

—Veo bien que el señor ama mucho a esa mujer... —dijo— Y hace usted bien. Ella le corresponde... ¡Váyase pues tranquilo! Cuidado con las escaleras, que están oscuras; no olvide su sombrero.

Se había guardado el billete y lo acompañaba a bajar, hablándole con su ligero acento italiano. Camilo se despidió de ella en la planta baja y descendió los peldaños que llevaban a la calle, mientras la adivina, muy alegre con la paga, volvía a subir canturreando una barcarola. Camilo montó en el coche; la calle estaba ya libre y el caballo arrancó a buen paso.

Todo le parecía mejor ahora; las cosas tomaban otro aspecto; el cielo era claro y los transeúntes alegres. Camilo se burló de sus temores, que le parecían ahora pueriles. Recordó los términos de la carta de Vilela, y debió reconocer que eran íntimos y familiares. ¿En qué parte había interpretado él una amenaza? También recordó que eran urgentes: acaso había obrado mal demorándose tanto en acudir. Tal vez se trataba de un asunto grave, muy grave.

— ¡Dese prisa, por favor! —repetía al cochero.

² Réis es una deformación de la palabra portuguesa *reais* que significa “real” o “perteneciente al rey”. Fue el nombre que recibió la moneda de Portugal entre 1500 y 1911. En Brasil se mantuvo la designación de esta moneda después de que se convirtiera en un estado independiente en 1822. (Nota del traductor).

Se ingenió cualquier cosa para excusar la demora a su amigo. Se puso a pensar después en aprovechar la lección y reanudar sus visitas a la casa. Se le revolían en el alma las palabras de la cartomántica. Era cierto: la mujer había adivinado el motivo de su visita, la situación en que se hallaba y la existencia de un tercero. ¿Cómo dudar entonces de sus predicciones? Si había adivinado un presente que no conocía, podía decirse lo mismo del futuro. Y por estos caminos, lentos y seguros, volvían a la superficie de su alma las antiguas creencias de la niñez y se sentía de nuevo aprisionado por la garra del misterio. A ratos trataba de alejar aquellas ideas, y reía de sí mismo con un poco de vergüenza. Pero la hechicera, las cartas, la seguridad de sus palabras, aquel último consejo de “Vaya usted tranquilo, *ragazzo innamorato*”... y hasta la barcarola de despedida, lenta y graciosa... todo esto eran experiencias recién sucedidas que, al lado de las antiguas, contribuían a afirmar una fe nueva y vigorosa.

La verdad es que tenía el corazón alegre e impaciente, pensando en las horas felices de antes y las que estaban por venir. Al pasar por el puerto contempló el mar, dejando vagar la mirada hasta el confín en donde agua y cielo se dan un abrazo infinito; y tuvo la viva sensación de un porvenir largo, larguísimo, interminable.

Un momento después llegaba frente a la casa de Vilela. Se apeó, empujó la verja del jardín y entró. La casa estaba en silencio. Subió los seis peldaños de la escalinata y llamó con los nudillos en la puerta principal; esta se abrió al punto, dejando aparecer a Vilela.

— ¡Perdóname, hombre, no pude venir antes! ¿Qué sucede?

Vilela no respondió. Tenía una expresión descompuesta en el rostro. Con un gesto lo invitó a pasar al gabinete. Apenas entró, Camilo lanzó un grito de terror: en el fondo del aposento, tendida en un canapé, yacía Rita, ensangrentada y sin vida. Lo aferró Vilela por el cuello y, de dos tiros de revólver, lo dejó muerto en el suelo.



Noche de almirante



Deolindo Viento Grande (era un apodo de a bordo) salió del Arsenal de Marina y se enrumbo por la Calle de Braganza. Daban las tres de la tarde. Era la flor fina de los marineros y llevaba, además, un aire de felicidad en los ojos. Su corbeta había regresado de un largo viaje de instrucción, y Deolindo bajó a tierra tan pronto como obtuvo la licencia. Los compañeros le decían, riendo:

— ¡Ah! ¡Viento Grande! ¡Qué noche de almirante vas a pasar! Cena, violín y los brazos de Genoveva. Aquel cuellito de Genoveva...

Deolindo sonrió. Así era, en efecto, una noche de almirante, como ellos decían, una de esas noches de almirante que lo esperaba en tierra. La pasión había comenzado tres meses antes de zarpar. Se llamaba Genoveva, mestiza de veinte años, pícara, ojos negros y atrevidos. Se conocieron en casa de un tercero y quedaron prendados uno del otro, a tal punto que estuvieron próximos a cometer una locura: él dejaría el servicio y se iría con ella al pueblo más recóndito del interior.

La vieja Ignacia, que vivía con ella, logró disuadirlos. Deolindo no tuvo más remedio que embarcarse en el viaje de instrucción. Eran ocho o diez meses de ausencia. Como prenda recíproca, decidieron hacer un juramento de fidelidad.

—Juro por Dios que está en el cielo. ¿Y tú?

—Yo también.

—Dilo.

—Juro por Dios que está en el cielo o que me falte la luz en la hora de la muerte.

Quedaba sellado el contrato. No podía dudarse de la sinceridad de ambos: ella lloraba amargamente, él se mordía los labios para disimular la pena. Al final se separaron. Genoveva fue a ver la salida de la corbeta y volvió a su casa con tal angustia en el corazón que parecía que “le iba a dar algo”. Nada le dio, felizmente; los días fueron pasando, las semanas, los meses; diez meses, al cabo de los cuales la corbeta regresó y Deolindo con ella.

Y ahí va él ahora, por la Calle Braganza, Praiña y Saúde, hasta el comienzo de la Gamboa, donde vive Genoveva. La casa es de fachadita oscura, agrietada por el sol, pasando el cementerio de los ingleses; allí debe estar Genoveva, inclinada en la ventana, esperándolo. Deolindo piensa lo que va a decirle. Tiene lista una frase: “Juré y cumplí”. Pero busca una mejor. Al mismo tiempo recuerda las mujeres que vio por esos mundos de Cristo, italianas, marsellesas, turcas, muchas de ellas bonitas, o que al menos a él se lo parecían. Reconoce que no todas le hubieran hecho caso, pero sí algunas, y ni aun por eso se interesó en ellas. Solo pensaba en Genoveva. La casita de ella, tan pequeña, con sus muebles de patas rotas, con todo viejo y con tan poco... era eso lo que recordaba cuando estaba delante de los palacios de otras tierras. A costa de muchos ahorros, compró en Trieste un par de aretes, que lleva ahora en el bolso, con algunas chucherías. Y ella, ¿qué le habría guardado? Tal vez un pañuelo marcado con su nombre y un ancla en una esquina, porque sabía bordar muy bien. En estas llegó a la Gamboa, pasó el cementerio y encontró la casa cerrada. Golpeó la puerta; le respondió una voz conocida, la de la vieja Ignacia, que vino a abrirle con grandes exclamaciones de placer. Deolindo, impaciente, preguntó por Genoveva.

—No me hable de esa loca —atajó la vieja—. Estoy bien satisfecha con el consejo que le di. ¡Imagínese si se hubiera fugado usted con ella! Lo hubiera hecho quedar como un imbécil.

—Pero, ¿qué pasó?, ¿qué pasó?

La vieja le dijo que se calmara, que no era nada, de esas cosas que pasan en la vida; no valía la pena amargarse. Genoveva andaba chiflada de la cabeza.

— ¿Por qué chiflada?

—Está con un vendedor ambulante, José Diogo. ¿Conoce a José Diogo, vendedor de telas? Está con él. No se imagina el apasionamiento de los dos. Ella está medio enloquecida. Fue ese el motivo de nuestra pelea. José Diogo no salía de esta puerta; no paraban de conversar, hasta que un día les dije que no quería ver mi casa difamada. ¡Ah! ¡Padre mío del cielo! ¡El día del juicio final! Genoveva me abrió unos ojos de este tamaño, diciéndome que nunca difamó a nadie y que no necesitaba limosnas. “¿Qué limosnas, Genoveva? Lo que yo digo es que no quiero esos cuchicheos en la puerta, desde el Ave María...” Dos días después se mudó, furiosa conmigo.

— ¿Dónde está viviendo?

—En Playa Formosa, antes de llegar a la cantera, en una casa de puertas recién pintadas.

Deolindo no quiso oír nada más. La vieja Ignacia, un tanto arrepentida, alcanzó a darle incluso consejos de prudencia, pero él no los escuchó y se marchó. Omito anotar lo que pensó durante el camino; no pensó nada. Las ideas se le arremolinaban en el cerebro, como en hora de temporal, en medio de una confusión de vientos y silbatos. Entre ellas rutilaba el cuchillo de a bordo, ensangrentado y vengador. Había pasado Gamboa, el Recodo de Alferes; entró en Playa Formosa. No sabía el número de la casa, pero era cerca de la cantera, recién pintada, y podría encontrarla con la ayuda de los vecinos. No contó con el azar, que hizo sentar a Genoveva junto a la ventana, a coser, en el instante en que Deolindo pasaba por el frente. La reconoció y se detuvo; ella, notando la presencia de un hombre, alzó los ojos y se encontró con el marino.

— ¿Cómo es esto? —exclamó sorprendida—. ¿Cuándo llegaste? Entra.

Y, levantándose, abrió la puerta y lo hizo pasar. Cualquiera otro hombre se hubiera sentido lleno de esperanzas; tan franca era la actitud de la muchacha. Podía ser que la vieja se hubiera equivocado o que mintiera; podía ser incluso que el cuento con el vendedor se hubiera terminado. Todo esto se le pasó por la cabeza, sin la forma precisa de un raciocinio o de una reflexión, sino en una discordia rápida. Genoveva dejó la puerta abierta, lo hizo sentarse, le pidió noticias del viaje y lo encontró más gordo; ninguna emoción, ninguna intimidación. Deolindo perdió la última esperanza. A falta de un puñal, bastaríanle las manos para estrangular a Genoveva, que era menudita, y durante los primeros minutos no pensó en otra cosa.

—Lo sé todo — dijo.

— ¿Quién te lo contó?

Deolindo se encogió de hombros.

—Fuera quien fuera —prosiguió ella—, ¿te dijeron que hay un muchacho que me gusta mucho?

—Eso me dijeron.

—Te dijeron la verdad.

Deolindo sintió un impulso violento; ella lo detuvo con la sola mirada. Luego le dijo que, si le había abierto la puerta, era porque lo consideraba un hombre sensato. Después le contó todo: las nostalgias que había sufrido, los propuestas del vendedor, los rechazos de ella, hasta que un día, sin saber cómo, amaneció sintiendo que lo amaba.

—Puedes creerme que pensé mucho, mucho en ti. Que te cuente doña Ignacia todo lo que lloré... pero mi corazón cambió... cambió... te cuento todo esto como si estuviera delante del confesor — concluyó sonriendo.

No sonreía con burla. Pero el tono de sus palabras era una mezcla de inocencia y cinismo, de insolencia y sencillez que desisto de definir mejor. Creo incluso que insolencia y cinismo no son términos apropiados. Genoveva no se defendía de haber cometido un error o un perjurio; no se defendía de nada; carecía del sentido moral de sus actos. Lo que decía, en resumen, es que hubiera sido mejor no haber cambiado. Fue feliz con el amor de Deolindo, la prueba está en que hasta quiso huir con él; pero desde el momento en que el vendedor venció

al marino, la razón estaba de parte del ventero y así había que decirlo. ¿Qué os parece? El pobre marinero citaba el juramento de despedida, como una obligación eterna ante la cual había consentido en no huir, y embarcarse: “Juro por el Dios que está en el cielo; y que si miento, la luz me falte en la hora de la muerte”. Si se embarcó fue por confiar en lo que ella le había jurado. Fueron esas palabras las que lo sostuvieron mientras anduvo, viajó, esperó y regresó; fueron ellas las que le dieron fuerza para vivir. *Juro por Dios que está en el cielo; y si miento, la luz me falte en la hora de la muerte...*

—Pues sí, Deolindo, era verdad. Cuando juré era verdad. Tan verdad que yo quería huir contigo para el sertón³ ¡Solo Dios sabe que era verdad! Pero vinieron otras cosas... Apareció este muchacho y a mí me empezó a gustar...

—Pero si uno jura es para eso mismo; para que ya no le guste nadie más...

—Deja eso, Deolindo. ¿Ahora vas a decirme que solo pensaste en mí? Déjate de cosas...

— ¿A qué hora vuelve José Diogo?

—No vuelve hoy.

— ¿No?

—No vuelve; anda por los lados de Guaratiba con la mercancía; debe regresar el viernes o el sábado... ¿Y por qué lo quieres saber? ¿Qué mal te ha hecho él?

Quizá cualquier otra mujer hubiese dicho las mismas frases; pocas les darían una expresión tan cándida, no por una intención deliberada, sino sin proponérselo. Mirad qué cerca estamos aquí de la naturaleza. ¿Qué mal le había hecho él? ¿Qué mal le había hecho esta piedra que cae de lo alto? Cualquier maestro de física le explicaría la caída de las piedras. Deolindo declaró, con un gesto de desespero, que quería matarlo. Genoveva lo miró con desprecio, esbozó una sonrisa e hizo un ademán de desdén; y, recordando sus reproches de ingratitud y perjurio, no pudo disimular su asombro. ¿Qué perjurio? ¿Qué ingratitud? Ya le había dicho y le repetía que cuando juró era verdad. Nuestra Señora, que allí

³ El sertón es una vasta región semiárida del Nordeste brasileño que incluye partes de los estados de Sergipe, Alagoas, Bahia, Pernambuco, Paraíba, Rio Grande do Norte, Ceará y Piauí. (Nota del traductor)

estaba encima de la cómoda, sabía si era verdad o no. ¿Era así como le pagaba todo lo que sufrió?; y él, a quien se le llenaba la boca de fidelidad, ¿se había acordado de ella mientras viajaba por el mundo?

La respuesta de él fue llevarse la mano al bolsillo y sacar el paquete que le traía. Ella lo abrió, retiró las chucherías, una por una, hasta que se topó al fin con los aretes. No eran ni podían ser lujosos; eran incluso de mal gusto, pero tenían en todo caso una apariencia rutilante. Genoveva los tomó, contenta, deslumbrada; los miró por todos lados, de lejos y de cerca, y finalmente se los colocó en las orejas; después fue hasta el espejo redondo, colgado en la pared, entre la ventana y la puerta, para ver cómo le quedaban. Retrocedió, se acercó, volteó la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—Sí, señor, muy lindos —dijo, haciendo una gran reverencia de agradecimiento—. ¿Dónde los compraste?

Creo que él no respondió nada, ni hubiera tenido tiempo para hacerlo, porque ella le siguió haciendo preguntas, una tras otra; tan confusa se sentía por recibir un cariño a cambio de un olvido. Confusión de cinco o cuatro minutos; tal vez de dos. No tardó en quitarse los aretes, contemplarlos y ponerlos en su cajita encima de la mesa redonda que estaba en medio de la sala. Él, por su parte, empezó a creer que, así como la perdió estando ausente, así también el otro, ausente, podía perderla; y, probablemente, ella a él no le había jurado nada.

—Charlando, charlando, se hizo de noche —dijo Genoveva.

En efecto, la noche iba cayendo rápidamente. Ya no alcanzaban a ver el hospital de los lázaros y a duras penas distinguían la Isla de los Melones; hasta las lanchas y canoas, varadas en tierra frente a la casa, se confundían con la arena y el lodo de la playa. Genoveva encendió una vela. Después fue a sentarse en la solera de la puerta y le pidió que le contara cosas de las tierras que había visitado. Deolindo se rehusó al principio; dijo que se marchaba, se puso de pie y dio algunos pasos por la sala. Pero el demonio de la esperanza mordía y babeaba en el corazón del pobre diablo, y volvió a sentarse para contarle dos o tres anécdotas de a bordo. Genoveva escuchaba con atención. Interrumpidos por una vecina que llegó, Genoveva la invitó a sentarse también para oír “las historias bonitas que el señor Deolindo estaba contando”. No hubo más presentación. La gran dama que prolonga su vigilia, para concluir la lectura de un

libro o de un capítulo, no vive tan íntimamente la vida de los personajes como vivía la examante del marino las escenas que él le iba contando; tan libremente interesada y atenta como si entre ambos no hubiese cosa distinta a una narración de episodios. ¿Qué le importa a la gran dama el autor del libro? ¿Qué le importa a la muchacha el contador de episodios?

La esperanza, sin embargo, empezaba a abandonarlo, y él se levantó para irse de una vez. Genoveva no quiso dejarlo ir antes de que la amiga viera los aretes y fue a buscarlos con grandes elogios. La otra quedó encantada, los alabó mucho, preguntó si los había comprado en Francia y le pidió a Genoveva que se los pusiera.

—Realmente son muy lindos.

Quiero creer que el mismo marinero estuvo de acuerdo con esa opinión. Le gustó verlos, pensó que parecían hechos para ella, y, durante algunos segundos, saboreó el placer exclusivo y fino de haber hecho un buen regalo; pero fueron solo algunos segundos.

Como se despidió, Genoveva lo acompañó hasta la puerta para agradecerle una vez más la amabilidad y, probablemente, para decirle algunas cosas ternas e inútiles. Su amiga, que se había quedado en la sala, apenas alcanzó a oírle esta frase: “Déjate de esas cosas, Deolindo”; y esta otra del marino: “Ya vas a ver”. No pudo oír el resto, que no pasó de un susurro.

Deolindo tomó camino por la playa, cabizbajo y lento, ya no el joven impetuoso de por la tarde, sino con un aire viejo y triste, o, para usar otra metáfora de marineros, como un hombre “que ya va de regreso a tierra”. Genoveva volvió a entrar a la casa, alegre y bulliciosa. Contó a la otra la historia de sus amores marítimos, alabó mucho el temperamento de Deolindo y sus lindos modales; la amiga afirmó que le había parecido muy simpático.

—Muy buen muchacho —insistió Genoveva—. ¿Sabes lo que me dijo hace un momento?

— ¿Qué?

— Que se va a matar.

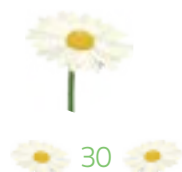
— ¡Jesús!

— ¡Qué va! No se mata, no. Deolindo es siempre así; dice las cosas pero no las hace. Vas a ver que no se mata. Pobre, son los celos. Pero los aretes son muy bonitos.

—Nunca vi por aquí ningunos parecidos.

—Ni yo —aceptó Genoveva, examinándolos a la luz. Después los guardó y convidó a la otra a coser— Vamos a coser un rato, quiero terminar mi corpiño azul...

La verdad es que el marinero no se mató. Al día siguiente algunos compañeros le palmearon el hombro, felicitándole por la noche de almirante, y le preguntaron por Genoveva: si estaba más bonita, si había llorado mucho su ausencia, etcétera. Él respondía a todo con una sonrisa satisfecha y discreta, la sonrisa de alguien que vivió una gran noche. Parece que tuvo vergüenza de la realidad y prefirió mentir.



Misa de gallo

Nunca pude entender la conversación que tuve con una señora hace muchos años. Tenía yo diecisiete, ella treinta. Era la noche de Navidad. Habiendo convenido con un vecino en ir los dos a la misa de gallo, preferí no dormir; acordamos que yo iría a despertarlo a medianoche.

La casa donde me hospedaba era la del escribano Meneses, quien había estado casado, en primeras nupcias, con una de mis primas. La segunda esposa, Concepción, y su madre, me acogieron muy bien, cuando vine de Mangaratiba a Río de Janeiro, meses antes, a hacer los preparatorios⁴. Vivía tranquilo, en aquella casa de dos plantas de la Calle del Senado, con mis libros, pocas relaciones, algunos paseos. La familia era pequeña: el escribano, la mujer, la suegra y dos esclavas. Costumbres a la antigua. A las diez de la noche todos estaban en sus habitaciones; a las diez y media la casa dormía. Yo nunca había ido al teatro y, más de una vez, oyendo decir a Meneses que se iba al teatro, le pedí que me llevase con él. En esas ocasiones, la suegra hacía una mueca, y las esclavas se reían con disimulo; él no respondía, salía y solo volvía a la mañana siguiente. Más tarde supe que el teatro era un eufemismo en acción. Meneses tenía amores con una señora, separada del marido, y dormía fuera de casa una vez por semana. Concepción había sufrido, al principio, por la existencia de la concubina. Pero al fin se había resignado, se había acostumbrado y terminó pensando que aquello era algo normal.

¡La buena de Concepción! La llamaban “la santa” y hacía justicia al título: tan fácilmente soportaba los olvidos del marido. En verdad, era un temperamento moderado, sin extremos, sin muchas lágrimas ni risas. En la época a la que ahora me refiero, se le podía llamar mahometana; hubiera aceptado un harén, si se guardaban las apariencias. Dios me perdone si la juzgo mal. Todo en ella era atenuado y pasivo. El mismo rostro era indefinido, ni bonito ni feo. Era lo que solemos llamar una persona simpática. No hablaba mal de nadie, perdona todo. No sabía odiar; hasta puede ser que no supiera amar.

Aquella noche de Navidad el escribano fue al teatro. Era allá por los años 1861 o 1862. Yo debía estar ya en Mangaratiba, de vacaciones; pero me quedé hasta la Navidad para conocer “la misa de gallo en la Corte”. La familia se recogió

⁴ Los preparatorios, en Brasil, eran en ese momento el curso de ingreso a la universidad. (Nota del traductor).

a la hora de costumbre; yo me instalé en la sala del frente, vestido y listo para salir. De allí pasaría al corredor de la entrada y saldría sin despertar a nadie. Había tres llaves de la puerta: una estaba en poder del escribano, yo llevaría otra y la tercera se quedaba en casa.

— Pero, señor Nogueira, ¿qué hará usted durante todo ese tiempo? — me preguntó la madre de Concepción.

— Leer, doña Ignacia.



Tenía conmigo una novela, *Los Tres Mosqueteros*, vieja traducción, creo, del Diario del Comercio. Me senté en la mesa que estaba en el centro de la sala y a la luz de una lámpara de queroseno, mientras la casa dormía, monté una vez más en el caballo negro de D'Artagnan y partí en pos de aventuras. Al poco tiempo estaba completamente ebrio de Dumas. Los minutos volaban, al contrario de lo que acostumbran a hacer cuando uno espera; oí marcar las once, pero casi sin advertirlas. Mientras tanto, un pequeño rumor que provenía de adentro vino a despertarme de la lectura. Eran unos pasos en el pasillo que iba de la sala de visitas al comedor; levanté la cabeza; al instante vi asomar a la puerta de la sala la figura de Concepción.

— ¿Aún no se ha ido? —preguntó.

— No, aún no; parece que aún no es medianoche.

— ¡Qué paciencia!

Concepción entró a la sala, arrastrando sus sandalias. Vestía una bata blanca, mal agarrada a la cintura. Al ser delgada, tenía un aire romántico, que no contrastaba con mi libro de aventuras. Cerré el libro; ella se sentó en la silla que estaba frente a la mía, cerca del diván. Le pregunté si la había despertado, sin querer, haciendo ruido, y me respondió con rapidez:

— ¡No, qué va! Desperté porque sí.

La miré fijamente y dudé de su afirmación. Sus ojos no eran los de una persona que acaba de despertar; más bien parecían los de alguien que aún no ha dormido. Esa observación, sin embargo, que para otro podría ser importante, fue desechada sin dificultad, sin pensar que tal vez no durmiera justamente por mi causa, y que hubiera mentido para no disgustarme. Ya he dicho que ella era buena, muy buena.

— Pero ya debe ser casi la hora —dije.

— ¡Qué paciencia la suya, esperar despierto, mientras el vecino duerme! ¡Y esperar solo! ¿No le dan miedo las almas del otro mundo? Fui cuidadosa para que no se asustara cuando me viera.

— Cuando oí los pasos me pareció un extraño; pero usted apareció enseguida.

— ¿Qué estaba leyendo? No me lo diga, ya sé; es la novela de los Mosqueteros.

— Exactamente: es muy bonita.

— ¿Le gustan las novelas?

— Sí.

— ¿Ya leyó la *Moreninha*⁵?

— ¿Del doctor Macedo? La tengo allá en Mancaratiba.

— A mí me gustan mucho las novelas, pero leo poco por falta de tiempo.

¿Cuáles novelas ha leído?

Comencé a decirle algunos títulos. Concepción me escuchaba con la cabeza reclinada en el espaldar y los ojos entrecerrados fijos en mí. De vez en cuando pasaba su lengua por los labios para humedecerlos. Cuando terminé de hablar, no dijo nada; así permanecimos algunos segundos. En seguida, la vi enderezar la cabeza, cruzar los dedos y apoyar sobre ellos el mentón, con los codos sobre los brazos de la silla; todo sin desviar de mí los grandes ojos astutos. *Tal vez esté aburrida*, pensé.

Y en voz alta:

— Doña Concepción, creo que va siendo hora de irme, y yo...

— No, no, todavía es temprano. Vi hace un momento el reloj: son las once y media. Le queda tiempo. Cuando pasa la noche despierto, ¿es capaz de no dormir al otro día?

— Ya lo he hecho.

— Yo, no; si me desvelo, al otro día estoy que no puedo, y tengo que dormir algo, media hora aunque sea. Pero puede ser que me estoy haciendo vieja.

— ¿Cómo vieja, doña Concepción?

Dije esto con tanta efusión, que la hice sonreír. Por lo general ella era de gestos lentos y actitudes tranquilas; ahora, sin embargo, se irguió rápidamente, cruzó

⁵ *La morenita*, una novela romántica escrita por el brasileño Joaquim Manuel de Macedo. (Nota del traductor).

la sala y dio algunos pasos, entre la ventana del frente y la puerta del gabinete del marido. Así, con el desaliño honesto que traía, me causaba una impresión singular. Aunque delgada, tenía no sé qué cadencia en el andar, como si el cuerpo le pesara; esa característica nunca me pareció tan especial como aquella noche. Se detenía a veces para examinar un trecho de cortina o para corregir la posición de algún objeto en el aparador; finalmente se detuvo frente a mí, al otro lado de la mesa. Era estrecho el círculo de sus ideas; me repitió su asombro de verme esperar despierto; yo repetí lo que ya le había dicho: no conocía la misa de gallo de la Corte y no quería perdermela.

— Es la misma misa del campo; todas las misas se parecen.

— Le creo, pero aquí debe haber más lujo, y más gente también. Fíjese usted, la Semana Santa en la Corte es más bonita que la de los pueblos. Y ni qué decir de San Juan, ni de San Antonio...

Poco a poco se había inclinado; clavó los codos sobre el mármol de la mesa y apoyó el rostro entre las manos entreabiertas. Al no estar abotonadas, las mangas cayeron naturalmente, y le vi la mitad de los brazos, muy blancos y menos delgados de lo que se podría suponer. Verlos no era algo nuevo para mí, pero tampoco algo usual; en aquel momento, sin embargo, la impresión que tuve fue grande. Las venas eran tan azules que a pesar de la poca claridad podía contarlas desde donde estaba. La presencia de Concepción me hacía sentir más despierto que la lectura del libro. Seguí hablándole de lo que pensaba sobre las fiestas del campo y la ciudad, y de otras cosas que me llegaban a la boca. Cambiaba de un tema a otro, sin saber por qué, haciendo variaciones o volviendo a los primeros, y riendo para hacerla sonreír y poderle ver los dientes, que relucían de blancos, todos igualitos. Sus ojos no eran del todo negros, pero sí oscuros; la nariz fina y larga, un tantico curva, le daba a su rostro un aire de interrogación. Cuando yo subía la voz más de la cuenta, ella me reprendía:

— ¡Más bajo! Mamá se puede despertar.

Y no se movía de aquella posición, que me llenaba de gusto. Tan cerca estaban nuestras caras... Realmente, no era preciso hablar alto para ser escuchado; susurrábamos los dos, yo más que ella, porque hablaba más; ella, a veces, se quedaba seria, muy seria, con la frente un poco fruncida. Finalmente se cansó; cambió de actitud y de lugar. Rodeando la mesa, vino a sentarse a mi lado,

en el diván. Me di la vuelta y pude ver, de soslayo, la punta de sus sandalias; pero fue solo durante el tiempo que ella gastó en sentarse; la bata era larga y las cubrió enseguida. Recuerdo que eran negras. Concepción dijo muy bajito:

— Mamá duerme lejos, pero tiene el sueño muy liviano; si se despertara ahora, la pobre, le costaría mucho volver a dormirse.

— Yo también soy así.

— ¿Qué dice? —preguntó ella inclinando su cuerpo para oír mejor.

Fui a sentarme en la silla que estaba al lado del diván y repetí la frase. Se rió de la coincidencia; también ella tenía el sueño liviano; éramos tres sueños livianos.

— Hay veces que me pasa lo mismo que a mamá: despierto y me cuesta dormir otra vez; doy vueltas en la cama, me levanto, enciendo una vela, camino, vuelvo a acostarme... y nada.

— Fue lo que le pasó hoy.

— No, no —me atajó ella.

No entendí la negativa; puede ser que ella tampoco la entendiese. Tomó las puntas del ceñidor de su bata y se golpeó con ellas las rodillas; es decir, la rodilla derecha, porque acababa de cruzar las piernas. Después me contó una historia de sueños y me aseguró que solo había tenido una pesadilla en toda su vida, cuando era niña. Quiso saber si yo las tenía. La conversación siguió así, lentamente, largamente, sin que yo me acordase de la hora ni de la misa. Cuando yo terminaba una narración o una explicación, ella inventaba otra pregunta u otro tema, y yo volvía a tomar la palabra. De vez en cuando me reprendía:

— Más bajo, más bajo...

Hubo también algunas pausas. Dos o tres veces me pareció que la veía dormir; pero los ojos, cerrados por un instante, se abrían en seguida, sin sueño ni fatiga, como si apenas los hubiese cerrado para ver mejor. En una de esas veces creo que me sorprendió consumido en su persona y recuerdo que volvió a cerrarlos, no sé si de prisa o lentamente. Hay impresiones de esa noche que se me aparecen truncadas o confusas. Me contradigo, me enredo. Una de las que aún tengo frescas es que, en cierto momento, ella, que era apenas simpática,

se volvió linda, se volvió lindísima. Estaba de pie con los brazos cruzados; yo, por respeto, quise levantarme; ella no me lo permitió, puso una de sus manos en mi hombro y me obligó a permanecer sentado. Pensé que iba a decir algo, pero se estremeció, como si sintiera un escalofrío, se volvió de espaldas y fue a sentarse en la silla donde me había encontrado leyendo. Desde allí dirigió la mirada por el espejo, que estaba encima del diván y me habló de dos grabados que colgaban de la pared.

— Estos cuadros están envejeciendo. Ya le pedí a Chiquinho que compre otros.

Chiquinho era el marido. Los cuadros mostraban el principal interés de su dueño. Uno representaba a Cleopatra; no recuerdo el tema del otro, pero era con mujeres. Vulgares ambos, pero en aquella época no me parecían feos.

— Son bonitos —dije.

— Bonitos, sí; pero están en mal estado. Y además, francamente, yo preferiría dos imágenes, dos santos. Estos están más apropiados para el cuarto de un muchacho o una barbería.

— ¿Barbería? No creo que usted haya estado en ninguna...

— Pero me imagino que los clientes, mientras esperan, hablan de muchachas y de noviazgos, y naturalmente el dueño del local les alegra la vista con figuras bonitas. En cambio, para una casa de familia, no me parecen apropiadas. Es mi opinión, pero es que yo pienso muchas cosas raras. Sea como sea, no me gustan esos cuadros. Yo tengo una Nuestra Señora de la Concepción, mi madrina, muy bonita; pero es una estatua, no se puede colgar en la pared, ni yo lo quisiera. Está en mi oratorio.

La idea del oratorio me trajo la de la misa, me hizo recordar que podía ser tarde y quise decirlo. Creo que llegué a abrir la boca pero volví a cerrarla para oír lo que ella contaba, con dulzura, con gracia, con tal delicadeza que llenaba mi alma de pereza y me hacía olvidar la misa y la iglesia. Hablaba de sus devociones de niñez y juventud. Luego refirió unas anécdotas de bailes, unas historias de paseos, reminiscencias de Paquetá; todo mezclado, casi sin interrupción. Cuando se cansó del pasado, habló del presente, de los asuntos de la casa, de

las fatigas del trabajo hogareño, que le habían asegurado antes de casarse que eran muchas, pero que no eran nada. No me contó, pero yo sabía que se había casado a los veintisiete años.

Ahora ya no cambiaba de sitio, como al principio, y casi no cambiaba de posición. No se le cerraban ya los ojos y se puso a mirar distraídamente las paredes.

—Necesitamos cambiar el empapelado de la sala —dijo al cabo, como si hablara consigo misma.

Asentí, por decir algo, para salir de esa especie de sueño magnético, o lo que quiera que sea que me paralizaba la lengua y los sentidos. Quería y no quería terminar la conversación; hacía esfuerzos para apartar los ojos de ella, y los apartaba por un sentimiento de respeto; pero la idea de que pudiera parecer aburrimiento, cuando no era así, me llevaba a fijar otra vez mis ojos en Concepción. La conversación iba muriendo. En la calle, el silencio era total.

Nos quedamos algún tiempo —no puedo decir cuánto— absolutamente callados. El único rumor que se oía era un roer de ratón en el gabinete que me hizo despertar de aquella especie de somnolencia; quise mencionarlo, pero no encontré modo. Concepción parecía sumida en sus pensamientos. Súbitamente, oí un golpe en la ventana, desde el lado de afuera, y una voz que gritaba: “¡Misa de gallo!”, “¡Misa de gallo!”

— Ahí está su compañero —dijo ella, levantándose— Qué gracioso: usted había quedado en ir a despertarlo, y es él quien llega a despertarlo a usted. Salga, que ya debe ser la hora; adiós.

— ¿Ya será hora? —pregunté.

— Naturalmente.

— ¡Misa de gallo! —repitieron afuera, golpeando.

— Vaya, vaya, no lo haga esperar. La culpa fue mía. Adiós; hasta mañana.

Y con el mismo vaivén al caminar, Concepción enfiló por el pasillo, pisando con suavidad. Salí a la calle y encontré al vecino que esperaba. Nos dirigimos a la iglesia. Durante la misa, la figura de Concepción se interpuso más de una vez entre el cura y yo; cárguese esto a la cuenta de mis diecisiete años. Al día

siguiente, en el almuerzo, hablé de la misa de gallo y de la gente que estaba en la iglesia sin despertar la curiosidad de Concepción. Durante el día, la encontré como siempre, natural, benigna, sin nada que hiciese recordar la conversación de la víspera. Por Año Nuevo viajé a Mangaratiba. Cuando regresé a Río de Janeiro, en marzo, el escribano había muerto de apoplejía. Concepción vivía en Engenho Novo, pero nunca la visité ni me encontré con ella. Más tarde oí que se había casado con el escribiente juramentado del marido.



Cántiga de esponsales

Imagine la lectora que está en 1813, en la iglesia del Carmo, oyendo una de aquellas buenas fiestas antiguas, que eran la mayor diversión pública y lo mejor del arte musical. Sabe lo que es una misa cantada; puede imaginar lo que sería una misa cantada en aquellos años remotos. No llamo su atención hacia los curas y sacristanes, ni hacia el sermón, ni hacia los ojos de las jóvenes cariocas, que ya eran bonitos en aquel tiempo, ni hacia las mantillas de las señoras graves, los pantalones cortos, las cabelleras, las cortinas, las luces, los inciensos, nada. Ni siquiera hablo de la orquesta, que es excelente; me limito a mostrarles una cabeza blanca, la cabeza de ese viejo que dirige la orquesta con alma y devoción.

Se llama Román Pires. Tendrá sesenta años, no menos en todo caso; nació en el Valongo, o por esos lados. Es buen músico y buen hombre; todos los colegas lo quieren. El maestro Román es su nombre familiar; y decir familiar o público era la misma cosa en tal materia y en aquel tiempo. “Quien rige la misa es el maestro Román”, equivalía a esta forma de anuncio, años después: “Entra en escena el actor João Caetano”. O a esta: “El actor Martinho cantará una de sus mejores arias”. Era el condimento adecuado, tenía el gancho delicado y popular. ¡El maestro Román dirige la fiesta! ¿Quién no conocía al maestro Román, con su aire circunspecto, ojos en el suelo, sonrisa triste y paso lento? Todo esto desaparecía al frente de la orquesta; y entonces la vida se derramaba por todo el cuerpo y todos los gestos del maestro; la mirada se encendía, la sonrisa se iluminaba: era otro. No era que la misa fuera suya; esta, por ejemplo, que ahora dirige en el Carmo, es de José Mauricio; pero la rige con el mismo amor que emplearía si la misa fuera suya.

La fiesta terminó, y fue como si se apagara un destello intenso, dejándole el rostro iluminado apenas por la luz ordinaria. Helo aquí descendiendo del coro, apoyado en el bastón. Va a la sacristía a besar la mano a los padres y acepta un sitio en su mesa. Todo lo hace indiferente y callado. Cenó, salió, caminó en dirección a la Calle de la Madre de los Hombres, en donde vive, con un negro viejo, papá José, que es como su verdadera madre, y que en este momento conversa con una vecina.

— Ahí viene el maestro Román, papá José —dijo la vecina.

— ¡Eh!, ¡eh!, adiós seño’, hasta luego.

Papá José dio un salto, entró en la casa y esperó a su amo, que entró poco después con el mismo aire que de costumbre. La casa no era rica, por supuesto, ni alegre. No tenía el menor vestigio de mujer, vieja o joven, ni pajaritos que cantasen, ni flores, ni colores vivos o joviales. Casa sombría y desnuda. Lo más alegre que allí había era un clavecín, donde el maestro Román tocaba algunas veces, estudiando. Sobre una silla, al lado, algunas partituras; ninguna suya...

¡Ah!, si el maestro Román pudiera, sería un gran compositor. Tal parece que hay dos clases de vocación: las que tienen lengua y las que no la tienen. Las primeras se realizan; las últimas representan una lucha constante y estéril entre el impulso interior y la ausencia de un modo de comunicación con los hombres. La de Román era de estas. Tenía la vocación íntima de la música; llevaba dentro de sí muchas óperas y misas, un mundo de armonías nuevas y originales que no alcanzaba a expresar y poner en el papel. Esta era la causa única de la tristeza del maestro Román. Naturalmente, el vulgo no se daba cuenta; unos decían esto, otros, aquello: enfermedad, falta de dinero, algún disgusto antiguo; pero la verdad es esta: la causa de la melancolía del maestro Román era no poder componer, no poseer el medio para traducir lo que sentía. No era que no garabateara el papel ni que dejara de interrogarle al clavecín durante horas, pero todo le salía informe, sin idea ni armonía. En los últimos tiempos hasta sentía vergüenza con los vecinos y ya ni siquiera intentaba nada.

Y, no obstante, si pudiera, terminaría al menos cierta pieza, un canto de esponsales, que comenzó tres días después de casarse, en 1799. La mujer, que tenía entonces veintiún años y murió de veintitrés, no era ni muy bonita ni muy fea, pero sí extremadamente simpática, y lo amaba tanto como él a ella. Tres días después de su boda, el maestro Román sintió en su interior algo parecido a la inspiración. Imaginó entonces el canto esponsalicio, y quiso componerlo; pero la inspiración no logró salir. Como un pájaro que acaba de ser aprisionado y forcejea por atravesar las paredes de la jaula, abajo, encima, impaciente, aterrizado, así batía la inspiración de nuestro músico, encerrada dentro de él sin poder salir, sin encontrar una puerta, nada. Algunas notas llegaron a reunirse; él las escribió; obra para una hoja de papel, no más. Insistió al día siguiente,

diez días después, veinte veces durante sus años de casado. Cuando murió su mujer, releyó esas primeras notas conyugales y se sintió más triste aún, por no haber podido fijar en el papel la sensación de esa felicidad extinta...

—Papá José —dijo él al entrar— me siento enfermo.

—Tal vez el señor comió algo que le cayó mal...

—No, ya desde esta mañana me sentía mal. Vaya a la botica...

El boticario mandó cualquier cosa que él tomó esa noche; al día siguiente el maestro Román no se sentía mejor. Es preciso agregar que padecía del corazón: molestia grave y crónica. Papá José sintió temor cuando vio que el malestar no cedía al remedio, ni al reposo, y quiso llamar al médico.

— ¿Para qué? —dijo el maestro—. Esto pasa.

El día no terminó peor y él pasó buena noche; no así el negro, que solo consiguió dormir dos horas. Los vecinos, una vez supieron de la dolencia, no tuvieron otro motivo de conversación; los que mantenían relación con el maestro fueron a visitarlo. Y le decían que no era nada, que eran achaques de la edad; alguien agregaba graciosamente que era un truco para librarse de las derrotas que el boticario le propinaba en el *gamão*⁶; otro, que era cuestión de amores. El maestro Román sonreía, pero para sus adentros se decía que era el final.

— Todo acabó — pensaba.

Una mañana, cinco días después de la fiesta, el médico lo encontró realmente mal; y fue eso lo que él vio en su semblante detrás de las palabras engañosas: “Esto no es nada; es preciso no pensar en música...”

¡En música! Justo esa palabra del médico le trajo al maestro un pensamiento. Al quedarse solo con el esclavo, abrió la gaveta donde guardaba desde 1799 el canto de esponsales iniciado. Releyó aquellas notas arrancadas con tanto trabajo y nunca concluidas. Y entonces tuvo una idea singular: “Terminar la obra ahora, fuese como fuese; cualquier cosa estaría bien, con tal de que significara dejar un poco de alma sobre la tierra”.

⁶ El *gamão* es un juego de azar e inteligencia, entre dos contrincantes que utilizan un par de dados, quince piezas blancas y quince negras, sobre un tablero. (Nota del traductor).

— ¿Quién sabe? En 1880, tal vez, se interprete esta obra y se cuente que un maestro Román...

El comienzo del canto remataba en un cierto la; este la, que resultaba bien allí donde estaba, era la última nota escrita. El maestro Román ordenó llevar el clavecín a la habitación del fondo, que daba al patio: necesitaba aire. Por la ventana vio, en el espejuelo trasero de otra casa, una pareja de recién casados, asomados, abrazados por los hombros y de manos unidas. El maestro Román sonrió con tristeza.

—Ellos llegan —se dijo— yo salgo. Compondré al menos este canto que ellos podrán tocar...

Se sentó ante el clavecín; reprodujo las notas y llegó al la...

—La, la, la...

Nada, no lograba seguir. Y sin embargo, él sabía de música como el que más.

— La, do... la, mi... la, si, do, re... re... re...

¡Imposible! Ninguna inspiración. No aspiraba a una pieza profundamente original; tan solo algo que no pareciese de otro y que se relacionase con la idea comenzada. Volvía al principio, repetía las notas, buscaba revivir un retazo de la sensación extinguida, se acordaba de su mujer, de aquellos primeros tiempos. Para completar la ilusión, desviaba su mirada por la ventana hacia la pareja de recién casados. Ellos seguían allí, con las manos unidas y rodeándose los hombros con los brazos; pero ahora se miraban uno al otro, en vez de mirar hacia abajo. El maestro Román, agotado por el malestar y la impaciencia, tornaba al clavecín, pero la visión de la pareja no le suplía la inspiración y las notas siguientes no sonaban.

—La, la, la...

Desesperado, dejó el clavecín, tomó el papel escrito y lo rompió. En ese momento, la joven, absorta en la mirada del esposo, empezó a canturrear, inconscientemente, alguna cosa nunca antes cantada ni sabida; una cosa en la cual cierto la proseguía después de un si con una linda frase musical, justamente la que el maestro Román había buscado durante años sin hallarla jamás. El maestro la oyó con pesar, sacudió la cabeza y a la noche expiró.



Un hombre célebre

— ¿Así que usted es el señor Pestana? — preguntó la señorita Mota, haciendo un gran gesto de admiración. Y luego, corrigiendo el exceso de confianza, dijo: — Perdóneme el atrevimiento, pero... ¿realmente es usted?

Humillado, disgustado, Pestana respondió que sí, que era él. Venía del piano, secándose la frente con el pañuelo, y estaba por asomarse a la ventana, cuando la muchacha lo detuvo. No era un baile; se trataba, apenas, de un sarao íntimo, de pocos concurrentes, veinte personas a lo sumo, que habían ido a cenar con la viuda de Camargo, en la Calle del Areal, en aquel día de su cumpleaños, cinco de noviembre de 1875... ¡Buena y alegre viuda! Amante de la risa y la diversión, a pesar de los sesenta años a los que ingresaba, fue esa la última vez que se divirtió y rió, pues falleció en los primeros días de 1876. ¡Buena y alegre viuda! ¡Con qué entusiasmo y diligencia incitó a que se bailara después de cenar, pidiéndole a Pestana que ejecutara una cuadrilla! Ni siquiera fue necesario que insistiera; Pestana se inclinó gentilmente, y se dirigió al piano. Terminada la cuadrilla, apenas habrían descansado diez minutos, cuando la viuda corrió nuevamente hasta Pestana para solicitarle un obsequio muy especial.

— Usted dirá, mi señora.

— Quisiera que nos toque ahora esa polca suya titulada Não bula comigo, Nhonhô.

Pestana hizo una mueca pero la disimuló en seguida, luego una breve reverencia, callado, sin gentileza, y volvió al piano sin entusiasmo alguno. Oídos los primeros compases, se dispersó por el salón una alegría nueva; los caballeros corrieron hacia sus damas y las parejas entraron a contonearse al ritmo de la polca de moda. Había sido publicada veinte días antes y no había rincón de la ciudad en que no fuera conocida. Ya estaba alcanzando, incluso, la consagración del silbido y el tarareo nocturno.

La señorita Mota estaba lejos de suponer que aquel Pestana que ella había visto en la mesa durante la cena y después sentado al piano, metido en una levita color rapé, de cabello negro, largo y rizado, ojos vivaces y mentón rapado, era el Pestana compositor; fue una amiga quien se lo dijo, cuando lo vio dejar el piano, una vez terminada la polca. Por eso la pregunta llena de admiración.

Ya vimos que él respondió disgustado y humillado. Pero no por eso las dos muchachas dejaron de prodigarle elogios, tales y tantos, que la más modesta vanidad se complacería oyéndolas; él, sin embargo, las recibió cada vez con más enfado, hasta que, alegando un dolor de cabeza, pidió disculpas y se fue. Ni ella, ni la dueña de casa; nadie logró retenerlo. Le ofrecieron remedios caseros, comodidad para que reposara; no aceptó nada, se empeñó en irse y se fue.

Calle adentro, caminó de prisa, con miedo de que pudieran llamarlo todavía; solo se tranquilizó después de que dobló la esquina de la Calle Formosa. Pero allí mismo lo esperaba su gran polca festiva. De una casa modesta, a la derecha, a pocos metros de distancia, brotaban las notas de la composición del día, sopladadas por un clarinete. Bailaban. Pestana se detuvo unos instantes, pensó en desandar camino, pero decidió proseguir, apuró el paso, cruzó la calle y siguió por el lado opuesto al de la casa del baile.

Las notas se fueron perdiendo, a lo lejos, y nuestro hombre entró en la Calle del Aterrado, donde vivía. Ya cerca de su casa, vio venir a dos hombres: uno de ellos, que pasó junto a Pestana rozándolo casi, empezó a silbar la misma polca, marcialmente, con brío; el otro se unió con exactitud a él y así se fueron alejando los dos, ruidosos y alegres, mientras el autor de la pieza, desesperado, corría a encerrarse en su casa.

Una vez en ella, respiró. La casa era vieja, vieja la escalera y viejo el negro que lo servía, y que se aproximó para saber si quería cenar.

— No quiero nada — vociferó Pestana — prepárame café y vete a dormir.

Se desnudó, vistió un camisón y fue hacia la habitación del fondo. Cuando el negro prendió la lámpara de gas del comedor, Pestana sonrió y, desde el fondo de su alma, saludó unos diez retratos que pendían de la pared. Uno solo era al óleo, el de un cura que lo había educado, que le había enseñado latín y música y que, según las malas lenguas, era el mismo padre de Pestana. Lo cierto es que le dejó en herencia aquella casa vieja y los viejos trastos, que eran de la época de Pedro I. El cura había compuesto algunos motetes, le encantaba la música, sacra o profana, y esa pasión se la inculcó al muchacho, o se la transmitió a través de la sangre, si es que tenían razón los charlatanes, cosa por la que no se interesa mi historia, como podrán comprobar.

Los demás retratos eran de compositores clásicos: Cimarosa, Mozart, Beethoven, Gluk, Bach, Schumann; y unos tres más, algunos grabados, otros litografiados, todos enmarcados torpemente y de diferentes tamaños, mal ubicados allí, como santos de una iglesia. El piano era el altar; el evangelio de la noche allí estaba abierto: era una sonata de Beethoven.



Llegó el café; Pestana bebió la primera taza y se sentó al piano. Contempló el retrato de Beethoven y empezó a ejecutar la sonata, totalmente compenetrado, ausente o absorto, pero con gran perfección. Repitió la pieza; luego se detuvo unos instantes, se levantó y se acercó a una de las ventanas. Volvió al piano. Era el turno de Mozart, recordó un fragmento y lo ejecutó del mismo modo, con el alma perdida en la lejanía. Haydn lo llevó a la medianoche y a la segunda taza de café.

Entre la medianoche y la una de la mañana, Pestana no hizo más que mirar las estrellas a través de la ventana para luego entrar y contemplar los retratos. De vez en cuando se acercaba al piano y, de pie, hacía sonar una que otra nota suelta en el teclado, como si buscara algún pensamiento que no aparecía, por lo que él volvía a apoyarse en la ventana. Las estrellas le parecían otras tantas notas musicales fijadas en el cielo a la espera de alguien que las fuese a despegar; ya llegaría el momento en que el cielo habría de quedar vacío, pero entonces la tierra sería una constelación de partituras. Ninguna imagen, desvarío o reflexión, le traía el menor recuerdo de la señorita Mota que, mientras tanto, en ese mismo momento se dormía, pensando en él, el famoso autor de tantas polcas amadas. Tal vez la idea de casarse sustrajo, por unos segundos, a la muchacha del sueño. ¿Por qué no? Ella iba por los veinte, él andaba por los treinta, era una diferencia apropiada. La muchacha dormía al son de la polca, la oía en la memoria, mientras el autor de la misma no se interesaba ni por la polca ni por la muchacha, sino por las viejas obras clásicas, interrogando al cielo y a la noche, implorando a los ángeles y en última instancia al diablo. ¿Por qué no podría él componer aunque no fuera más que una sola de aquellas páginas inmortales?

A veces sentía como si fuera a surgir una idea de la profundidad del inconsciente; él corría al piano, para desplegarla entera, traducirla en sonidos, pero era en vano: la idea se evaporaba. Otras veces, sentado al piano, dejaba correr sus dedos sin ton ni son, para ver si las fantasías brotaban de ellos, como de los de Mozart; pero nada, nada, la inspiración no llegaba, la imaginación estaba ahí, dormida. Y si por casualidad alguna idea se aparecía, definida y bella, era apenas el eco de alguna pieza ajena, que la memoria repetía, y que él presumía estar creando. Entonces, irritado, se incorporaba, juraba abandonar el arte, ir a plantar café o manejar carrozas; pero en diez minutos ahí estaba otra vez, con los ojos fijos en Mozart, imitándolo al piano.

Dos, tres, cuatro de la mañana. Después de las cuatro se fue a dormir; estaba cansado, desanimado, muerto; tenía que dar clase al día siguiente. Durmió poco; se despertó a las siete. Se vistió y desayunó.

— ¿Mi señor quiere el bastón o el paraguas? — preguntó el negro, siguiendo las órdenes que había recibido, porque las distracciones de su amo eran frecuentes.

— El bastón.

— Me parece que hoy llueve...

— Llueve — repitió Pestana maquinalmente.

— Parece que sí, señor, el cielo está medio oscuro.

Pestana miraba al negro, vagamente, perdido, preocupado. De pronto le dijo:

— Aguarda un momento.

Corrió al salón de los retratos, abrió el piano, se sentó y extendió las manos por el teclado. Empezó a tocar algo propio, una inspiración real y repentina, una polca, una polca bulliciosa, como dicen los anuncios. Ninguna repulsión por parte del compositor; los dedos iban arrancando las notas, uniéndolas, barajándolas con habilidad; se diría que la musa componía y bailaba al mismo tiempo. Pestana había olvidado a sus alumnos, al negro que lo esperaba con el bastón y el paraguas, e incluso hasta a los retratos que pendían gravemente de la pared. Solo componía, tecleando o escribiendo, sin los vanos esfuerzos de la víspera, sin exasperación, sin pedir nada al cielo, sin interrogar los ojos de Mozart. Nada de tedio. Vida, gracia, novedad, brotaban del alma como de una fuente perenne.

En poco tiempo estaba la polca lista. Corrigió, después, algunos detalles, cuando regresó al atardecer, pero ya la tarareaba caminando por la calle. Le gustó la polca; en la composición reciente e inédita circulaba la sangre de la paternidad y de la vocación. Dos días después fue a llevársela al editor de otras de sus polcas, que sumarían ya unas treinta. Al editor le pareció encantadora.

— Va a ser un gran éxito.

Se planteó entonces la cuestión del título. Pestana, cuando compuso su primera polca, en 1871, quiso darle un título poético y escogió este: *Gotas de Sol*. El editor meneó la cabeza y le dijo que los títulos debían apuntarle a la popularidad de la obra, ya sea mediante alguna alusión a una fecha festiva o a través de palabras pegadizas o graciosas, y le dio dos ejemplos: *La ley del 28 de septiembre*, o *Candongas no hacen fiestas*.

— Pero, ¿qué quiere decir *Candongas no hacen fiestas*? — preguntó el autor.

— No quiere decir nada, pero se populariza en seguida.

Pestana, inédito todavía, rechazó las dos sugerencias y se guardó la polca; pero no pasó mucho tiempo sin que compusiera otra y la comezón de la popularidad lo indujo a editar las dos con los títulos que al editor le pareciesen más atractivos o apropiados. Ese fue el criterio que adoptó de allí en adelante.

Esta vez, cuando Pestana le entregó la nueva polca, y pasaron a la cuestión del título, el editor dijo que tenía uno entre manos, desde hacía varios días, para la primera obra que le presentase, título pomposo, largo y sinuoso. Era este: *Respetable señora, guarde su canasto*.

— Y para la próxima polca, tengo uno especialmente reservado — agregó.

Pestana, principiante aún, rechazó cualquiera de las sugerencias que se le formularon; el compositor puede bastarse para encontrar un título razonable. La obra, enteramente representativa en su género, original y cautivante, invitaba a bailarla y era fácil de memorizar. Ocho días bastaron para convertirlo en una celebridad. Pestana, durante los primeros, anduvo de veras enamorado de la composición: le encantaba tararearla bajito, se detenía en la calle para oír cómo la ejecutaban en alguna casa y se enojaba cuando no la tocaban bien. De inmediato, las orquestas de teatro la ejecutaron y allá fue él a uno de ellos. Tampoco le disgustó oírla silbada, una noche, en boca de una sombra que bajaba la Calle de Aterrado.

Esa luna de miel duró apenas un cuarto menguante. Como ocurrió anteriormente y más rápido aún, los viejos maestros retratados lo hicieron sangrar de remordimiento. Humillado y hastiado, Pestana arremetió contra aquella que viniera a consolarlo tantas veces, musa de ojos pícaros y gestos sensuales, fácil y graciosa. Y fue entonces cuando volvió el asco de sí mismo, el odio a quienes le pedían la nueva polca de moda, y al mismo tiempo el empeño en componer algo que tuviera sabor clásico, al menos una página, una sola, pero que pudiese ser encuadrada entre las de Bach y Schumann. Vano estudio, inútil esfuerzo. Se zambullía en aquel Jordán sin salir bautizado. Noches y noches las pasó así, confiado e insistente, seguro de que la voluntad era todo, y que, una vez que lograra desembarazarse de la música fácil...

— Que se vayan al infierno las polcas y que hagan bailar al diablo — dijo él un día, de madrugada, al acostarse.

Pero las polcas no quisieron llegar tan hondo. Entraban a casa de Pestana, al salón mismo de los retratos, irrumpían tan acabadas, que él no tenía más tiempo que el necesario para componerlas, imprimirlas después, disfrutarlas algunos días, odiarlas y volver a las viejas fuentes, de donde nada le brotaba. En ese vaivén vivió hasta casarse y después de casarse.

— ¿Casarse con quién? — preguntó la señorita Mota al tío escribano que le dio aquella noticia.

— Se casará con una viuda.

— ¿Vieja?

— Veintisiete años.

— ¿Linda?

— No, pero tampoco fea. Oí decir que él se enamoró de ella porque la escuchó cantar en la última fiesta de San Francisco de Paula. Pero además me dijeron que ella posee otro atributo, que no es infrecuente y que no vale menos: es tísica.

Los escribanos no debían tener sentido del humor... buen sentido del humor, quiero decir. Su sobrina sintió por fin que una gota de bálsamo le aplacaba la pizca de envidia. Todo era cierto. Pestana se casó pocos días después con una viuda de veintisiete años, buena cantante y tísica. La recibió como esposa espiritual de su genio. El celibato era, sin duda, la causa de la esterilidad y la desviación que padecía, se decía él mismo; artísticamente hablando se veía como un improvisador de horas muertas; consideraba a las polcas aventuras de petimetres. Ahora sí iba a engendrar una familia de obras serias, profundas, inspiradas y trabajadas.

Esa esperanza abotonó su alma desde las primeras horas de enamoramiento, y la desabrochó con la primera aurora del casamiento. “María”, balbuceó su alma, “dame lo que no encontré en la soledad de las noches ni en el tumulto de los días”.

Por supuesto, para conmemorar la unión, se le ocurrió componer un nocturno. Lo llamaría Ave María. Podría decirse que la felicidad le trajo un principio de inspiración; no queriendo comunicarle nada a su mujer antes de que estuviera listo, trabajaba a escondidas; cosa difícil porque María, que amaba igualmente

el arte, venía a tocar con él, o solamente a oírlo, horas y horas, en el salón de los retratos. Llegaron a presentar algunos conciertos semanales, con tres artistas amigos de Pestana. Un domingo, empero, no pudo contenerse el marido, y llamó a la mujer para hacerle oír un fragmento del nocturno; no le dijo qué era ni de quién era. De repente, interrumpiendo la ejecución, la interrogó con los ojos.

— Termínalo — dijo María — ¿no es Chopin?

Pestana empalideció, fijó sus ojos en la nada, repitió uno o dos pasajes y se incorporó. María se sentó al piano y, tras algunos esfuerzos de memoria, ejecutó la pieza de Chopin. La idea, los temas, eran los mismos; Pestana los había encontrado en alguno de esos callejones oscuros de la memoria, vieja ciudad de tradiciones. Triste, desesperado, salió de su casa y se dirigió hacia el lado del puente, camino a San Cristóbal.

“¿Para qué luchar?”, se decía. “Solo se me ocurren polcas... ¡Viva la polca!”

Las personas que pasaban a su lado y lo oían refunfuñar, se quedaban mirándolo como si estuviera loco. Y él iba yendo, alucinado, mortificado, marioneta eterna oscilando entre la ambición y la vocación... Dejó atrás el viejo matadero; cuando llegó al portón de entrada de la estación de ferrocarril, se le ocurrió largarse a caminar por las vías y esperar el primer tren que apareciese y lo aplastase. El guarda lo hizo retroceder. Volvió en sí y retornó a su casa.

Pocos días después — una clara y fresca mañana de mayo de 1876 —, a eso de las seis, Pestana sintió en los dedos un cosquilleo especial y conocido. Se incorporó despacito, para no despertar a María, que había tocido toda la noche y ahora dormía profundamente. Fue al salón de los retratos, abrió el piano y, lo más sordamente que pudo, extrajo una polca. La hizo publicar con un seudónimo; en los dos meses siguientes compuso y publicó dos más. María no supo nada; iba tosiendo y muriendo, hasta que expiró, una noche, en los brazos del marido, horrorizado y desesperado.

Era la noche de Navidad. El dolor de Pestana se vio acrecentado, porque en el vecindario había un baile, en el que tocaron varias de sus mejores polcas. Ya era duro tener que soportar el baile; pero sus composiciones le agregaban a todo un aire de ironía y de perversidad. Él sentía la cadencia de los pasos, adivinaba los movimientos, por momentos sensuales, a que obligaba alguna de aquellas composiciones; todo eso junto al cadáver pálido, un manojo de

huesos, extendido en la cama... Cada hora de la noche pasó así, lenta o rápida, húmeda de lágrimas y de sudor, de agua de colonia y de Labarraque, fluyendo sin parar, como al son de la polca de un gran Pestana invisible.

Enterrada la mujer, el viudo tuvo una única preocupación: dejar la música después de componer un Réquiem, que haría ejecutar en el primer aniversario de la muerte de María. Cambiaría de trabajo: secretario, cartero, vendedor de baratijas, cualquier cosa con tal de olvidar el arte asesino y sordo.

Comenzó la obra; empeñó todo: arrojo, paciencia, meditación y hasta los caprichos de la casualidad, como había hecho alguna otra vez, imitando a Mozart. Releyó y estudió el Réquiem de este autor. Transcurrieron semanas y meses. La obra, célebre al principio, fue aflojando su paso. Pestana tenía altos y bajos. De pronto la encontraba incompleta, no alcanzaba a palparle el alma sacra, ni idea, ni inspiración, ni método; de repente se elevaba su corazón y trabajaba con vigor. Ocho meses, nueve, diez, once, y el Réquiem no estaba concluido. Redobló esfuerzos; olvidó clases y amigos. Había rehecho muchas veces la obra, pero ahora quería concluirla, fuese como fuese. Quince días, ocho, cinco... La aurora del aniversario vino a encontrarlo trabajando.

Se contentó con la misa rezada y simple, para él solo. No se puede decir si todas las lágrimas que inundaron solapadamente sus ojos fueron las del marido, o si algunas eran las del compositor. Lo cierto es que nunca más volvió al Réquiem.

“¿Para qué?”, se decía a sí mismo.

Transcurrió un año. A principio de 1878 el editor apareció en su casa.

— Ya va para dos años que no nos da ni siquiera una señal de su gracia. Todo el mundo se pregunta si usted perdió el talento. ¿Qué ha hecho todo este tiempo?

— Nada.

— Bien sé que el golpe lo hirió, pero de eso ya se cumplen dos años. Vengo a proponerle un contrato: veinte polcas durante doce meses; el precio sería el mismo que hasta ahora, pero le daría un porcentaje mayor sobre la venta. Al cabo del año podemos renovar.

Pestana asintió con un gesto. Tenía pocas clases, había vendido la casa para saldar las deudas y las necesidades se iban comiendo el resto, que por lo demás era escaso. Aceptó el contrato.

— Pero la primera polca la quiero enseguida — explicó el editor —. Es urgente. ¿Leyó usted la carta del Emperador a Caxias? Los liberales fueron llamados al poder; van a realizar la reforma electoral. La polca habrá de llamarse: ¡Hurras a la elección directa! No es propaganda política, sino un buen título de ocasión.

Pestana compuso la primera obra del contrato. Pese al largo silencio no había perdido la originalidad ni la inspiración. Traía la nueva obra la misma impronta genial de sus predecesoras. Las siguientes polcas fueron viniendo, regularmente. Había conservado los retratos y los repertorios, pero trataba de eludir las noches, sentado al piano, para no caer en nuevas y frustrantes tentaciones. Ahora, siempre que había alguna buena ópera o algún concierto de calidad, pedía una entrada gratis y se acomodaba en un rincón, gozando esa serie de maravillas que nunca habrían de brotar de su cerebro. Una que otra vez, al regresar a su casa, lleno de música, despertaba en él el maestro inédito; entonces se sentaba al piano y, sin ningún propósito preciso, arrancaba algunas notas, hasta que se iba a dormir, veinte o treinta minutos después.

Así pasaron los años, hasta 1885. La fama de Pestana le había dado definitivamente el primer lugar entre los compositores de polcas, pero el primer lugar de la aldea no contentaba a este César, que seguía prefiriendo, no el segundo, sino el centésimo en Roma. Todavía tenía aquellos sentimientos de ese otro tiempo sobre sus composiciones, solo que eran cada vez menos violentos. Ni entusiasmo en las primeras horas ni repugnancia después de la primera semana; algún placer, en cambio, y cierto hastío.

Aquel año cayó en cama a raíz de una fiebre sin importancia, que en pocos días creció, hasta hacerse perniciosa. Ya estaba en peligro cuando apareció el editor, que nada sabía de la enfermedad, para darle la noticia del ascenso al poder de los conservadores y pedirle una polca para la ocasión. El enfermero, un mísero apuntador de teatro, le informó del estado en que se encontraba Pestana, de modo que al editor le pareció más atinado callarse. El enfermo, sin embargo, lo instó para que le informara sobre lo que ocurría; el editor obedeció.

— Pero ha de ser cuando usted esté completamente repuesto — concluyó.

— Apenas me baje un poco la fiebre — dijo Pestana.

Hubo una pausa de algunos segundos. El apuntador se fue en puntillas a preparar la medicación; el editor se levantó y se despidió.

— Adiós.

— Oiga, como es probable que yo muera uno de estos días, voy a hacerle dos polcas: la otra servirá para cuando suban los liberales.

Fue la única broma que dijo en toda su vida, y fue a tiempo, porque expiró a la mañana siguiente, a las cuatro y cinco, en paz con los hombres y mal consigo mismo.



Miss Dollar

Capítulo I

Era conveniente para el relato que el lector permaneciera mucho tiempo sin saber quién era *Miss Dollar*. Pero por otro lado, sin la presentación de *Miss Dollar*, el autor se vería obligado a largas digresiones, que llenarían el papel sin hacer progresar la acción. No hay duda posible: voy a presentarles a *Miss Dollar*.

Si el lector es un muchacho propenso a la melancolía, se imaginará que *Miss Dollar* es una inglesa pálida y delgada, escasa de carnes y de sangre, abriendo a flor de rostro dos grandes ojos azules y sacudiendo al viento unas largas trenzas rubias. O bien presumirá que la muchacha en cuestión debe ser vaporosa e ideal como una creación de Shakespeare; debe ser la antítesis del *roastbeef* británico, con que el Reino Unido nutre su libertad. Una *Miss Dollar* así debe conocer al poeta Tennyson de memoria y leer a Lamartine en el original: si sabe portugués, debe gozar con la lectura de los sonetos de Camões o los *Cantos* de Gonçalves Dias. El té y la leche deben ser la alimentación de semejante criatura, adicionándosele algunos bocadillos y bizcochos para salir al paso de las urgencias del estómago. Su voz debe ser un murmullo de arpa eolia; su amor un desmayo, su vida una contemplación, su muerte un suspiro.

La figura es poética, pero no es la de la heroína de este relato.

Supongamos que el lector no sea dado a estos devaneos y melancolías; en ese caso imaginará, una *Miss Dollar* totalmente diferente de la otra. Esta vez será una robusta americana, con las mejillas arrebatadas por la sangre, formas redondeadas, ojos vivos y ardientes, mujer hecha, robusta y perfecta.

Amiga de la buena mesa y del buen trago, esta *Miss Dollar* preferirá un cuarto de cordero a una página de Longfellow, cosa naturalísima cuando el estómago reclama, y nunca llegará a comprender la poesía del atardecer. Será una buena madre de familia según la doctrina de algunos clérigos-maestros de la civilización, es decir, fecunda e ignorante.

Ya no será del mismo parecer el lector que haya cruzado la segunda juventud y vea entre sí una vejez sin recursos. Para él, la *Miss Dollar* verdaderamente digna de algunas páginas sería una inglesa de cincuenta años, dotada de unas mil libras esterlinas, y que, habiendo llegado al Brasil en busca de tema para

escribir una novela, realizase un verdadero romance, casándose con el lector en cuestión. Semejante *Miss Dollar* estaría incompleta si no tuviera anteojos oscuros y un gran mechón de pelo gris en cada sien. Guantes de encaje blanco y sombrero de lino en forma de calabaza, serían los retoques finales de este magnífico de ultramar.

Más astuto que otros, acude un lector que dice que la heroína del relato no es ni fue inglesa, sino brasileña por los cuatro costados, y que el nombre de *Miss Dollar* responde simplemente al hecho de que la muchacha es rica.

El descubrimiento sería oportunísimo si fuera exacto; desgraciadamente ni esta ni las otras apreciaciones lo son. La *Miss Dollar* del relato no es la niña romántica ni la mujer robusta, ni la vieja literata, ni la brasileña rica. Falla esta vez la proverbial perspicacia de los lectores: *Miss Dollar* es una perrita galga.

Seguramente, la índole de la heroína determinará que algunas personas pierdan el interés por el relato. Error inexcusable. *Miss Dollar*, a pesar de no ser más que una perrita galga, tuvo el honor de ver su nombre en los diarios, antes de encontrar su lugar en este libro. El *Diario del Comercio* y el *Correo Mercantil* publicaron en la columna de los avisos las siguientes líneas reverberantes de promesas:



Se extravió una perrita galga, en la noche de ayer, 30. Responde al nombre de Miss Dollar. Quien la haya encontrado y quiera llevarla a la calle de Mata Caballos N0...., recibirá doscientos mil réis de recompensa. Miss Dollar tiene un collar en el cuello cerrado por un candado en el que se leen las siguientes palabras: “De tout mon coeur”⁷”.

Todos los que sentían necesidad apremiante de obtener los doscientos mil réis y tuvieron la felicidad de leer aquel anuncio recorrieron con atención las calles de Río de Janeiro, a ver si daban con la fugitiva Miss Dollar. Galgo que aparecía a lo lejos era perseguido con tenacidad hasta que se verificara que no era el animal buscado. Pero toda esta cacería de los doscientos mil réis era completamente inútil, ya que, el día que salió el aviso, Miss Dollar estaba alojada en la casa de un individuo que vivía en Cajueiros y que se dedicaba a coleccionar perros.

Capítulo II

Cuáles eran las razones que indujeron al Doctor Mendonça a coleccionar perros, es cosa que nadie podía decir; unos opinaban que no se trataba de otra cosa que pasión por ese símbolo de la fidelidad o del servilismo; otros creían, más bien, que sintiéndose profundamente decepcionado por los hombres, Mendonça, encontró consuelo en la adoración de los perros.

Sean cuales fueran las razones, lo cierto es que nadie contaba con una colección más bonita y variada que él. Los había de todas las razas, tamaños y colores. Los cuidaba como si fuesen sus hijos; si alguno se le moría se ponía melancólico. Casi podría decirse que, en el espíritu de Mendonça, el perro pesaba tanto como el amor, según una expresión célebre: *sacad del mundo al perro y el mundo será un yermo*.

El lector superficial concluirá aquí que nuestro Mendonça era un hombre ex-céntrico. No lo era. Mendonça era un hombre común; le gustaban los perros como a otros les gustan las flores. Sus perros eran sus rosas y violetas; los cultivaba con el mismo esmero. También le gustaban las flores; pero le agradaban en tanto las viese en las plantas donde nacían: podar un jardín o enjaular un canario le parecía idéntico atentado.

⁷ “Con todo mi corazón”. En francés en el original. (Nota del traductor).

Era el Dr. Mendonça hombre de treinta y cuatro años, bien parecido, de modales francos y distinguidos. Se había graduado en Medicina, durante un tiempo atendió pacientes y su clínica ya había adquirido cierto prestigio cuando sobrevino una epidemia en la capital. El Dr. Mendonça inventó un elixir contra la enfermedad, y tan excelente era el elixir que el autor ganó un buen par de miles de réis. Ahora ejercía la medicina como aficionado. Tenía cuanto necesitaba para sí y su familia. La familia estaba integrada por los animales arriba citados.

En la inmemorable noche en que se extravió *Miss Dollar*, volvía Mendonça a su casa cuando tuvo la ventura de encontrar a la fugitiva en el *Rocío*. La perrita empezó a seguirlo y él, advirtiendo que el animal no tenía dueño visible, lo llevó a *Cajueiros*.

Apenas llegó a su casa, examinó a la galga cuidadosamente. *Miss Dollar* era realmente una joya; tenía las formas estilizadas y graciosas de su hidalga raza; los ojos castaños y aterciopelados parecían expresar la más completa felicidad de este mundo... tan alegres y serenos eran. Mendonça la contempló y examinó cuidadosamente. Leyó el dístico del candado que cerraba el collar y se convenció finalmente que era un animal muy querido por parte de quien quiera que fuese su dueño.

—Si no aparece el dueño me quedaré con ella— dijo él entregando a *Miss Dollar* al muchacho encargado de los perros.

El muchacho trató de darle de comer a la perrita mientras Mendonça planificaba un buen futuro para la nueva huésped, cuya raza debía perpetuarse en la casa.

El plan de Mendonça duró lo que duran los sueños: el espacio de una noche. Al día siguiente, leyendo los diarios, vio el aviso transcripto líneas arriba, prometiendo doscientos mil réis a quien entregara la perrita extraviada. Su pasión por los perros le dio la medida del dolor que debía padecer el dueño o la dueña de *Miss Dollar*, ya que llegaba a ofrecer doscientos mil réis de gratificación a quien devolviese a la galga. Consecuentemente, decidió devolverla, con enorme congoja de su corazón. Llegó a vacilar por algunos instantes; pero al final vencieron los sentimientos de probidad y compasión, que eran el rasgo definitivo de aquella alma. Y, como si le costase despedirse del animal, todavía reciente en la casa, se dispuso a entregarlo personalmente, y para tal fin se preparó. Almorzó, y después de averiguar bien si *Miss Dollar* lo había hecho también, salieron ambos de casa en dirección a Mata Caballos.

En aquel tiempo, el Barón de Amazonas todavía no había logrado la independencia de las repúblicas platenses mediante la victoria del Riachuelo, nombre con el cual más tarde la Cámara Municipal designó a la Calle de Mata Caballos. Regía, por lo tanto, el nombre tradicional de la calle, que por lo demás no respondía a nada específico.

La casa cuyo número aparecía indicado en el aviso tenía agradable aspecto e indicaba cierta opulencia por parte de quien en ella vivía. Ya antes de que Mendonça golpease las manos en el corredor, *Miss Dollar*, reconociendo el lugar, empezó a saltar de alegría y a proferir unos sonidos contentos y guturales que, si hubiese entre los perros literatura, debían conformar un himno de acción de gracias.

Se acercó un muchachito a ver quién era; Mendonça dijo que venía a restituir la perrita perdida. Se iluminó el rostro del jovencito, que corrió a anunciar la buena nueva. *Miss Dollar*, aprovechando un descuido, se precipitó escaleras arriba. Se disponía Mendonça a partir, pues ya estaba cumplida su tarea, cuando el muchachito regresó para decirle que subiese y aguardase en el salón.

En el salón no había nadie. Hay quienes, contando en sus residencias con salas elegantemente dispuestas, suelen dar a sus visitas tiempo suficiente para que las puedan admirar, antes de ingresar en ellas para saludarlas. Es bien posible que esa fuese la costumbre de los dueños de esa casa, pero en esa oportunidad de muy otro modo ocurrieron las cosas, ya que apenas el médico traspuso la puerta del corredor, se recostó, contra el marco de otra interior, una anciana con *Miss Dollar* en los brazos y la alegría estampada en el rostro.

—Tenga la bondad de sentarse— dijo ella señalándole una silla a Mendonça.

—Me demoré lo menos que pude— dijo el médico sentándose—. Vine a traer la perrita que está conmigo desde ayer...

—No se imagina la tristeza que causó en la casa la usencia de *Miss Dollar*.

—Lo imagino, señora; yo también amo a los perros, y si mi faltara alguno lo sentiría profundamente. En cuanto a su perrita...

— ¡Perdón!—interrumpió la anciana—; *Miss Dollar* no es mía, es de mi sobrina.

— ¡Ah!...

—Aquí está ella.

Mendonça se incorporó en el preciso instante en que entraba a la sala la sobrina en cuestión. Era una muchacha que aparentaba unos veintiocho años, en la plenitud de su belleza; una de esas mujeres que permitían prever una vejez tardía e imponente. El vestido de seda oscura le daba singular realce al color inmensamente blanco de su piel. Era juvenil el vestido, lo que aumentaba la majestad del porte y de la estatura. El corpiño del vestido le cubría hasta el cuello, pero se adivinaba por debajo de la seda un hermoso tronco de mármol modelado por un escultor divino. Los cabellos castaños y naturalmente ondulados estaban peinados con esa simplicidad casera, que es la mejor de todas las modas conocidas; ornaban graciosamente su frente como una corona donada por la naturaleza. La extrema blancura de la piel no presentaba el menor matiz sonrosado que armonizara o contrastara con él. La boca era pequeña y tenía una cierta expresión imperativa; pero el rasgo distintivo por excelencia de aquel rostro, lo que más atrapaba la mirada de quien lo contemplase, eran los ojos; imagínense dos esmeraldas nadando en leche.

Mendonça nunca había visto ojos verdes en toda su vida; dijéronle que existían ojos verde, y él sabía de memoria, a propósito de ellos, unos versos célebres de Gonçalves Dias; pero hasta entonces, tales ojos seguían siendo para él lo mismo que el ave fénix de los antiguos. Un día, conversando con unos amigos a propósito de esto, afirmaba que si alguna vez encontrase un par de ojos verdes huiría de ellos con terror.

— ¿Por qué?— le preguntó sorprendido uno de sus interlocutores.

—El verde es el color del mar — respondió Mendonça — evito las tempestades de uno; evitaré también las tempestades de los otros.

Yo dejo a criterio del lector todo pronunciamiento acerca de esta peculiaridad de Mendonça, que por lo demás es *preciosa* en el sentido de Molière⁸.

⁸ Se refiere aquí Machado a la obra *Las preciosas ridículas* de Molière. En este sentido, el adjetivo es sinónimo de excéntrico, raro, extraño (Nota del traductor).

Capítulo III

Mendonça saludó respetuosamente a la recién llegada, y esta, con un gesto, lo invitó a sentarse otra vez.

—Le agradezco infinitamente que me haya restituido este pobre animal, por el que siento gran estima— dijo Margarita acomodándose en una silla.

—Y yo doy gracias a Dios por haberlo encontrado; podría haber caído en manos que no lo devolviesen.

Margarita hizo un gesto a *Miss Dollar*, y la perrita, saltando del regazo de la anciana, fue hacia la muchacha; levantó las patas delanteras y las puso sobre las rodillas de la joven; Margarita y *Miss Dollar* intercambiaron una larga mirada de afecto. Mientras tanto, una de las manos de la muchacha jugaba con una de las orejas de la galga, dándole así a Mendonça oportunidad de admirar sus bellísimos dedos armados con uñas agudísimas.

Pero, si por un lado Mendonça sentía sumo placer de estar allí, advirtió que su demora podría resultar extraña y humillante. Parecía estar esperando la gratificación. Para escapar a esa interpretación lastimosa, sacrificó el placer de la conversación y la contemplación de Margarita; se levantó diciendo:

—Bien, mi misión está cumplida...

—Pero...— interrumpió la vieja.

Mendonça comprendió la amenaza que implicaba la interrupción de la anciana.

—La alegría que restituí a esta casa — dijo él— es la mayor recompensa a la que yo podía aspirar. Ahora les pido sepan disculparme...

Las dos mujeres comprendieron la intención de Mendonça; la muchacha le pagó la cortesía con una sonrisa; y la anciana, reuniendo en el pulso cuantas fuerzas le quedaban todavía en el cuerpo, estrechó *con amistad* la mano del muchacho.

Mendonça salió impresionado por la interesante Margarita. Notaba en ella, principalmente, además de la belleza, que era de verdad notable, cierta severidad triste en la mirada y en los gestos. Si así era el carácter de la muchacha, los hechos coincidirían con la suposición del médico; si era, en cambio, el

resultado de algún episodio de su vida, se trataba, entonces, de una página de relato que debía ser descifrada con ojos hábiles. A decir verdad, el único defecto que Mendonça le encontró fue el color de los ojos, no porque fuese feo, sino porque él tenía prevención contra los ojos verdes. La prevención, cabe aclararlo, era más literaria que de otra índole; Mendonça tenía la costumbre de apegarse a frases que alguna vez dijera, y que, en este caso, fue la citada líneas arriba, lo cual lo llenaba de prevención. No lo juzguen tonto: Mendonça era un hombre inteligente, instruido y sensato; era, por lo demás, proclive a los sentimientos románticos; pero, pese a ello, no hay duda que su buen talón tenía nuestro Aquiles. Era hombre como los otros; otros Aquiles hay por ahí que son de pies a cabeza un inmenso talón. El punto vulnerable de Mendonça era ese: por amor a una frase era capaz de violentar sus afectos; sacrificaba una situación por una oración bien construida.

Refiriendo a un amigo el episodio de la galga y el encuentro con Margarita, Mendonça dijo que ella podría llegarle a gustarle si no tuviese los ojos verdes. El amigo rió con cierto aire de sarcasmo.

—Pero doctor— dijo él— no comprendo esa prevención; yo he oído decir que los ojos verdes son signos de almas buenas. Por lo demás, el color de los ojos nada significa; lo esencial, en cambio, es su expresión. Pueden ser azules como el cielo y pérfidos como el mar.

La observación de este amigo anónimo tenía la ventaja de ser tan política como la de Mendonça. Por eso conmovió profundamente el ánimo del médico. No permaneció este, sin embargo, como el asno Buridan entre el balde de agua y la ración de cebada; el asno hubiera vacilado, Mendonça no dudó. Recordó de pronto la lección del casuista Sánchez, y de los dos pareceres tomó el que le pareció *probable*.

Algún lector grave encontrará pueril esta circunstancia de los ojos verdes y esta controversia sobre su probable calidad. Probará con ello que tiene poca experiencia del mundo. Los almanaques pintorescos citan hasta la saciedad mil excentricidades y críticas de varones que la humanidad admira, ya por instruidos en las letras, ya por valientes en las armas; y no por ello dejamos de admirar a esos mismos varones. No quiera el lector abrir una excepción solo para

encasillar en ella a nuestro doctor. Aceptémoslo con sus ridiculeces; ¿quién no la tiene? El ridículo es una especie de lastre que trae el alma cuando entra al mar de la vida; algunos llevan a cabo toda la travesía sin otro tipo de carga.

Para contrarrestar estas debilidades, ya dije que Mendonça tenía cualidades nada vulgares. Adoptando la opinión que le pareció más probable, que fue la de su amigo, Mendonça se dijo a sí mismo que en las manos de Margarita estaba tal vez la llave de su futuro. Diseñó, en ese sentido, un plan de felicidad; una casa en un yermo, mirando hacia el mar de cara al occidente, a fin de poder presenciar el espectáculo de la caída del sol. Margarita y él, unidos por el amor y por la Iglesia, beberían allí, gota a gota, la taza entera de la celeste felicidad. El sueño de Mendonça incluía otras particularidades que sería ocioso mencionar aquí. Mendonça pensó en esto varios días, llegó a pasar algunas veces por Mata Caballos, pero con tan poca fortuna que nunca vio a Margarita ni a la tía; finalmente, renunció a la empresa y volvió a los perros.

La colección de perros era una verdadera galería de hombres ilustres. El más estimado de ellos se llamaba *Diógenes*; había un galgo que respondía al nombre de *César*; un perro de agua que se llamaba *Nelson*; *Cornelia* se llamaba una perrita ratonera, y *Calígula* un enorme mastín, verdadera esfinge del gran monstruo que produjo la sociedad romana. Cuando se encontraba entre toda esa gente, ilustre por diferentes títulos, decía Mendonça que entraba en la historia; así era cómo se olvidaba del resto del mundo.

Capítulo IV

Se encontraba cierta vez Mendonça en la puerta del *Carceller*, donde acaba de tomar un helado en compañía de un individuo amigo suyo, cuando vio pasar un coche, y en él a dos damas que le parecieron las de Mata Caballos. Mendonça hizo un movimiento de asombro que no escapó a su amigo.

—¿Qué pasa?— le pregunto este.

—Nada; me pareció reconocer a esas señoras. ¿Alcanzaste a verlas, Andrade?

—No.

El coche había entrado por la Calle del Oidor, los dos hombres subieron por la misma calle. Poco después de la Calle del Almacén, se detuvo el coche ante la puerta de un negocio, y las damas se apearon y entraron. Mendonça no las vio salir, pero vio el coche y sospechó que era el de ellas. Apuró el paso sin decirle nada a Andrade, que hizo lo mismo, por esa natural curiosidad que siente un hombre cuando percibe algún secreto oculto.

Pocos instantes después estaban ante la puerta del negocio. Mendonça verificó que, efectivamente, eran las dos damas de Mata Caballos. Entró decidido, con aire de quien va a comprar algo, y se acercó a las señoras. La primera que lo reconoció fue la tía. Mendonça la saludó respetuosamente. Ellas recibieron el saludo con afabilidad. A los pies de Margarita estaba *Miss Dollar*, que gracias a ese admirable olfato que la naturaleza concedió a los perros y a los cortesanos de la fortuna, dio dos saltos de alegría apenas vio a Mendonça, llegando a tocarle el estómago con las patas delanteras.

—Parece que *Miss Dollar* guarda un muy buen recuerdo de usted —dijo doña Antonia (que así se llamaba la tía de Margarita).

—Creo que sí—respondió Mendonça, jugando con la galga y mirando a Margarita.

Justamente en ese momento entró Andrade.

—Recién ahora las reconozco —dijo él dirigiéndose a las mujeres.

Andrade estrechó la mano de las dos señoras, o mejor, estrechó la mano de Antonia y los dedos de Margarita.

Mendonça no contaba con este encuentro, y le alegró tener a la mano el medio para hacer íntimas las relaciones superficiales que tenía con la familia.

—Me gustaría —dijo él a Andrade— que me presentaras a estas señoras.

—¿Pero cómo? ¿No las conoces? —preguntó Andrade estupefacto.

—Nos conocemos sin conocernos —respondió sonriendo la vieja tía—; por ahora quien lo presentó fue *Miss Dollar*.

Antonia refirió a Andrade la pérdida y la devolución de la perrita.

–Pues si es así –respondió Andrade– lo presento ya.

Hecha la presentación oficial, el cajero trajo a Margarita los objetos que ella había comprado, y las dos mujeres se despidieron de los muchachos pidiéndoles que fuesen a visitarlas.

No cité ninguna palabra de Margarita en el transcurso del diálogo precedente porque, a decir verdad, la muchacha solo dirigió tres a cada uno de los jóvenes.

–Que estén bien –les dijo ella ofreciendo las puntas de sus dedos y saliendo para entrar en el carruaje.

Una vez a solas, salieron también los dos muchachos y se encaminaron por la Calle del Oidor, ambos callados. Mendonça pensaba en Margarita; Andrade pensaba en ganar la confianza de Mendonça. La vanidad tiene mil formas de manifestarse, como el fabuloso Proteo. La vanidad de Andrade consistía en creerse confidente de los otros; así presumía él obtener por obra de la confianza lo que solo alcanzaba mediante la indiscreción. No le resultó difícil apoderarse del secreto de Mendonça; antes de llegar a la esquina de la Calle de los Orfebres Andrade ya sabía todo.

– ¿Comprendes ahora –dijo Mendonça – por qué debo ir a su casa? Necesito verla; quiero ver si consigo...

Mendonça se calló.

– ¡Termina lo que estabas diciendo! –dijo Andrade–; si consigues ser amado. ¿Por qué no? Pero desde ya te digo que no será fácil.

– ¿Por qué?

–Margarita ya rechazó cinco propuestas de matrimonio.

–Naturalmente, no amaba a los pretendientes –dijo Mendonça con el aire de un geómetra que encuentra una solución.

–Amaba apasionadamente al primero –respondió Andrade– y no era indiferente al último.

–Seguramente hubo algún malentendido.

–Tampoco. ¿Te sorprendes? Es lo que me ocurre. Es una muchacha extraña. Si te crees con fuerzas como para ser el Colón de aquel mundo, lánzate al mar con tu armada; pero cuídate de la rebelión de las pasiones, que suelen ser los feroces marineros de estas travesías de descubrimiento.

Entusiasmado con esta alusión, histórica bajo su forma de alegoría, Andrade miró a Mendonça, que, entregado como estaba a la evocación de la joven, no prestó atención a la frase del amigo. Andrade se contentó con su propio sufragio y sonrió con el mismo aire de satisfacción que debe tener un poeta cuando escribe el último verso de un poema.

Capítulo V

Días después, Andrade y Mendonça fueron a la casa de Margarita, y allá pasaron media hora entregados a una conversación ceremoniosa. Las visitas se repitieron; eran empero más frecuentes por parte de Mendonça que de Andrade. Doña Antonia se mostró más desenvuelta que Margarita; solo después de un tiempo, Margarita bajó del Olimpo del silencio en que habitualmente se encerraba.

Era difícil dejar de hacerlo. Mendonça, si bien no era lo que se dice un asiduo frequentador de tertulias, era un caballero perfectamente capaz de entretener señoras que parecían mortalmente aburridas. El médico sabía piano y lo tocaba agradablemente; su conversación era animada; sabía esas mil naderías que entretienen generalmente a las señoras cuando ellas no desean o no pueden entrar en el terreno elevado del arte, de la historia o de la filosofía. No fue difícil para el muchacho establecer intimidad con la familia.

Tras las primeras visitas, supo Mendonça, por vía de Andrade, que Margarita era viuda. Mendonça no reprimió un gesto de asombro.

–Pero tú me hablaste de un modo que creí que te referías a una mujer soltera –dijo él al amigo.

–Es cierto que no me expliqué bien; las ofertas de casamiento que ella rechazó fueron formuladas después que enviudó.

– ¿Hace cuánto perdió el marido?

–Hace tres años.

–Todo se explica – dijo Mendonça después de un silencio– quiere mantenerse fiel a la sepultura; es una Artemisa del siglo.

Andrade era escéptico con respecto a las Artemisas; sonrió ante la observación del amigo, y, éste insistiese, replicó:

–Pero si yo ya te dije que ella amaba apasionadamente al primer pretendiente y que no era indiferente al último.

–Entonces, no entiendo.

–Yo tampoco.

A partir de ese momento, Mendonça trató de cortejar asiduamente a la viuda; Margarita recibió las primeras miradas de Mendonça con aire de tan supremo desdén, que el muchacho estuvo a punto de abandonar la empresa; pero la viuda, al mismo tiempo que parecía rechazar el amor, no le negaba estima, y lo trataba con la mayor ternura del mundo siempre que él la miraba normalmente.

Amor desairado es amor multiplicado. Cada negativa de Margarita acrecentaba la pasión de Mendonça. Ya ni prestaba atención al feroz *Calígula* ni al elegante *Julio César*. Los dos esclavos de Mendonça empezaron a percibir la profunda diferencia que había entre sus hábitos de hoy y los de otro tiempo. Dedujeron enseguida que algo lo preocupaba. Se convencieron de ello cuando Mendonça, habiendo llegado una vez a casa, le propinó un puntazo con su botín al hocico de *Cornelia*, en un momento en que esta graciosa perrita, madre de dos *gracos* ratoneros, celebraba la llegada del doctor.

Andrade no fue insensible al sufrimiento del amigo y se empeñó en consolarlo. Todo consuelo en estos casos es tan deseable como inútil. Mendonça escuchaba las palabras de Andrade y le confiaba todas sus penas. Andrade recordó a Mendonça un excelente medio para eliminar la pasión: era el de alejarse de su casa. A esto respondió Mendonça citando a Rochefoucauld:

“La ausencia atenúa las pasiones mediocres y desarrolla las grandes como el viento apaga las velas y aviva las hogueras”.

La cita tuvo el mérito de cerrar la boca de Andrade, que creía tanto en la constancia como en las Artemisas, pero que no quería contrariar la autoridad del moralista, ni la resolución de Mendonça.

Capítulo VI

Así transcurrieron tres meses. El cortejo de Mendonça no lograba avanzar un solo paso; pero la viuda no dejó de ser amable con él. Ese y no otro era el motivo principal por el cual el médico seguía a los pies de la insensible viuda; no le abandonaba la esperanza de vencerla.

Algún lector conspicuo estimará tal vez que más le hubiera valido a Mendonça no ser tan asiduo frecuentador de la casa de una señora expuesta a las calumnias del mundo. Pensó en eso el médico y consoló a su conciencia con la presencia de un individuo, hasta aquí no mencionado por motivo de su insignificancia, y que era nada menos que el hijo de doña Antonia y la hija de sus ojos. Se llamaba Jorge este muchacho, que gastaba doscientos mil *réis* por mes, sin ganarlos, gracias a la magnanimidad de la madre. Frecuentaba las peluquerías en las que consumía más tiempo que una romana de la decadencia en manos de sus siervas latinas. No había representación de importancia en el *Alcázar*⁹ a la que no concurriese; montaba caballos de calidad y enriquecía con gastos extraordinarios los bolsillos de algunas damas célebres y de varios parásitos oscuros. Usaba guantes de la letra E y botas número 36, dos cualidades de las que se jactaba ante todos sus amigos, que no bajaban del número 40 y la letra H. La presencia de ese gentil pimpollo salvaba, a juicio de Mendonça, la situación. Mendonça quería dar esta satisfacción al mundo, o sea, a la opinión de los ociosos de la ciudad. ¿Pero bastaría eso para tapar la boca de los ociosos?

Margarita parecía indiferente a las interpretaciones de la sociedad como a la asiduidad del muchacho. ¿Sería ella indiferente a todo lo demás en este mundo? No; amaba a su madre, adoraba a Miss Dollar, le gustaba la buena música y leía novelas. Se vestía bien, sin ser rigurosa en cuestiones de moda; no era aficionada a los valeses; a lo sumo bailaba alguna cuadrilla en los saraos a los que era invitada. No hablaba mucho, pero se expresaba bien. Sus modos eran graciosos y vivaces, pero sin impostación ni picardía.

Cuando Mendonça aparecía por allí, Margarita lo recibía con visible satisfacción. El médico se ilusionaba siempre, a pesar de estar acostumbrado a estas manifestaciones. De hecho, a Margarita le encantaba la presencia del muchacho,

⁹ El Alcázar fue uno de los clubes más famosos de Río de Janeiro en donde se reunían los artistas, políticos, periodistas y literatos más ilustres de la época. (Nota del traductor).

pero no parecía concederle importancia suficiente como para contentar su corazón. Le complacía verlo como complace ver un lindo día, sin morir de amores por el sol.

No era posible soportar demasiado tiempo la situación en la que se encontraba el médico. Cierta noche, mediante un esfuerzo del que hasta aquel momento no se hubiera considerado capaz, Mendonça dirigió a Margarita esta pregunta indiscreta:

— ¿Fue feliz con su marido?

Margarita frunció el ceño con asombro y clavó sus ojos en los del médico, que parecían prolongar tácitamente la pregunta.

—Si —dijo ella al cabo de unos instantes.

Mendonça no dijo nada; no contaba con aquella respuesta. Confiaba de más en la intimidad que reinaba entre ambos; y quería descubrir por algún medio la causa de la insensibilidad de la viuda. Falló el cálculo; Margarita permaneció seria durante algún tiempo; la llegada de doña Antonia le evitó a Mendonça una situación incómoda. Poco después Margarita estaba recompuesta y la conversación volvió a ser animada e íntima como siempre. La llegada de Jorge amplió aún más la animación de la charla; doña Antonia, con ojos y oídos de madre, creía que su hijo era el muchacho más encantador del mundo; pero lo cierto es que no había en la cristiandad espíritu más frívolo. La madre se reía de todo cuanto el hijo decía; el hijo colmaba, él solo, el espacio de toda la conversación, refiriendo anécdotas y repitiendo dichos y hechos del Alcázar. Mendonça veía todos esos aspectos del muchacho y lo soportaba con resignación evangélica.

La entrada de Jorge, al animar la charla, aceleró el transcurso de las horas; a las diez se retiró el médico, acompañado por el hijo de doña Antonia, que salía a cenar. Mendonça rechazó la invitación que le hizo, y se despidió de él en la Calle del Conde, esquina de la de la Labranza.

Esa misma noche resolvió Mendonça dar un golpe decisivo; resolvió escribirle una carta a Margarita. Si ya era una iniciativa temeraria para quien conociese el carácter de la viuda, con los precedentes mencionados era una locura. Sin embargo, el médico no vaciló en recurrir al papel, confiando en que allí diría las

cosas de mejor manera que hablando. La carta fue escrita con febril impaciencia; al día siguiente, apenas terminado el almuerzo, Mendonça guardó la carta dentro de un volumen de George Sand, y lo envió con un mensajero a Margarita.

La viuda rompió el envoltorio de papel que cubría el volumen y puso el libro sobre la mesa de la sala; media hora después volvió para leerlo. Apenas lo abrió, la carta cayó a sus pies. La abrió y leyó lo siguiente:

Sea cual fuere la causa de su comportamiento esquivo, lo respeto, no me rebelo contra él. Pero si no me es dado rebelarme, ¿tampoco me será permitido quejarme? Habrá Ud. comprendido mi amor, del mismo modo que yo he comprendido su indiferencia; pero por mayor que sea esa indiferencia, está lejos de compararse con el amor profundo e imperioso que se apoderó de mi corazón cuando ya más lejos me creía de estas pasiones de los primeros años. Nada le diré a los desvelos y las lágrimas, las esperanzas y los desencantos, páginas tristes de este libro que el destino pone en las manos del hombre para que dos almas lo lean. Todo ello le es indiferente.

No me atrevo a interrogarla sobre los motivos de su conducta evasiva en relación a mí; ¿pero por qué motivos se extiende esa conducta esquivada a tantos más que a mí? En la edad de pasiones ferviente, ornada por el cielo con una belleza rara, ¿por qué motivo quiere esconderse del mundo y negar a la naturaleza y el corazón sus incontestables derechos? Perdóneme el atrevimiento de la pregunta; me encuentro frente a un enigma que mi corazón desearía descifrar. Pienso a veces que un gran dolor la atormenta y quisiera ser el médico de su corazón; ambicionaba, confieso, restaurarle alguna ilusión perdida. Quiero creer que no hay ofensa en esta ambición.

Si, empero, esa conducta evasiva denota tan solo un sentimiento de orgullo legítimo, perdóneme haber osado escribirle cuando sus ojos expresamente me lo prohibieron. Deshágase de esta carta que nada puede valerle como recuerdo ni mucho menos servirle como arma.

Esta, la frase fría y medida, no expresaba el fuego del sentimiento. Sin embargo, no habrá escapado al lector la sinceridad y la simplicidad con que Mendonça pedía una explicación que Margarita probablemente no podía dar.

Cuando Mendonça dijo a Andrade que le había escrito a Margarita, el amigo del médico se largó a reír a carcajadas.

– ¿Hice mal? –preguntó Mendonça.

–Echaste todo a perder. Los otros pretendientes empezaron también con cartas; fue justamente el certificado de defunción de sus aspiraciones amorosas.

–Paciencia, dijo Mendonça encogiendo los hombros con aparente resignación– por lo demás, me agradecería que me dejaras de compararme a sus pretendientes; yo no soy un pretendiente en el sentido que lo son ellos.

– ¿No querías casarte con ella?

–Sin duda, si fuese posible –respondió Mendonça.

–Pues eso era lo que los otros querían; si pudieras te casarías y entrarías en la tranquila posesión de lo que cupiese en herencia y que asciende a más de cien contos¹⁰. Si me refiero a los pretendientes, mi querido, no es para ofenderte, ya que uno de los cuatro pretendientes rechazados fui yo.

– ¿Tú?

–Así es; pero no te preocupes, no fui el primero, ni siquiera el último.

– ¿Le escribiste?

–Como los otros; y como ellos, no obtuve respuesta, o sea, obtuve una: que me devolviera la carta. Por lo tanto, ya que le escribiste, espera el resto; verás si lo que te digo es o no exacto. Estás perdido, Mendonça; hiciste muy mal.

Andrade tenía esta costumbre de no omitir ninguno de los colores sombríos de una situación, con el pretexto de que a los amigos se les debe la verdad. Pintado el cuadro, se despidió de Mendonça y se alejó.

Mendonça regresó a su casa, donde pasó la noche desvelado.

¹⁰ Los contos equivalían a diez mil réis (Nota del traductor)

Capítulo VII

Se equivocó Andrade; la viuda respondió a la carta del médico. La carta de ella se limitó a esto:

Le perdono todo; no le perdonaré si me vuelve a escribir. Mi esquividad no tiene ninguna causa; es una cuestión de temperamento.

El sentido de la carta era todavía más lacónico que la expresión. Mendonça la leyó muchas veces, tratando de completarla; pero fue trabajo perdido.

Algo, sin embargo, no tardó él en concluir: algún conflicto oculto era el motivo por el cual Margarita se negaba al casamiento; después concluyó otra cosa: Margarita le perdonaría una segunda carta si él se la escribiese.

La vez siguiente que Mendonça fue a Mata Caballos se sintió incómodo pensando de qué modo debía dirigirse a Margarita; la viuda disipó su molestia, tratándolo como si nada hubiese ocurrido. Mendonça no tuvo ocasión de aludir a las cartas debido a la presencia de doña Antonia; cosa que agradeció, porque no sabía lo que le diría en el momento en que se quedaran a solas.

Días después, Mendonça le escribió una segunda carta a la viuda y la hizo llegar por la misma vía que la primera. La carta le fue devuelta sin respuesta. Mendonça se arrepintió de haber desobedecido la orden de la muchacha y resolvió, de una vez por todas, no volver más a la casa de Mata Caballos. No se sentía con ánimos como para aparecer por allí, ni juzgaba conveniente estar junto a una persona que amaba sin esperanza.

Al cabo de un mes, no se había disipado en él ni siquiera una partícula del sentimiento que nutría por la viuda. La amaba con idéntico ardor. La ausencia, como él había pensado, intensificó su amor, como el viento atiza un incendio. Inútilmente leía o buscaba distraerse sumergiéndose en la vida agitada de Río de Janeiro; empezó a escribir un estudio sobre la teoría del oído, pero la pluma se le escapaba en dirección al corazón, y en el escrito que resultó se mezclaron los nervios y los sentimientos. Gozaba por entonces de notable nombradía el libro de Renan sobre la obra de Jesús; Mendonça abarrotó su estudio con todos los trabajos publicados al respecto y entró a investigar profundamente el misterioso drama de Judea. Hizo cuanto pudo para absorber su espíritu en el tema y olvidar a la esquivada Margarita; le resultó imposible.

Una mañana apareció en su casa el hijo de doña Antonia; lo traían dos motivos: preguntarle por qué no había vuelto por Mata Caballos y mostrarle unos pantalones nuevos. Mendonça aprobó los pantalones y se disculpó como pudo por su ausencia, diciendo que andaba atareado. Jorge no era un alma capaz de comprender la verdad oculta por debajo de una palabra convencional; viendo a Mendonça sumergido en un mar de libros y folletos, le preguntó si estaba estudiando para ser diputado. ¡Jorge era capaz de creer que para ser diputado había que estudiar!

—No —respondió Mendonça.

—Lo cierto es que mi prima también anda todo el día entre libros y no creo que pretenda ingresar a la Cámara.

— ¿Tu prima?

—Así es. Créeme: no hace otra cosa. Se encierra en su habitación y se pasa los días leyendo.

Informado por Jorge, Mendonça supuso que Margarita era nada menos que una mujer de letras, alguna modesta poeta que olvidaba el amor de los hombres en los brazos de las musas. La suposición era gratuita e hija de un espíritu ciego por un amor como el de Mendonça. Hay varias razones para leer mucho sin tener comercio con las musas.

—Pero fíjate que mi prima nunca leyó tanto; ahora se le dio por hacerlo de esa manera — dijo Jorge sacando de la cigarrera un magnífico habano de tres centavos y ofreciendo otro a Mendonça—. Prueba esto — prosiguió él — fúmallo y dime si hay alguien que venda los cigarros que vende Bernardo.

Consumidos los cigarros, Jorge se despidió del médico llevándose la promesa de que este iría a la casa de doña Antonia tan pronto como pudiese.

Al cabo de quince días, Mendonça volvió a Mata Caballos.

Encontró en la sala a Andrade y a doña Antonia, que lo recibieron con vivas. Mendonça parecía, en efecto, salir de una tumba: había adelgazado y empalidecido. La melancolía imprimía a su rostro una expresión de mayor abatimiento. Aludió a excesos de trabajo y se puso a conversar alegremente como antes. Pero esa alegría, como se comprende, era forzada. Al cabo de un cuarto

de hora, la tristeza se apoderó otra vez de su rostro. Durante ese lapso, Margarita no apareció en la sala; Mendonça, que hasta entonces no había preguntado por ella, no sé por qué razón, viendo que ella no aparecía, preguntó si estaba enferma. Doña Antonia le respondió que Margarita estaba un poco indispuesta.

La indisposición de Margarita duró unos tres días; era un simple dolor de cabeza, que su primo atribuyó a su excesiva dedicación a la lectura.

Al cabo de unos días más, doña Antonia fue sorprendida por un comentario de Margarita; la viuda quería pasar una temporada en el campo.

— ¿Te disgusta la ciudad? — preguntó la buena anciana.

— Un poco — respondió Margarita — quisiera pasar un par de meses en el campo.

Doña Antonia no podía negar nada a la sobrina; estuvo de acuerdo en ir al campo y empezaron los preparativos. Mendonça se enteró del viaje estando en el *Rocío*, mientras por allí paseaba una noche; se lo dijo Jorge que se hallaba en camino hacia el *Alcázar*. Para el muchacho esa decisión era una fortuna porque lo libraba de la única obligación que todavía le restaba en este mundo, que era la de ir a cenar con la madre.

A Mendonça no lo sorprendió en absoluto la resolución; cualquier decisión de Margarita empezaba a parecerle factible.

Cuando volvió a su casa encontró una nota de doña Antonia concebida en estos términos:

Nos vamos afuera unos meses; espero que venga a despedirse de nosotras antes de que partamos. Salimos el sábado; yo quisiera encargarle algo.

Mendonça bebió un té y se dispuso a dormir. No pudo. Quiso leer; no lo logró. Al rato, salió. Insensiblemente, dirigió sus pasos hacia Mata Caballos. La casa de doña Antonia estaba cerrada y silenciosa; evidentemente ya estaban durmiendo. Mendonça dio algunos pasos más junto a la verja del jardín adyacente a la casa. Desde donde se encontraba podía ver la ventana de la habitación de Margarita, poco elevada, y que daba al jardín. Adentro había luz; naturalmente, Margarita estaba despierta. Mendonça sintió que su corazón le latía con una fuerza desconocida. De pronto, en su espíritu surgió una sospecha. No hay corazón crédulo que no tenga desfallecimientos de este tipo; pero, por lo demás,

¿sería errónea su sospecha? Mendonça, sin embargo, no tenía ningún derecho a la viuda; había sido rechazado categóricamente. Si alguna obligación tenía era la de la retirada y en silencio.

Mendonça quiso mantenerse dentro de los límites que le habían sido asignados; la puerta abierta del jardín podía responder a un olvido por parte de los sirvientes. El médico puso todo su empeño en pensar que todo aquello era fortuito y, haciendo un esfuerzo, se alejó del lugar. Unos metros más allá se detuvo y recapacitó: había un demonio que lo empujaba a transponer aquella puerta. Mendonça volvió y entró con precaución.

Había dado apenas unos pasos cuando se enfrentó con *Miss Dollar* que empezó a ladrar; parece que la galga había logrado salir de la casa sin ser advertida. Mendonça la acarició y la perrita pareció reconocer al médico, porque cambió los ladridos por agasajos. En la pared del cuarto de Margarita se dibujó una sombra de mujer; era la viuda que se aproximaba a la ventana para ver la causa del alboroto. Mendonça se escondió como pudo en unos arbustos que crecían junto a la verja; no viendo a nadie, Margarita volvió a entrar.

Transcurridos algunos minutos, Mendonça salió del lugar en que se encontraba y se dirigió hacia el lado de la ventana de la viuda. *Mis Dollar* lo acompañó. Si bien allí el jardín era más alto, ahora no podía ver el aposento de la muchacha. La perrita, apenas llegaron a ese sitio, trepó ágilmente a una escalera de piedra que comunicaba el jardín con la casa; la puerta del cuarto de Margarita quedaba justamente en el corredor en el que desembocaba la escalera; la puerta estaba abierta. El muchacho imitó a la perrita; subió los seis peldaños de piedra lentamente; cuando puso el pie en el último oyó a *Miss Dollar* que saltaba en la habitación y venía a ladrar a la puerta como avisándole a Margarita que se aproximaba un extraño.

Mendonça dio un paso más. Pero en ese momento cruzó el jardín un esclavo que acudía a los ladridos de la perrita; el esclavo examinó el jardín y, no viendo a nadie, se retiró. Margarita se acercó a la ventana y preguntó qué ocurría; el esclavo se lo explicó y la tranquilizó diciéndole que no había nadie.

Justamente cuando ella salía de la ventana, aparecía en la puerta la figura de Mendonça. Margarita se estremeció nerviosa, se puso más pálida de lo que ya era; después, concentrando en los ojos el monto total de indignación que puede tener un corazón, le preguntó con voz temblorosa:

– ¿Qué hace aquí?

Fue en ese momento, y solo entonces, que Mendonça reconoció toda la bajeza de su procedimiento, o para decirlo con más exactitud, la profunda alucinación de su espíritu. Le pareció ver en Margarita a la figura de su propia conciencia, reprobándole tamaña indignidad. El pobre muchacho no trató de disculparse; su respuesta fue sencilla y verdadera.

– Sé que cometí una acción infame – dijo él – no tenía ningún motivo para hacerlo; estaba loco; ahora me doy cuenta de la magnitud de mi mal. No le pido que me disculpe, doña Margarita; no merezco su perdón; merezco solo su desprecio: ¡adiós!

– Comprendo, señor – dijo Margarita – quiere persuadirme por la fuerza del des crédito público cuando no puede obligarme por el corazón. No es de caballeros.

– ¡Oh, no!... le juro que esa no fue mi intención...

Margarita cayó en una silla; parecía llorar. Mendonça dio un paso para entrar, ya que hasta entonces no se había movido de la puerta; Margarita alzó los ojos cubiertos de lágrimas y, con un gesto imperioso, le indicó que saliese.

Mendonça obedeció; ni el uno ni el otro durmieron esa noche. Ambos se curvaban bajo el peso de la vergüenza; pero, para honra de Mendonça, el suyo era mayor que el de ella, ya que el dolor de la muchacha estaba lejos de alcanzar la intensidad del remordimiento del médico.

Capítulo VIII

Al día siguiente estaba Mendonça fumando un puro tras otro, de esos que reservaba para las ocasiones especiales, cuando un carruaje se detuvo ante la puerta de su casa. Minutos después se apeaba de él la madre de Jorge. La visita, al médico, le pareció de mal agüero. Pero apenas la anciana hubo entrado, su recelo se disipó.

– Creo – dijo doña Antonia – que mi edad me permite visitar a un hombre soltero.

Mendonça trató de responder a la broma con una sonrisa pero no pudo. Invitó a la buena señora a sentarse, y se sentó él también esperando que ella le explicase los motivos de la visita.

– Ayer le escribí – dijo ella – para que fuese a verme hoy; preferí venir hasta aquí, temiendo que por algún motivo no se decidiese usted a ir a Mata Caballos.

– ¿Quería encargarme algo?

– En absoluto – respondió la anciana sonriendo – le hablaba de un encargo como podría haberlo hecho de cualquier otra cosa; lo que deseo es informarlo.

– ¿Informarme?

– ¿Sabe quién tuvo que guardar reposo hoy?

– ¿Doña Margarita?

– Así es; amaneció un poco decaída; dijo que pasó una mala noche. Yo creo que sé cuál es la razón de ello – agregó doña Antonia sonriendo con picardía a Mendonça.

– ¿Y cuál le parece que es la razón? – preguntó el médico.

– ¿Acaso no se da cuenta?

– No.

– Margarita lo ama.

Mendonça se levantó de la silla como impulsado por un resorte. La declaración de la tía de la viuda era tan inesperada que al muchacho le pareció estar soñando.

– Lo ama – repitió doña Antonia.

– No creo – respondió Mendonça tras un silencio – Ha de ser un engaño suyo.

– ¡Engaño! – dijo la anciana.

Doña Antonia le contó a Mendonça que, intrigada por las vigilias de Margarita, quiso conocer su causa y descubrió en la habitación de la muchacha un *diario de impresiones*, escrito por ella, a imitación de no sé cuántas heroínas de novelas; ahí había leído la verdad que acababa de decirle.

– ¿Pero si me ama – observó Mendonça, sintiendo que un mundo de esperanzas inundaba su alma – si me ama, por qué rechaza mi corazón?

– El *diario* lo explica, se lo aseguro. Margarita fue infeliz en su matrimonio; el marido no aspiró a otra cosa que a gozar de su riqueza; Margarita adquirió la certeza de que nunca sería amada por lo que ella era sino por los bienes que poseía; atribuye a la codicia todo amor que despierta. ¿Se da cuenta?

Mendonça protestó, desconfiado.

– Es inútil que insista – dijo doña Antonia – yo creo en la sinceridad de su afecto; hace ya mucho que lo percibí; pero ¿cómo convencer a un corazón desconfiado?

– No lo sé.

– Ni yo – dijo la anciana – pero para eso vine hasta aquí; le ruego que vea qué puede hacer para que mi Margarita vuelva a ser feliz, si es que en algo puede influir el amor que usted le tiene.

– Creo que es imposible...

Mendonça estuvo tentado de contar a doña Antonia el episodio de la víspera; pero se arrepintió a tiempo.

Doña Antonia se fue poco después.

La situación de Mendonça, que por un lado se había vuelto más clara, por otro era más compleja que antes. Todavía era posible intentar algo antes del episodio de la habitación; pero tras él, Mendonça consideraba imposible lograr nada.

La indisposición de Margarita duró dos días, al final de los cuales la viuda abandonó la cama y la primera cosa que hizo fue escribir a Mendonça pidiéndole que fuese a verla.

A Mendonça la invitación le sorprendió profundamente y concurrió de inmediato a la casa de la muchacha.

– Después de lo que sucedió hace tres días – le dijo Margarita – comprenderá usted que no puedo permanecer expuesta a la maledicencia... Usted dice que me ama: pues bien, nuestro casamiento es inevitable.

¡*Inevitable!* La palabra amargó al médico, que por lo demás no podía negarse a una medida conciliatoria. Recordaba, al mismo tiempo, que era amado; y si bien esa idea le sonreía a su espíritu, otra venía a disipar ese instantáneo placer, y era la desconfianza que Margarita nutría a su respecto.

– Estoy a sus órdenes – respondió él.

Se sorprendió doña Antonia la prontitud con que se resolvió el casamiento, cuando Margarita se lo anunció ese mismo día. Supuso que el muchacho había realizado un milagro. Tiempo después notó que los novios tenían más cara de entierro que de casamiento. Interrogó a la sobrina acerca de ello; obtuvo una respuesta evasiva.

Fue modesta y reservada la ceremonia del casamiento. Andrade ofició de padrino, doña Antonia de madrina; Jorge le habló en el Alcázar a un cura amigo suyo para que celebrara la ceremonia.

Doña Antonia quiso que la pareja residiera con ella. Cuando Mendonça estuvo a solas con Margarita le dijo:

– Me casé contigo para salvar tu reputación; no quiero forzar por la fatalidad de las circunstancias a un corazón que no me pertenece. Seré solo y siempre tu amigo; hasta mañana.

Salió Mendonça después de este *speech*, dejando a Margarita vacilante entre la opinión que tenía de él y la impresión que produjeron sus recientes palabras.

No había situación más singular que la de estos cónyuges separados por una quimera. El día más hermoso se convertía para ellos en un día de desgracia y soledad; la formalidad del casamiento fue simplemente el preludio del divorcio más completo. Menos escepticismo por parte de Margarita, más caballerosidad por parte del muchacho, hubieran evitado el desenlace sombrío de aquella comedia del corazón. Vale más imaginar que describir las torturas de aquella noche de casados.

Pero aquello que el espíritu del hombre no logra derrotar, ha de vencerlo el tiempo, a quien cabe la razón final. El tiempo persuadió a Margarita de que su suspicacia era gratuita; y, coincidiendo con él su corazón, pudo consumarse el casamiento recientemente celebrado.

Andrade ignoró todo esto; cada vez que encontraba a Mendonça, lo llamaba Colón del amor; tenía Andrade la manía de toda persona a quien las ideas se le ocurren trimestralmente; apenas daba con alguna más o menos ingeniosa, la repetía hasta la saciedad.

Los dos esposos son todavía novios y prometen serlo hasta la muerte. Andrade se metió en la diplomacia y se perfila como uno de los luceros de nuestra representación internacional. Jorge sigue siendo un incurable farrista; doña Antonia se prepara para despedirse del mundo.

En cuanto a *Miss Dollar*, causa indirecta de todos estos sucesos, un día, al salir a la calle, fue atropellada por un carruaje; falleció poco después. Margarita no pudo retener algunas lágrimas por la noble perrita; el cuerpo fue enterrado en la quinta familiar, a la sombra de un naranjo; cubre la sepultura una lápida con esta simple inscripción: *A Miss Dollar*.



El espejo

Esbozo de una nueva teoría del alma humana

Cuatro o cinco caballeros debatían, una noche, varias cuestiones de alta trascendencia, sin que la disparidad de los votos trajera la menor alteración a los espíritus. La casa quedaba en el morro de Santa Teresa, la sala era pequeña, iluminada con velas, cuya luz se fundía misteriosamente con la luz de la luna que venía de afuera. Entre la ciudad, con sus agitaciones y aventuras, y el cielo, en el que las estrellas pestañeaban, a través de una atmósfera limpia y sosegada, estaban nuestros cuatro o cinco investigadores de cosas metafísicas, resolviendo amigablemente los más arduos problemas del universo.

¿Por qué cuatro o cinco? Rigurosamente eran cuatro los que hablaban; pero, además, había en la sala un quinto personaje, callado, pensando, adormilándose, cuya ofrenda en el debate no pasaba de uno que otro refunfuño de aprobación. Ese hombre tenía la misma edad que sus compañeros, entre cuarenta y cincuenta años; era provinciano, capitalista, inteligente, no sin instrucción y, al parecer, astuto y mordaz. No discutía nunca; y se defendía de la abstención con una paradoja, diciendo que la discusión es la forma cortés del instinto batallador, que yace en el hombre, como una herencia bestial; y agregaba que los serafines y los querubines no controvertían nada, y que, por otra parte, eran la perfección espiritual y eterna. Cuando dio esta misma respuesta aquella noche, la contestó uno de los presentes y lo desafió a demostrar lo que decía, si era capaz. Jacobina (así se llamaba él) reflexionó un instante y respondió:

– Pensándolo bien, tal vez el señor tenga la razón.

He aquí que, en medio de la noche, ocurrió que este obstinado hizo uso de la palabra, y no dos o tres minutos, sino treinta o cuarenta. La conversación, en sus desvíos, desembocó en la naturaleza del alma, punto que dividió radicalmente a los cuatro amigos. Entre gusto y gusto no hay disgusto; aunque, no solo el acuerdo, sino la misma discusión, se hizo difícil, si no imposible, por la multiplicidad de preguntas que se deducían de su tronco principal, y un poco, tal vez, por la inconsistencia de los pareceres. Uno de los argumentadores pidió a Jacobina alguna opinión – alguna conjetura, al menos –.

– Ni conjetura, ni opinión–, replicó él – Una u otra puede dar lugar al disenso y, como saben, yo no discuto. Pero, si quieren oírme callados, puedo contarles una anécdota de mi vida en la que se resalta la más clara demostración del asunto del que trata. En primer lugar, no hay una sola alma, hay dos...

Audio

– ¿Dos?

– Nada menos que dos almas. Cada criatura humana trae dos almas consigo: una que mira de adentro para afuera, otra que mira de afuera para dentro... Sorpréndanse lo que quieran; pueden quedar con la boca abierta, encoger los hombros, todo; no admito réplica. Si me replican, acabo el puro y me voy a dormir. El alma exterior puede ser un espíritu, un fluido, un hombre, muchos hombres, un objeto, una operación. Hay casos, por ejemplo, que un simple botón de camisa es el alma exterior de una persona; y así también la polca, el *voltarete*¹¹, un libro, una máquina, un par de botas, una cavatina, un tambor, etcétera. Está claro que el oficio de esa segunda alma es transmitir la vida, como la primera; las dos completan al hombre que es, metafísicamente hablando, una naranja. Quien pierde una de las mitades, pierde naturalmente media existencia; y casos hay, no pocos, en que la pérdida del alma exterior implica la de la existencia entera. Shylock¹², por ejemplo. El alma exterior de aquel judío era sus ducados; perderlos equivalía a morir. “Nunca más veré mi oro”, le dice él a Tubal; – “es un puñal que me entierras en el corazón”. Vean bien esta frase; la pérdida de los ducados, alma exterior, era la muerte para él. Ahora, es preciso saber que el alma exterior no siempre es la misma...

– ¿No?

– No, señor, cambia de naturaleza y de estado. No me refiero a ciertas almas absorbentes, como la patria, por la cual decía Camões que moría, y el poder, que fue el alma exterior de César y de Cromwell. Son almas enérgicas y exclusivas; mas hay otras, aunque enérgicas, de naturaleza mutable. Hay caballeros, por ejemplo, cuya alma exterior, en los primeros años, fue un sonajero o un

¹¹ El *voltarete* es un juego de cartas en el que entran tres participantes y se les distribuyen nueve cartas a cada uno. (Nota del traductor).

¹² Se refiere Machado al famoso judío que protagoniza el drama de Shakespeare titulado *El mercader de Venecia*. (Nota del traductor).

caballito de palo, y más tarde una proveeduría de hermandad, supongamos. Por mi parte, conozco una señora – en verdad, gentilísima – que cambia de alma exterior cinco, seis veces por año. Durante la estación lírica es la ópera; al terminar esa estación, el alma exterior se sustituye por otra: un concierto, un baile del Cassino, la Calle del Oidor, Petrópolis...

– Perdón; ¿esa señora quién es?

– Esa señora es familiar del diablo, y tiene el mismo nombre: se llama Legión... Y así hay muchos otros casos. Yo mismo he experimentado esos cambios. No los relato, porque me alargo; me restrinjo al episodio del que les hablé. Un episodio de mis veinticinco años...

Los cuatro compañeros, ansiosos de oír la anécdota prometida, olvidaron la controversia. ¡Santa curiosidad! No eres solo el alma de la civilización, eres también la manzana de la discordia, fruta divina de un sabor diferente al de aquella manzana de la mitología. La sala, hasta hace poco ruidosa de física y metafísica, es ahora un mar muerto; todos los ojos están sobre Jacobina, que arregla la punta del puro, recogiendo las memorias. He aquí cómo él comenzó el relato:

– Tenía veinticinco años, era pobre y acababa de ser nombrado alférez de la guarda nacional. No se imaginan el acontecimiento que esto fue en nuestra casa. ¡Mi madre quedó tan orgullosa! ¡Tan contenta! Me llamaba su alférez. Primos y tíos, todo fue una alegría sincera y pura. En la villa, nótese bien, hubo algunos despechados; llanto y rechino de dientes, como en la Escritura; y el motivo no fue otro sino que el puesto tenía muchos candidatos y que estos habían perdido. Supongo también que una parte del disgusto fue enteramente gratuita: nació de la simple distinción. Recuerdo algunos jóvenes que se llevaban bien conmigo y que pasaron a mirarme mal durante algún tiempo. En compensación, hubo muchos personas que estuvieron satisfechas con el nombramiento; y la prueba es que todo el uniforme me fue dado por los amigos... Entonces una de mis tías, doña Marcolina, viuda del Capitán Peçanha, que vivía a muchas leguas de la viña, en un sitio escondido y solitario, quiso verme y me pidió que fuese a visitarla y llevara el uniforme. Fui, acompañado por un paje, que pocos días después regresó, porque la tía Marcolina, apenas me vio, le escribió a mi madre diciendo que no me soltaba antes de un mes, por lo menos. ¡Y me abrazaba! Me llamaba también su alférez. Le parecía un muchachón bonito. Como le gustaba bromear, llegó a confesar que tenía envidia de la jovencita

que fuera a ser mi mujer. Juraba que en toda la provincia no había otro que me pusiera un pie delante. Y siempre alférez; era alférez para acá, alférez para allá, alférez a toda hora. Yo le pedía que me llamara Joãozinho como antes; y ella movía la cabeza, bramando que no, que era el “señor alférez”. Un cuñado suyo, hermano del finado Peçanha, que allí vivía, no me llamaba de otra manera. Era el “señor alférez”, no por chiste sino en serio, y delante de los esclavos, que naturalmente siguieron el mismo camino. En la mesa yo tenía el mejor lugar y me servían primero. No se lo imaginan. Si les dijera que el entusiasmo de la tía Marcolina llegó al punto de mandar poner en mi cuarto un espejo grande, obra rica y magnífica, que desentonaba del resto de la casa, cuyos muebles eran modestos y simples... Era un espejo que le había dado la madrina, que lo había heredado de la madre, quien lo había comprado a una de las hidalgas que habían venido en 1808 con la corte de Don João VI. No sé hasta dónde era verdad; era la tradición. El espejo estaba naturalmente muy viejo; pero todavía se le veía el oro, carcomido parcialmente por el tiempo, unos delfines esculpidos en los ángulos superiores del marco, unos adornos de madreperla y otros caprichos del artista. Todo viejo, pero bueno....

– ¿Espejo grande?

– Grande. Y fue, como digo, una enorme fineza, porque el espejo estaba en la sala; era la mejor pieza de la casa. Pero no hubo fuerzas que la disuadieran de su propósito; respondía que no hacía falta, que era solo por algunas semanas, y finalmente que el “señor alférez” merecía mucho más. Lo cierto es que todas esas cosas, cariños, atenciones, obsequios, me transformaron, a lo que el sentimiento natural de juventud ayudó y completó. ¿Lo imaginan, supongo?

– No.

– El alférez eliminó al hombre. Durante algunos días las naturalezas se equilibraron, pero no tardó que la primitiva sucumbiera a la otra; me quedó una mínima parte de humanidad. Ocurrió entonces que el alma exterior, que era antes el sol, el aire, el campo, los ojos de las jóvenes, cambió de naturaleza y pasó a ser la cortesía y las reverencias de la casa; todo cuanto me hablaba del puesto, nada de lo que me hablaba del hombre. La única parte del ciudadano que se quedó conmigo fue aquella que tenía que ver con el ejercicio del rango; la otra se dispersó en el aire y en el pasado. Les cuesta creerlo, ¿no?

– Me cuesta hasta entenderlo – respondió uno de los oyentes.

– Va a entender. Los hechos explicarán mejor los sentimientos; los hechos lo son todo. La mejor definición de amor no vale un beso de muchacha enamorada; y, si bien lo recuerdo, un antiguo filósofo demostró el movimiento caminando. Vamos a los hechos. Vamos a ver cómo, al tiempo en que la conciencia del hombre se obliteraba, la del alférez se volvía viva e intensa. Los dolores humanos, las alegrías humanas, si eran solo eso, apenas obtenían de mí una compasión apática o una sonrisa piadosa. Después de tres semanas, era otro, totalmente otro. Era exclusivamente alférez. Pues bien, un día recibió la tía Marcolina una noticia grave; una de sus hijas, casada con un labrador que vivía a cinco leguas, estaba mal y ante la muerte. ¡Adiós, sobrino! ¡Adiós, alférez! Era madre en extremo, armó luego un viaje, le pidió al cuñado que fuera con ella, y a mí que cuidara su casa. Creo que, si no fuera por la aflicción, decidiría lo contrario: dejaría al cuñado y se iría conmigo. Lo cierto es que me quedé solo, con los pocos esclavos de la casa. Les confieso que desde luego sentí una gran opresión, alguna cosa semejante al efecto de cuatro paredes de una cárcel, súbitamente levantadas alrededor de mí. Era el alma exterior que se reducía; estaba ahora limitada a algunos espíritus ignorantes. El alférez continuaba dominándome, aunque la vida fuera menos intensa y la conciencia más débil. Los esclavos ponían una nota de humildad a sus cortesías, que de cierta manera compensaba la relación de los parientes y la intimidad doméstica interrumpida. Noté incluso, aquella noche, que ellos redoblaban su respeto, su alegría, sus atenciones. *Ño* alférez, de minuto en minuto. *Ño* alférez es muy bonito; *ño* alférez va a ser coronel; *ño* alférez se va a casar con muchacha bonita, hija de general: un concierto de alabanzas y profecías, que me dejó estático. ¡Ah! ¡Pérfidos! Apenas podía sospechar la intención secreta de los malvados.

– ¿Matarlo?

– Eso hubiera sido mejor.

– ¿Algo peor?

– Escuchen. A la mañana siguiente me hallé solo. Los bellacos, seducidos por otros, o por movimiento propio, habían resuelto huir durante la noche, y así lo hicieron. Me encontré solo, sin nadie más, entre cuatro paredes, ante el terrero¹³ desierto y el campo abandonado. Ningún aliento humano. Corrí la casa entera,

¹³ Aunque el significado de terrero en español es el de “terreno” o “perteneciente a la tierra”, *terreiro* es también la forma en la que se llamaba a los sitios donde se practica el *candomblé*, la religión de los esclavos negros que llegaron a Brasil. (Nota del traductor).

la senzala, todo, nada, nadie, ni un negrito. Gallos y gallinas tan solo, un par de mulas que filosofaban sobre la vida, sacudiéndose las moscas, y tres bueyes. Hasta los perros se los llevaron los esclavos. Ningún ente humano. ¿Les parece que esto era mejor que haber muerto? Era peor. No por miedo, les juro que no tenía miedo; era un poco atrevido, tanto que no sentí nada durante las primeras horas. Me quedé triste debido al daño causado a la tía Marcolina; también me quedé un poco perplejo, sin saber si debía ir a verla para darle la triste noticia, o quedarme cuidando la casa. Hice lo segundo, para no abandonar la casa, y porque, si mi prima enferma estaba mal, yo solo iba a aumentar el dolor de la madre, sin ningún remedio; finalmente, esperé que el hermano de tío Peçanha volviera aquel día o al siguiente, visto que había salido hacía ya treinta y seis horas. Pero la mañana terminó sin vestigios suyos; y en la tarde empecé a sentir una sensación como de alguien que hubiera perdido toda acción nerviosa y no tuviera conciencia de la acción muscular. El hermano de tío Peçanha no volvió ese día, ni al siguiente, ni toda aquella semana. Mi soledad adquirió proporciones enormes. Nunca los días fueron más largos, nunca el sol abrasó la tierra con una obstinación más irritante. Las horas daban de siglo en siglo en el viejo reloj de la sala, cuyo péndulo, tic-tac, tic-tac, me hería el alma interior, como un papirote continuo de la eternidad. Cuando, muchos años después, leí un poema norteamericano, creo que de Longfellow, y me topé con este famoso estribillo: *Never, for ever! — For ever, never!*¹⁴, les confieso que sentí un escalofrío: recordé aquellos días fatales. Era justo así que hacía el reloj de la tía Marcolina: —*Never, for ever! — For ever, never!* No eran golpes de péndulo, era un diálogo del abismo, un cuchicheo de la nada. ¡Y de noche! No era que la noche fuera más silenciosa. El silencio era igual al del día. Pero la noche era la sombra, era la soledad aún más estrecha, o más ancha. Tic-tac, tic-tac. Nadie en las salas, en los balcones, en los corredores, en el terrero, nadie en ninguna parte... ¿Se ríen?

– Sí, parece que tenía un poco de miedo.

– ¡Ah! ¡Sería bueno si pudiera tener miedo! Viviría. Pero lo característico de aquella situación es que ni siquiera podía tener miedo; es decir, el miedo vulgarmente entendido. Tenía una sensación inexplicable. Era como un difunto caminando, un sonámbulo, un muñeco mecánico. Durmiendo, era otra cosa. El sueño me aliviaba, no por la razón común, ser hermano de la muerte, sino por otra. Creo que puedo explicar este fenómeno así: el sueño, eliminando la

¹⁴ En inglés el original: *¡Nunca, por siempre! ¡Por siempre, nunca!* (Nota del traductor).

necesidad del alma exterior, dejaba actuar al alma interior. En los sueños me uniformaba, orgulloso, en medio de la familia y amigos, que me elogiaban el porte, que me llamaban alférez; venía un amigo de nuestra casa, y me prometía el puesto de teniente, otro, el de capitán o mayor; y todo eso me hacía vivir. Pero cuando despertaba, de día, se disipaba con el sueño la conciencia de mi ser nuevo y único porque el alma interior perdía la acción exclusiva y quedaba dependiente de la otra, que insistía en no volver... No volvía. Yo salía, a uno y otro lado, a ver si descubría alguna señal de regreso. *Soeur Anne, soeur Anne, ne vois-tu rien venir?*¹⁵ Nada, nada de nada; tal como la leyenda francesa. Nada más que el polvo del camino y la maleza de los morros. Volvía a casa, nervioso, desesperado, me estiraba en el canapé de la sala. Tic-tac, tic-tac. Me levantaba, paseaba, tamborileaba en los vidrios de las ventanas, silbaba. En cierta ocasión se me ocurrió escribir algo, un artículo político, una novela, una oda; no elegí nada definitivamente; me senté y tracé sobre el papel algunas palabras y frases sueltas para intercalarlas en estilo. Pero el estilo, como la tía Marcolina, se demoraba en venir. *Soeur Anne, soeur Anne...* Nada de nada. Cuando mucho, veía ennegrecerse la tinta y blanquearse el papel.

– ¿Pero no comía?

– Comía mal: frutas, harina, conservas, algunas raíces tostadas al fuego, pero soportaba todo alegremente, de no ser por la terrible situación moral en la que estaba. Recitaba versos, discursos, fragmentos en latín, liras de Gonzaga, octavas de Camões, décimas, una antología en treinta volúmenes. A veces hacía gimnasia; otras me pellizcaba las piernas; pero el efecto era solo una sensación física de dolor o cansancio, y nada más. Todo silencio, un silencio vasto, enorme, infinito, apenas subrayado por el eterno tic-tac del péndulo. Tic-tac, tic-tac...

– En verdad, era para enloquecerse.

– Van a oír algo peor. Debo decirles que, desde que estaba solo, no me había mirado una sola vez al espejo. No era abstención deliberada, no tenía motivo; era un impulso inconsciente, un miedo de descubrirme uno y dos, al mismo tiempo, en aquella casa solitaria; y si dicha explicación es verdadera, nada prueba mejor la contradicción humana, porque tras ocho días, me dio el ataque de locura de mirarme al espejo con el fin, justamente, de descubrirme dos. Me miré y retrocedí. El mismo vidrio parecía conjurado con el resto del universo;

¹⁵ En francés, el original: *Hermana Anne, hermana Anne, ¿ves algo venir?* (Nota del traductor).

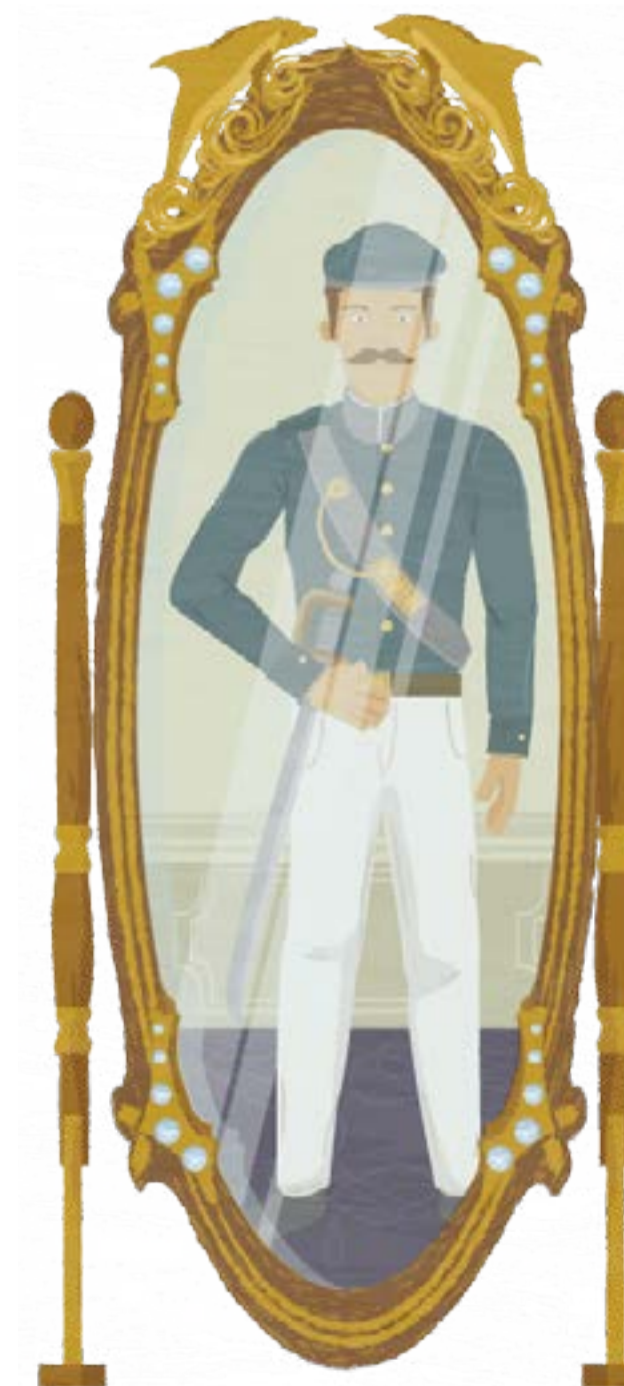
no me estampó la figura nítida y entera, sino vaga, esfumada, difusa, sombra de sombra. La realidad de las leyes físicas no permite negar que el espejo me reprodujera textualmente, con los mismos contornos y facciones; así debía haber sido. Pero no fue esa mi sensación. Ahí tuve miedo; le atribuí el fenómeno a la excitación nerviosa en que andaba; temí quedarme más tiempo y enloquecer. “Me voy”, me dije. Y levanté el brazo con gesto de mal humor, y al mismo tiempo de decisión, mirando hacia el vidrio; el gesto ahí estaba, pero disperso, desgarrado, mutilado... Me puse a vestirme, murmurando para mí mismo, tosiendo sin tos, sacudiendo la ropa con estrépito, contrariado por el frío de los botones, para decir alguna cosa. De vez en cuando, miraba furtivamente hacia el espejo; la imagen era la misma difusión de líneas, la misma descomposición de contornos... Seguí vistiéndome. Súbitamente, por una inspiración inexplicable, un impulso sin cálculo, se me ocurrió... Si son capaces de adivinar cuál fue mi idea...

– Díganos.

– Estaba mirando el vidrio, con persistencia de desesperado, contemplando mis propios rasgos descompuestos e incompletos, una nube de líneas sueltas, informes, cuando tuve el pensamiento... No, no son capaces de adivinarlo.

– Pero, díganos, díganos.

– Se me ocurrió ponerme el uniforme de alférez. Me lo puse, me preparé para salir; y, cuando estuve ante el espejo, levanté los ojos, y... ni les cuento: el vidrio reprodujo entonces la figura entera; ninguna línea menos, ningún contorno distinto; era yo mismo, el alférez, que encontraba, finalmente, el alma exterior. Esa alma ausente con la dueña de la casa, dispersa y huida con los esclavos, hela protegida en el espejo. Imagínense un hombre que, poco a poco, emerge de un letargo, abre los ojos sin ver, después



empieza a ver, distingue a las personas de los objetos, pero no conoce individualmente a unos ni otros; en fin, sabe que este es Fulano, aquel Mengano; aquí hay una silla, allí un sofá.

Todo vuelve a lo de antes del sueño. Así me ocurrió. Me miraba al espejo, iba de un lado al otro, retrocedía, gesticulaba, sonreía y el vidrio expresaba todo. No era más un autómata, era un ente animado. De allí en adelante, fui otro. Cada día, a cierta hora, me vestía de alferez y me sentaba delante del espejo, leyendo, mirando, meditando; después de dos, tres horas, me desvestía de nuevo. Con este régimen pude pasar seis días más de soledad, sin sentirlos...

Cuando los otros volvieron en sí, el narrador había bajado la escalera.



La iglesia del diablo

Capítulo I De una idea asombrosa

Cuenta un viejo manuscrito benedictino que el Diablo, cierto día, tuvo la idea de fundar una iglesia. Si bien sus lucros eran continuos y grandes, lo humillaba el papel suelto que ejercía desde hacía siglos, sin organización, sin reglas, sin cánones, sin ritual, sin nada. Vivía, por así decir, de los remanentes divinos, de los descuidos y obsequios humanos. Nada fijo, nada regular. ¿Por qué no podía tener él también su iglesia? Una iglesia del Diablo era el medio eficaz para combatir a las otras religiones y destruirlas de una buena vez.

—Construiré, pues, una iglesia—concluyó él—. Escritura contra Escritura, breviario contra breviario. Tendré mi misa, con vino y pan abundantes, mis prédicas, bulas, novenas y todo el aparato eclesiástico restante. Mi credo será el núcleo universal de los espíritus, mi iglesia una tienda de Abraham. Y además, mientras las otras religiones se combaten y dividen, mi iglesia será única; no tendré frente a mí ni a Mahoma ni a Lutero. Hay muchos modos de afirmar; hay uno solo de negarlo todo.

Al decir esto, el Diablo sacudió la cabeza y extendió los brazos, con un gesto magnífico y varonil. Luego se acordó de ir a ver a Dios para comunicarle la idea y desafiarlo; alzó los ojos, encendidos de odio, ásperos de venganza y se dijo a sí mismo: “Vamos, ya es hora”. Y rápido, sacudiendo las alas, con tal estruendo que estremeció todas las provincias del abismo, arrancó de la sombra hacia el infinito azul.



Capítulo II Entre Dios y el Diablo



Dios recogía a un anciano, cuando el Diablo llegó al cielo. Los serafines que adornaban con guirnaldas al recién llegado, le cerraron el paso enseguida, y el Diablo permaneció en la entrada con los ojos puestos en el Señor.

– ¿Qué quieres de mí? –le pregunto este.

–No vengo por vuestro siervo Fausto –respondió el Diablo riendo– sino por todos los Faustos del siglo y de los siglos.

–Explícate.

–Señor, la explicación es fácil; pero permitidme que os sugiera: recoged primero a ese buen viejo; dadle el mejor lugar, ordenad que las más afinadas cítaras y laúdes lo reciban con los coros más divinos...

– ¿Sabes lo que él ha hecho? – preguntó el Señor, con los ojos llenos de dulzura.

–No, pero probablemente es uno de los últimos que vendrán a vuestro Reino. No falta mucho para que el cielo parezca una casa deshabitada, a causa del precio, que es alto. Voy a edificar una hostería barata; en dos palabras, voy a fundar una iglesia. Estoy cansado de mi desorganización, de mi reinado casual y adventicio. Ya es hora de obtener la victoria final y completa. De modo que vine a deciros esto, con lealtad, para que no me acuséis de simulador... Buena idea, ¿verdad?

–Viniste a decirla, no a legitimarla –advirtió el Señor.

–Tenéis razón –dijo el Diablo– pero el amor propio se complace en oír el aplauso de los maestros. Cierto es que este caso sería el aplauso de un maestro vencido, y tamaña exigencia... Señor, desciendo a la tierra; voy a colocar mi piedra fundamental.

–Ve.

– ¿Deseáis que venga a anunciaros el remate de la obra?

–No es necesario; basta con que me digas, desde ya, por qué motivo, cansado hace tanto de tu desorganización, solo ahora piensas en fundar una iglesia.

El Diablo sonrió con cierto aire de escarnio y triunfo. Tenía alguna idea cruel en su espíritu, algún secreto mordaz en la alforja de la memoria, algo que, en ese breve instante de eternidad, lo hacía creerse superior al propio Dios. Pero disimuló la risa y dijo:

–Recién ahora concluí una observación, comenzada hace unos siglos, y es que las virtudes, hijas del cielo, son en gran número comparables a reinas cuyo manto de terciopelo rematase en franjas de algodón. Pues bien, yo me propongo atraparlas por esa franja y atraerlas a todas a mi iglesia; tras ellas vendrán las de seda pura...

– ¡Viejo retórico! –murmuró el Señor.

–Fijaos bien. Muchos cuerpos que se arrodillan a vuestros pies, en los templos del mundo, traen las alhajas del salón y la calle, los rostros cubiertos por el mismo polvo, los pañuelos con los mismos olores, las pupilas centelleantes de curiosidad y devoción entre el libro santo y el bigote del pecado. Ved el ardor –la indiferencia, al menos–, con que ese caballero transforma en promoción periodística los beneficios que liberalmente distribuye –ya sean ropas o calzado

o monedas o cualquier de esas materias necesarias en la vida... Pero no quiero parecer interesado en menudencias; no hablo, por ejemplo, de la placidez con que este juez de hermandad, en las procesiones, carga piadosamente al pecho vuestro amor y una recomendación... voy a negocios más altos...

En eso los serafines agitaron las alas pesadas de hastío y sueño. Miguel y Gabriel dirigieron al Señor una mirada suplicante. Dios interrumpió al Diablo.

—Eres un vulgar, que es lo peor que pueda sucederle a un espíritu de tu especie — dijo el Señor. Todo lo que dices o digas está dicho y redicho por los moralistas del mundo. Es un asunto gastado; si no tienes fuerza ni originalidad para renovar un asunto agotado, lo mejor será que te calles y te retires. Mira: todas mis legiones muestran en el rostro las señales vivas del tedio que les provocas. Hasta ese mismo anciano de quien te hablé parece harto; ¿y sabes tú lo que él hizo?

—Ya os dije que no.

—Después de una vida honesta, tuvo una muerte sublime. Sorprendido por un naufragio, iba a salvarse aferrándose a un madero; pero vio una pareja de novios, en la flor de la vida, que ya se debatía con la muerte; les dio la tabla de la salvación y se hundió en la eternidad. Ningún testigo: el agua y, por sobre la cabeza, el cielo. ¿Dónde ves aquí la franja de algodón?

—Señor, yo soy, como sabéis, el espíritu que niega.

— ¿Niegas esta muerte?

—Niego todo. La misantropía puede tomar aspecto de caridad: dejar la vida a los demás, para un misántropo, equivale a odiarlos...

— ¡Retórico y sutil!— exclamó el Señor—. Anda; anda, funda tu iglesia; llama a todas las virtudes, recoge cuantas franjas haya, convoca a todos los hombres... ¡Vamos, anda! ¡Anda!

Inútilmente intentó el Diablo proferir algo más. Dios le había impuesto silencio; los serafines ante una señal divina, llenaron el cielo con las armonías de sus cánticos. El Diablo sintió, de repente, que estaba en el aire; dobló sus alas y, como un rayo, cayó en la tierra.

Capítulo III La buena nueva a los hombres

Una vez en la tierra, el Diablo no perdió un minuto. Se apresuró a vestir la cogulla benedictina, como hábito de buena fama, y entró a propagar una doctrina nueva y extraordinaria, con su voz que retumbaba en las entrañas del siglo. Prometía a sus discípulos y fieles las delicias de la tierra, todas las glorias, los deleites más íntimos. Confesaba que era el Diablo, pero lo confesaba para rectificar la noción que los hombres tenían de él y desmentir las historias que a su respecto contaban las viejas beatas.

—Sí, soy el Diablo—repetía él— no el Diablo de las noches sulfúreas de los cuentos somníferos, terror de los niños, sino el Diablo verdadero y único, el propio genio de la naturaleza al que se dio aquel nombre para apartarlo del corazón de los hombres. Vedme gentil y airoso. Soy vuestro verdadero padre. Animaos: tomad aquel nombre, inventado para mi descrédito, haced de él un trofeo y un lábaro, y yo os daré todo, todo, todo, todo, todo, todo...

Así se expresaba, al principio, para excitar el entusiasmo, alertar a los indiferentes, congrega, en suma, las multitudes a su alrededor. Y ellas acudieron; y apenas acudieron, el Diablo pasó a definir la doctrina. La doctrina era lo que podía ser en boca de un espíritu de negación. Esto en cuanto a la sustancia, porque acerca de la forma, era unas veces sutil, otras, cínica y descarada.

Sostenía él que las virtudes aceptadas debían ser sustituidas por otras, que eran las naturales y legítimas. La soberbia, la lujuria, la pereza fueron rehabilitadas y así también la avaricia, a la que él declaró la madre de la economía, con la diferencia que la madre era robusta y la hija una escualida. La ira tenía su mejor defensa en la existencia de Homero; sin el furor de Aquiles, no existiría la *Iliada*: “Musa, canta la cólera de Aquiles, hijo de Peleo...” Lo mismo dijo de la gula, que produjo las mejores páginas de Rabelais y muy buenos versos del *Hissope*; virtud tan superior, que nadie se acuerda de la batallas de Lúculo sino de sus cenas; fue la gula lo que realmente lo hizo inmortal. Pero, aun dejando de lado esas razones de orden literario o histórico, para no mostrar sino el valor intrínseco de esa virtud, ¿quién sería capaz de negar que era mucho mejor sentir en la boca y en el vientre los buenos manjares, en cantidades abundantes, que los malos bocados, o la saliva del ayuno? Por su parte, el Diablo prometía sustituir

la viña del Señor, expresión metafórica, por la viña del Diablo, locución directa y verdadera, pues no faltaría nunca a los suyos con el fruto de las más bellas cepas del mundo. En cuanto a la envidia predicó fríamente que era la virtud principal, origen de prosperidad infinita; virtud preciosa, que llegaba a suplantar a todas las demás, y al propio talento.

Las turbas corrían tras él entusiasmadas. El Diablo les inculcaba a grandes golpes de elocuencia, el nuevo orden de las cosas, trastocando su sentido, induciéndolas a amar las perversas y a detestar las sanas.

Nada más curioso, por ejemplo, que la definición que él daba del fraude. Lo llamaba el brazo izquierdo del hombre; el brazo derecho era su fuerza y concluía: muchos hombres son zurdos, eso es todo. Pues bien, él no exigía que todos fuesen zurdos, no era sectario. Que unos fuesen zurdos y otros diestros; aceptaba a todos, menos a los que no eran nada. La demostración más rigurosa y profunda, empero, fue la de la venalidad. Un casuista de la época llegó a confesar que era un monumento de lógica. La venalidad, dijo el Diablo, era el ejercicio de un derecho superior a todos los derechos. Si tú puedes vender tu casa, tus bueyes, tus zapatos, tu sombrero, cosas que son tuyas por una razón jurídica y legal, pero que en todo caso están fuera de ti, ¿cómo es que no puedes vender tu opinión, tu voto, tu palabra, tu fe, cosas que son más que tuyas porque son tu propia conciencia, o sea, tú mismo? Negarlo es caer en lo oscuro y contradictorio. ¿Acaso no hay mujeres que venden sus cabellos? ¿No puede un hombre vender una parte de su sangre para transfundirla a otro hombre anémico? ¿Y la sangre y los cabellos, partes físicas, tendrán un privilegio que se niega al carácter, a la porción moral del hombre? Demostrando de este modo el principio, el Diablo no tardó en exponer las ventajas del orden temporal o pecuniario; después mostró, además, que ante el férreo preconcepto social existente, convendría disimular el ejercicio de un derecho tan legítimo, lo que era ejercer, al mismo tiempo, la venalidad y la hipocresía, o sea, a merecer doblemente.

Y bajaba y subía, examinaba todo, rectificaba todo. Está claro que combatió el perdón de las injurias y otras máximas de blandura y cordialidad. No prohibió formalmente la calumnia gratuita, mas indujo a ejercerla mediante retribución, ya sea pecuniaria o de otra especie; en los casos empero, en que ella fuese una expansión imperiosa de la fuerza imaginativa, y nada más,

prohibía recibir cualquier remuneración, pues ella equivalía a hacer pagar la transpiración. Todas las formas de respeto fueron condenadas por él, como elementos posibles de un cierto decoro social y personal; salvo, claro, la única excepción del interés. Pero esa misma excepción no tardó en ser suprimida, por entenderse que el interés, convirtiendo al respeto en una simple adulación, hacía de esta el sentimiento realmente aplicado y no aquel.

Para rematar la obra, entendió el Diablo que le cabía extirpar de raíz la solidaridad humana. En efecto, el amor al prójimo era un obstáculo grave a la nueva institución. Él mostró que esa regla era una simple invención de parásitos y negociantes insolventes; no se debía dar al prójimo sino indiferencia; en algunos casos, incluso, odio o desprecio. Hasta llegó a demostrar que la noción del prójimo era errónea, y citaba esta frase de un clérigo de Nápoles, aquel fino y letrado Gagliani, que escribió a una de las marquesas del antiguo régimen: “¡Desentiéndete del prójimo! ¡No hay prójimo!” La única hipótesis en que él permitía amar al prójimo era en los casos en que se trataba de amar a las damas ajenas, porque esa especie de amor tenía la particularidad de no ser otra cosa más que el amor del individuo hacia sí mismo. Y como a algunos discípulos les pareció que semejante explicación, por metafísica, escapaba a la comprensión de la muchedumbre, el Diablo recurrió a un apólogo: Cien personas adquieren acciones de un banco para las operaciones comunes; pero cada accionista no cuida realmente sino sus dividendos: tal es lo que les ocurre a los adúlteros. Este apólogo fue incluido en el libro de la sabiduría.



Capítulo IV

Franjas y Franjas

La previsión del Diablo se verificó. Todas las capas de terciopelo que terminaban en una franja de algodón y que cubrían muchas virtudes, acababan en el suelo a merced de las ortigas, cuando se las tironeaba de la franja. Y de inmediato, quienes con ellas se habían cubierto, se alistaban en la nueva iglesia. Detrás de ellas fueron llegando otras, y el tiempo bendijo a la institución. La iglesia había sido fundada; la doctrina se propagaba; no había una región del globo que no la conociese, una lengua que no la hubiese traducido, una raza que no la amase. El Diablo profirió alaridos de triunfo.

Pero un día, largos años después, notó el Diablo que muchos de sus fieles, a escondidas, practicaban las antiguos virtudes. No las practicaban todas, ni tampoco íntegramente, sino algunas, por partes, y, como digo, ocultos. Ciertos glotones se recogían a comer frugalmente tres o cuatro veces por año, justamente en días de precepto católico; muchos avaros daban limosnas de noche o en las calles poco concurridas, varios dilapidadores del erario le restituían pequeñas sumas; lo fraudulentos hablaban una u otra vez, con el corazón en la mano, pero con el mismo rostro disimulado de siempre, para hacer creer que estaban engañando a los otros.

El descubrimiento asombró al Diablo. Se propuso conocer a fondo el mal y vio que se divulgaba cada vez más. Algunos casos eran tan incomprensibles, como el de un droguero del Levante, que había envenenado pacientemente a una generación entera, y con el producto de las drogas socorría a los hijos de sus víctimas. En El Cairo encontró a un perfecto ladrón de camellos, que se cubría la cara para ir a las mezquitas. EL Diablo se enfrentó con él a la entrada de una de ellas y cuestionó su comportamiento; el delincuente negó las acusaciones, diciendo que iba allí a robar el camello de un *drogman*; lo robó, en efecto, ante los ojos del Diablo, pero fue a dárselo de regalo a un almuecín, que rezó por él a Alá. El manuscrito benedictino cita muchos otros descubrimientos extraordinarios, entre ellos, este que desorientó completamente al Diablo. Uno de sus mejores apóstoles era un calabrés, hombre de cincuenta años, insigne falsificador de documentos que tenía una hermosa casa en la campiña romana, telas, estatuas, biblioteca, etcétera. Era el fraude en persona, capaz de quedarse en cama para no confesar que estaba sano. Pues bien, ese hombre no solo había dejado de estafar en el juego, sino que

incluso llegó al punto de dar gratificaciones a sus criados. Habiéndose agenciado la amistad de un canónigo, iba todas las semanas a confesarse con él, en una capilla solitaria; y si bien no le manifestaba ninguna de sus acciones secretas, se hacía bendecir dos veces, al arrodillarse y al incorporarse. El Diablo apenas podía creer en semejante alevosía. Pero no había duda: el hecho era real.

No vaciló un solo instante. El pasmo no le dio tiempo de pensar, comparar y concluir si el espectáculo presente tenía algún parangón en el pasado. Voló de nuevo al cielo, temblando de rabia, ansioso por conocer la causa secreta de tan singular fenómeno. Dios lo oyó con infinita complacencia; no lo interrumpió, no lo reprendió, no lo alardeó siquiera, ante aquella agonía satánica. Lo miró fijamente y le dijo:

– ¿Qué vas a hacer, mi pobre Diablo? Las capas de algodón tienen ahora franjas de seda, como las de terciopelo tuvieron franjas de algodón. Qué vas a hacer. Es la eterna contradicción humana.



Teoría del fanfarrón (Diálogo)



— ¿Tienes sueño?

— No, señor.

— Ni yo; conversemos un poco. Abre la ventana. ¿Qué horas son?

— Las once.

— Ya se fue el último invitado de nuestra modesta cena. Así que has llegado, mi querido muchacho, a tus veintiún años. Hace veintiún años, el día 5 de agosto de 1854, venías tú a la luz un chiquillo insignificante, y ahora ya eres un hombre, largos bigotes, varios enredos amorosos...

— Papá...

— No seas melindroso y hablemos como dos amigos. Cierra esa puerta; voy a decirte cosas impresionantes. Siéntate y conversemos. Veintiún años, algunas pólizas, un diploma, puedes entrar al parlamento, a la magistratura, al periodismo,

a la agricultura, a la industria, al comercio, a las letras o a las artes. Hay infinitas carreras delante de ti. Veintiún años, mi muchacho, forman apenas la primera sílaba de nuestro destino. Los mismos Pitt y Napoleón, a pesar de precoces, no fueron todos a los veintiún años, mas cualquiera que sea la profesión que escojas, mi deseo es que llegues a ser grande e ilustre, o por lo menos notable; que te levantes por encima de la oscuridad común. La vida, Janjão, es una gran lotería; los premiados son pocos, los malogrados incontables, y con los suspiros de una generación se amansan las esperanzas de otra. Así es la vida; no hay plegarias ni maldiciones que valgan, solo cabe aceptar las cosas como son, con sus cargas y tropiezos, glorias y descréditos, y seguir adelante.

— Sí, señor.

— Sin embargo, así como es de buen tino guardar un pan para la vejez, así también es de buena práctica social conocer más de un oficio ante la posibilidad de que los otros fallen, o no compense suficientemente el esfuerzo de nuestra ambición. Es esto lo que te aconsejo hoy, día de tu mayoría de edad.

— Se lo agradezco, créamelo, pero, ¿podría usted decirme cuál es ese oficio eventual?

— Ninguno me parece más útil y adecuado que el de fanfarrón. Ser fanfarrón fue el sueño de mis años mozos; me faltó, empero, las instrucciones de un padre, y acabo como ves, sin más consuelo y estímulo moral que el de depositar en ti mis esperanzas. Óyeme bien, mi querido hijo, óyeme y entiende. Eres joven, tienes, naturalmente, el ardor, la exuberancia, los impulsos propios de tu edad; no los rechaces pero modéralos, de modo que a los cuarenta y cinco años puedas entrar francamente en el régimen del aplomo y la mesura. El sabio que dijo: “la gravedad es un misterio del cuerpo”, definió la compostura del fanfarrón. No confundas esa gravedad con aquella otra que, aunque resida en el aspecto, es un puro reflejo o emanación del espíritu; esa es del cuerpo, tan solo del cuerpo, una señal de la naturaleza o una expresión de la vida. En cuanto a la edad de cuarenta y cinco años...

— Es verdad, ¿por qué cuarenta y cinco años?

— No es, como puedes suponer, un límite arbitrario, hijo del puro capricho; es la edad en que normalmente se produce el fenómeno. Generalmente, el auténtico fanfarrón comienza a manifestarse entre los cuarenta y cinco y

los cincuenta años, aun cuando haya algunos ejemplos entre los cincuenta y cinco y los sesenta, pero estos son raros. Los hay también de cuarenta años, y otros más precoces, de treinta y cinco y de treinta; no son, sin embargo comunes. Ni hablar de los veinticinco: semejante madrugar es privilegio del genio.

—Entiendo.

—Vayamos a lo principal. Una vez ingresado en la carrera debes poner todo tu cuidado en las ideas que habrás de nutrir tanto para uso ajeno como propio. Lo mejor será no tenerlas absolutamente; cosa que entenderás bien, imaginando, por ejemplo, a un actor imposibilitado de usar uno de sus brazos. Él puede, mediante un artificio milagroso, disimular su defecto a los ojos de la platea, pero lo mejor sería disponer de los dos. Lo mismo ocurre con las ideas; se puede, con violencia, ahogarlas, esconderlas hasta la muerte; pero ni esa habilidad es tan común, ni un esfuerzo tan constante convendría al ejercicio de la vida.

—Pero quién le dice a usted que yo...

—Tú, hijo mío, si no me engaño, pareces dotado de la perfecta inopia mental, conveniente al uso de este noble oficio. No me refiero tanto a la fidelidad con que repites en una reunión las opiniones oídas en una esquina, y viceversa, porque ese hecho aun cuando indique cierta carencia de ideas, bien puede no ser más que una traición de la memoria. No, me refiero al gesto correcto y perfilado con que sueles exponer con franqueza tus simpatías o antipatías acerca del corte de un chaleco, las dimensiones de un sombrero, el crujir o el suave deslizar de las botas nuevas. He aquí un síntoma elocuente, he ahí una esperanza. Sin embargo, pudiendo ocurrir que, con los años, lleguen a agobiarte algunas ideas propias, urge equipar debidamente el espíritu. Las ideas, por su naturaleza, son espontáneas y súbitas; por más que las sufrimos, ellas irrumpen y se precipitan. De allí la precisión con que el vulgo, cuyo olfato extremadamente delicado, distingue al fanfarrón cabal de aquel que no lo es.

—Presumo que así sea, pero un obstáculo así es invencible.

—No lo es; hay un medio: consiste en recurrir a un régimen debilitante; leer compendios de retórica, oír ciertos discursos, etcétera. El *voltarete*, el dominó, y el *whist*¹⁶ son remedios aprobados. El *whist* tiene incluso la rara ventaja

¹⁶ En inglés, el original. El *whist* es un juego de cartas, en el que se utiliza una baraja francesa y se enfrentan dos parejas de jugadores. (Nota del traductor).

de habitar al silencio, que es la forma extrema de la circunspección. No digo lo mismo de la natación, de la equitación y de la gimnasia, si bien ellas hacen reposar el cerebro; pero, por lo mismo que favorecen su descanso, les restituyen las fuerzas y el dinamismo perdidos. El billar, en cambio, es excelente.

— ¿Cómo así? ¿No es también un ejercicio temporal?

—No digo que no, pero hay cosas en que la observación desmiente a la teoría. Si te recomiendo especialmente el billar es porque las estadísticas más escrupulosas muestran que las tres cuartas partes de los frecuentadores del taco suelen estar de acuerdo en todo. El paseo por las calles, especialmente por aquellas que estimulan la distracción e inducen a detenerse de tramo en tramo, es utilísimo, siempre y cuando no las recorras solo, porque la soledad es fábrica de ideas, y el espíritu abandonado a sí mismo, aun en medio de la multitud, puede sentirse propenso a semejante actividad.

— ¿Pero y si yo no encuentro el amigo adecuado y dispuesto a salir conmigo?

—No importa; te queda el valeroso recurso de mezclarte con los vagabundos, junto a los cuales todo el polvo de la soledad se disipa. Las librerías, sea a causa de la atmósfera del lugar o por cualquier otra razón que se me escape, no son propicias a nuestro fin; es, no obstante, conveniente entrar de vez en cuando a ella, no digo a escondidas, sino expuesto a la vista de todos. Puedes resolver la dificultad de un modo simple: ve allí a hablar de una noticia de momento, del chiste de la semana, de un contrabando, de una calumnia, de un cometa, de cualquier cosa, siempre que no prefieras interrogar directamente a los lectores de las bellas crónicas de Mazade; 75 por ciento de esos estimables caballeros te repetirán las mismas opiniones y semejante monotonía es enormemente saludable. Con este régimen, durante ocho, diez, dieciocho meses — supongamos dos años — reduces el intelecto, por más pródigo que sea, a la sobriedad, a la disciplina, al equilibrio común. Nada digo del vocabulario, ya que todo lo que a él atañe está subentendido en el uso de las ideas; ha de ser naturalmente simple, tibio, apocado, sin notar resplandecientes, sin colores estridentes...

— ¡Pero esto es del diablo! Eso de no poder adornar el estilo de vez en cuando...

—Puedes hacerlo; puedes emplear unas cuantas figuras expresivas, la hidra de Lerna, por ejemplo, la cabeza de Medusa, el tonel de las Danaides, y las alas de Ícaro, y otras, que románticos, clásicos y realistas emplean sin decoro, cuando

las necesitan. Sentencias latinas, dichos históricos, versos célebres, sentencias jurídicas, máximas, es aconsejable lucirlos en los discursos de sobremesa, de felicitación o de agradecimiento. *Caveant, consules*¹⁷ es un excelente cierre para un artículo político; diré lo mismo del *Si vis pacem para bellum*¹⁸. Algunos suelen renovar el sabor de una cita intercalándola con una frase inédita, original y bella, pero no te recomiendo ese artificio; sería desnaturalizar su gracia anticuada. Mejor que todo eso, empero, que al fin de cuentas no pasa de mero adorno, son las frases hechas, las locuciones convencionales, las fórmulas consagradas por loa años, incrustadas en la memoria individual y colectiva. Esas fórmulas tienen la ventaja de no obligar a los otros a un esfuerzo inútil. No las enumero ahora, pero lo haré por escrito. Por lo demás, el mismo oficio te irá enseñando los elementos de ese difícil arte de pensar lo pensado. En cuanto a la utilidad de un sistema como este, basta figurarse una hipótesis. Se promulga una ley, se la ejecuta, no produce efecto, subsiste el mal. He ahí una cuestión que puede estimular las curiosidades desocupadas, motivar una investigación pedante, inducir a un acopio fastidioso de documentos y observaciones, análisis de causas probables, causas ciertas, causas posibles, un estudio infinito de las aptitudes del sujeto reformado, de la naturaleza del mal, de la manipulación del remedio, de las circunstancias de la aplicación; materia, en fin, para todo un andamiaje de palabras, conceptos y desvaríos. Tú puedes ahorrar a tus semejantes todo ese discurso confuso diciendo simplemente: *¡Antes de las leyes, reformemos las costumbres!* Y esta frase sintética, transparente, límpida, tomada al patrimonio común, resuelve más rápido el problema, penetra en los espíritus como un chorro súbito de sol.

—Empiezo a notar, padre, que usted condena toda y cualquier aplicación de procesos modernos.

—Entendámonos. Condeno la aplicación, celebro la nomenclatura. Lo mismo digo de toda la reciente terminología científica: debes memorizarla. Teniendo en cuenta que el rasgo peculiar del fanfarrón debe ser una cierta actitud propia del dios Término, y que las ciencias son obras del movimiento humano, conviene, ya que tendrás que ser un fanfarrón en el futuro, que tomes las armas de su tiempo. Y una de dos: o ellas serán usadas y divulgadas dentro de treinta años, o se conservarán nuevas; en el primer caso, te pertenecen por derecho

¹⁷ En latín, el original. Locución latina que significa *que velen los cónsules*. (Nota del traductor).

¹⁸ En latín, el original. Expresión latina que significa *si quieres la paz, prepara la guerra*. (Nota del traductor).

propio; en el segundo, puedes presumir esgrimiéndolas, para mostrar que también son tuyos los atributos del pintor. De a poco, con el tiempo, irás sabiendo a qué leyes, casos y fenómenos responde toda esa terminología; porque el método de interrogar a los propios maestros y portavoces de la ciencia, en sus libros, estudios y memorias, además de tedioso y cansador, acarrea el peligro de la inoculación de ideas nuevas, y es radicalmente falso. Agrega a esto que el día en que vengas a enseñorearte del espíritu de aquellas leyes y fórmulas, serás probablemente llevado a emplearlas con tamaña medida, como la costurera —vivaz y muy de moda—, que, según un poeta clásico,

*Cuanto más paño tiene, más ahorra el corte
Y menor es el montón en que alardean los retazos;*

Y este fenómeno, tratándose de un fanfarrón, no tendría nada de científico.

— ¡Increíble! ¡Es una profesión difícil!

—Y aún no llegamos al punto esencial.

—Vayamos al punto, entonces.

—No te he hablado aún de los beneficios de la publicidad. La publicidad es una dama coqueta y distinguida, que debes seducir mediante pequeñas atenciones, golosinas, cojines, cosas menudas, que más que atrevimiento y ambición, expresan la constancia del efecto. Que Don Quijote solicite sus favores mediante acciones heroicas o costosas es una fatalidad propia de este ilustre lunático. El verdadero fanfarrón adopta otra política. Lejos de inventar un *Tratado Científico de la Crianza de los Corderos*, compra un cordero y se lo ofrece a sus amigos en forma de una cena, cuya realización no puede pasar desapercibida a sus conciudadanos. Una noticia trae la otra; cinco, diez, veinte veces ponen tu nombre ante los ojos del mundo. Comisiones o diputaciones para felicitar a un agraciado, a un benemérito, a un visitante extranjero, suelen dar lugar a singulares distinciones, de igual modo los agasajos ofrecidos a hermandades y asociaciones diversas, sean mitológicas, cinegéticas o coreográficas. Los sucesos de cierto orden, aunque de poca monta, pueden merecer destacarse siempre que pongan de relieve tu persona. Me explico. Si te caes de un coche, sin otro daño que el susto, es útil divulgarlo a los cuatro vientos, no por el hecho en sí, que es insignificante, sino para lograr que se recuerde un nombre que goza de consenso general. ¿Te das cuenta?

–Perfectamente.

–Se trata de una publicidad constante, barata, fácil, de todos los días; pero hay otra. Sea cual fuere la teoría de las artes, es indudable que el sentimiento de la familia, la amistad personal y la estima pública incitan a la reproducción de los rasgos de un hombre amado o benemérito. Nada impide que seas objeto de una distinción semejante, principalmente si la sagacidad de los amigos no encuentra rechazo de tu parte. En tal caso no solo las reglas de la más vulgar aconsejan aceptar el retrato o el busto, como sería inapropiado impedir que los amigos lo expusiesen en recinto público. De esta manera, el nombre queda vinculado a la persona; quienes hayan leído tu reciente discurso (supongamos) en la sección inaugural de la Unión de Peluqueros, reconocerán en la compostura de las facciones del autor de esta obra grave, en quien la “palanca del progreso” y el “sudor del trabajo” vencen a los “colmillos hambrientos” de la miseria. En el caso de que una comisión lleve a tu casa el retrato, debes recibir el obsequio con un discurso lleno de gratitud y un vaso de agua: es de buen uso, razonable y honesto. Invitarás entonces a los mejores amigos, a los parientes y, si fuera posible, una o dos personas representativas. Más aún. Si ese día es un día de gloria o regocijo, no veo cómo podrás, decentemente, negar un lugar en tu mesa a los *reporters* de los periódicos. En todo caso, si las obligaciones de esos ciudadanos les impiden concurrir, puedes ayudarlos de cierta manera, redactando tú mismo la noticia de la fiesta; y, si llevado por tal o cual escrúpulo, por lo demás comprensible, no quieras con tu propia mano anexar tu nombre a los calificativos dignos de él, encarga la redacción de la noticia a algún amigo o pariente.

–Le aseguro que lo que usted me enseña no es nada fácil.

–Ni yo digo que lo sea. Es difícil, demanda tiempo, mucho tiempo, lleva años, paciencia, trabajo ¡y felices de quienes logran entrar en la tierra prometida! A aquellos que allí no llegan, los devora la oscuridad. ¡Pero los que triunfan! Tú triunfarás, créeme. Verás caer las murallas de Jericó al son de las trompetas sagradas. Solo entonces podrás decir que has alcanzado tu meta. Comienza hoy mismo tu etapa de ordenamiento indispensable, de figura obligada, de rótulo. Se acabó la necesidad de propiciar ocasiones, comisiones, cofradías; ellas vendrán por ti con su aire pesado y crudos de sustantivos desadjetivados, y tú serás el adjetivo de esas oraciones opacas, el *odorífero* de las flores, el *añilado* de los cielos, el *solicito* de los ciudadanos, el *novedoso* y *suculento* de

los relatos. Y ser eso es lo principal, porque el adjetivo es el alma del idioma, su porción idealista y metafísica. El sustantivo es la realidad desnuda y cruda, es el naturalismo del vocabulario.

– ¿Y cree usted que ese arduo oficio es suficiente para todos los déficits de la vida?

–Ciertamente; no queda excluida ninguna otra actividad.

– ¿Ni la política?

–Ni la política. Todo el secreto está en no infringir las reglas y obligaciones capitales. Puedes pertenecer a cualquier partido, liberal o conservador, republicano o ultramontano, con el único requisito de que no atribuyas ningún contenido especial a esos vocablos, y le reconozcas únicamente la utilidad del Shibboleth¹⁹ bíblico.

–Si llego al parlamento, ¿puedo ocupar la tribuna?

–Puedes y debes hacerlo; es una manera de convocar la atención pública. En cuanto al contenido de los discursos, puedes elegir: o los negocios menudos o la metafísica política; opta, sin embargo, por la metafísica. Los negocios menudos, cabe confesarlo, no contradicen aquel aburrimento de buen tono propio de un fanfarrón consumado; pero, si puedes, elige la metafísica: es más fácil y atractiva. Supongamos que se trata de saber por qué motivo la séptima compañía de infantería fue trasladada de Uruguayana a Canguçu; escuchará únicamente el Ministro de Guerra, quien te explicará en diez minutos las razones de ese acto. No ocurrirá lo mismo con la metafísica. Un discurso de metafísica política apasiona naturalmente a los partidos y al público, incita a los apartes y a las respuestas. Y además no obliga a pensar y descubrir. En esta área de los acontecimientos humanos ya está todo resuelto, formulado, rotulado, encajonado; no cabe otra cosa que proveer las alforjas de la memoria. En ningún caso, sea cual fuera la orientación que tomes, debe trascender los límites de una envidiable vulgaridad.

–Haré lo que pueda. ¿Nada de imaginación, verdad?

–Ninguna; más bien haz circular el rumor de que semejante don es insignificante.

¹⁹ Shibboleth es un uso de la lengua que señala una práctica que identifica a los miembros de un grupo, como si fuera una “clave secreta” o un “santoy seña”. Su nombre proviene de un relato bíblico en el que la pronunciación de esta palabra sirvió para identificar a los miembros de la tribu de Efraím. (Nota del traductor).

– ¿Ninguna filosofía?

–Entendámonos: en el papel y en la retórica, algo; en la realidad, nada. “Filosofía de la historia”, por ejemplo, es una locución que debes emplear con frecuencia, pero te prohíbo que llegues a otras conclusiones que no sean las ya encontradas por otros. Escápale a todo lo que pueda oler a reflexión, originalidad, etcétera.

– ¿También a la risa?

– ¿Cómo a la risa?

–Sí, quiero decir: conviene quedarse serio, muy serio...

–No exageremos. Tienes un genio chispeante, placentero, no deberás refrenarlo ni eliminarlo; puedes bromear y reír de vez en cuando. Fanfarrón no significa melancólico. Un ser grave puede tener sus momentos de expansión alegre. Solo que... y esto es muy delicado...

–Dígame–.

–No debes recurrir a la ironía; ese gesto de la boca, lleno de misterios, inventado por algún griego de la decadencia, contraído por Luciano, transmitido a Swift y Voltaire, mueca propia de los escépticos y descarados. No más vale recurrir a la burla, a nuestra buena burla amiga, regordeta, franca, sin rebujos ni velos, que se mete en la cara de los otros, estalla como una palmada, hace saltar la sangre en las venas y reventar de risa los tiradores. Usa burla. ¿Qué es esto?

–Media noche.

– ¿Media noche? Entrás a tus veintidós años, mi muchacho; ya eres definitivamente mayor de edad. Vamos a dormir, que es tarde. Rumia bien lo que te dije, hijo mío. Guardando las proporciones, la charla de esta noche bien vale lo que *El Príncipe* de Maquiavelo. Vamos a dormir.



La serenísima república (Conferencia del canónigo Vargas)



Señores míos:

Antes de comunicaros un descubrimiento, que reputo de algún lustre para nuestro país, dejad que os agradezca la prontitud con la que acudieron a mi llamado. Sé que un interés superior os trajo aquí; pero no por eso ignoro – ya que sería ingratitud ignorarlo – que un poco de simpatía personal se mezcla con vuestra legítima curiosidad científica. Ojalá pueda corresponder a ambas.

Mi descubrimiento no es reciente; data de fines del año 1876. No lo divulgué entonces –y, a no ser por *El Globo*, interesante diario de esta capital, no lo divulgaría tampoco ahora– por una razón que tendría fácil entrada en vuestro espíritu. Esta obra de las que vengo a hablaros, carece de retoques finales, de verificaciones y experiencias complementarias. Pero *El Globo* informó que un sabio inglés descubrió el lenguaje fónico de los insectos y cita el estudio realizado con moscas. Escribí inmediatamente a Europa y aguardo la respuesta con ansiedad. Como es cierto que, por la navegación aérea, invento del Padre Bartolomeu, es glorificado el nombre extranjero, mientras al de nuestro compatriota apenas se le puede considerar recordado por sus connaturales, decidí eludir la suerte del insigne volador, viniendo hasta esta tribuna a proclamar alto y sonoramente, ante la faz del universo, que mucho antes que aquel sabio, y fuera de las islas británicas, un modesto naturalista descubrió cosa idéntica e hizo de ella obra superior.

Señores, voy a asombraros, como habría asombrado a Aristóteles, si le preguntase: ¿Crees que es posible dar régimen social a las arañas? Aristóteles respondería negativamente, como todos vosotros, porque es imposible creer que jamás se podría llegar a organizar socialmente este articulado arisco, solitario, apenas dispuesto al trabajo y difícilmente al amor. Pues bien, ese imposible lo logré yo.

Oigo una risa, en medio del susurro de curiosidad. Señores, cabe vencer los preconceptos. La araña os parece inferior, justamente porque no la conocéis. Aman al perro, aprecian al gato y a la gallina, y no advierten que la araña no salta ni ladra como el perro, no maúlla como el gato, no cacarea como la gallina, no zumba ni muerde como el mosquito, no nos roba la sangre y el sueño como la pulga. Todos estos bichos son el modelo acabado del vagabundeo y el parasitismo. La misma hormiga, tan alabada por ciertas cualidades buenas, pulula en nuestra azúcar y en nuestras plantaciones, y funda su propiedad saqueando la ajena. La araña, señores, no nos aflige ni defrauda; se apodera de

las moscas, nuestras enemigas; hila, teje, trabaja y muere. ¿Qué mejor ejemplo de paciencia, de orden, de previsión, de respeto y de humanidad? En cuanto a sus talentos, no hay dos opiniones. Desde Plinio hasta Darwin, los naturalistas del mundo entero forman un solo coro de admiración en torno a ese bichito, cuya maravillosa tela suele ser destruida, en menos de un minuto, por la escoba inconsciente de su criado. Yo repetiría ahora esos juicios, si me sobrase el tiempo; los materiales, empero, exceden el plazo del que dispongo por lo que me veo obligado a resumirlos. Aquí los tengo; aunque no a todos, sí a muchos; entre ellos, está esa excelente monografía de Büchner, quien con tanta sutileza estudió la vida psíquica de los animales. Citando a Darwin y a Büchner, queda claro que restrinjo el homenaje que corresponde a dos sabios de primer orden, sin, de ningún modo, absolver (y mis vestes lo proclaman) las teorías gratuitas y erróneas del materialismo.

Sí, señores, descubrí una especie arcnidea que dispone del uso del habla; reuní algunos, después muchos de los nuevos articulados, y los organicé socialmente. El primer ejemplar de esta araña maravillosa se me apareció el día 15 de diciembre de 1876. Era tan vasta, tan colorida, tan rubia, con líneas azules, transversales, tan rápida en los movimientos, y a veces tan alegre, que atrapó totalmente mi atención. Al día siguiente vinieron otras tres, y las cuatro se apoderaron de un rincón de mi granja. Las estudié largamente; me resultaron admirables. Nada, sin embargo, puede compararse al asombro que me produjo el descubrimiento del idioma arcnideo: una lengua, señores, nada menos que una lengua rica y variada, con su estructura sintáctica, sus verbos, conjugaciones, declinaciones, casos latinos y formas onomatopéyicas; una lengua que estoy codificando gramaticalmente para uso de las academias, como lo hice sumariamente para mi propio uso. Y lo hice, notáoslo bien, venciendo dificultades aspérrimas con una paciencia extraordinaria. Veinte veces me desanimé pero el amor a la ciencia me daba fuerzas para acometer un trabajo que, hoy lo declaro, no llegaría a ser hecho dos veces en la vida del mismo hombre.

Reservo para otro recinto la descripción técnica de mi *arcnide*, y el análisis de la lengua. El objeto de esta conferencia es, como ya dije, resguardar los derechos de la ciencia brasileña, por medio de una declaración oportuna; y, hecho esto, decirles además en qué reputo mi obra superior a la del sabio de Inglaterra. Debo demostrarlo y, sobre este punto, llamo su atención.

En un mes contaba con veinte arañas; al mes siguiente, con cincuenta y cinco; en marzo de 1877 sumaban cuatrocientas noventa. Fueron dos, especialmente, las fuerzas que sirvieron para congregarnos: el uso de su idioma, desde que pude discernirlo un poco, y el sentimiento de terror que les infundí. Mi estatura, mis largas vestiduras, el uso del mismo idioma, les hicieron creer que yo era el dios de las arañas, y desde entonces me adoran. Y vean el beneficio de esta ilusión. Como las había acompañado con mucha atención y minucia anotando en un libro las observaciones que hacía, presumieron que el libro era el registro de sus pecados, y me fortalecieron aún más en la práctica de las virtudes. La flauta fue también de gran ayuda: como sabéis, o debéis saber, la música las enloquece.

No bastaba agruparlas; era preciso darle un gobierno idóneo. Dudé en la elección; muchas de las modalidades actuales me parecían buenas, algunas excelentes, pero todas tenían en contra el hecho de que ya existían. Me explico. Una forma vigente de gobierno quedaba expuesta a comparaciones que podían disminuirla. Me era preciso, o encontrar una forma nueva, o restaurar alguna otra abandonada. Naturalmente adopté la segunda propuesta y nada me pareció más acertado que una república a la manera de Venecia, el mismo molde y hasta el mismo epíteto. Obsoleto, sin ninguna analogía, en sus rasgos generales, con cualquier otro gobierno vivo, tenía, la ventaja de un mecanismo complicado, lo que implicaba poner a prueba las aptitudes políticas de la joven sociedad.

Otro motivo determinó mi elección. Entre las diferentes modalidades electorales de la antigua Venecia, figuraba la de la bolsa y las bolas, empleada para iniciar a los hijos de la nobleza en el servicio del Estado. Se introducían las bolas con los nombres de los candidatos en el saco y se extraía anualmente cierto número, quedando los elegidos aptos de inmediato para el ejercicio de las profesiones públicas. Este sistema hará reír a los doctores del sufragio; a mí, no. Excluye él los desvaríos de la pasión mas no fue solo por eso que la acepté; tratándose de un pueblo tan eximio en el hilado de sus telas, el uso de la bolsa electoral era de fácil adopción.

La propuesta fue aceptada. *Serenísima República* les pareció un título magnífico, rozagante, expansivo, adecuado para enaltecer la obra popular.

No diré, señores, que la obra llegó a la perfección, ni que allá llegué tan pronto. Mis discípulos no son los solaris de Campanella o los utopistas de Moro; forman un pueblo reciente, que no pueden trepar de un salto a la cima de las naciones seculares. Ni el tiempo es obrero que ceda a otro la lima o la alcotana; él hará más y mejor que las teorías del papel, válidas en el papel y mancas en la práctica. Lo que puedo asegurarles es que, no obstante las incertidumbres de la edad, ellos avanzan, contando con algunas virtudes que presumo esenciales a la duración de un Estado. Una de ellas, como ya dije, es la perseverancia, una larga paciencia de Penélope según les demostraré.

En efecto, desde que comprendieron que en el acto electoral estaba la base de la vida pública, trataron de ejercerlo con la mayor atención. La fabricación de la bolsa fue una obra nacional. Era una bolsa de cinco pulgadas de altura y tres de ancho, tejida con los mejores hilos, obra sólida y espesa. Para componerla, fueron aclamadas diez damas principales, que recibieron el título de madres de la república, además de otros privilegios y foros. Una obra prima, pueden creerlo. El proceso electoral es simple. Las bolas reciben los nombres de los candidatos que acreditaron ciertas condiciones, y son impresas por un oficial público, denominado “de las inscripciones”. El día de la elección, las bolas son introducidas en la bolsa y extraídas por el oficial de las extracciones, hasta reunir el número de los elegidos. Esto que era un simple proceso inicial en la antigua Venecia, sirve aquí al aprovisionamiento de todos los cargos.

La elección se efectuó al principio con mucha regularidad pero, poco después, uno de los legisladores declaró que ella había estado viciada, por haber sido incluidas en la bolsa dos bolas con el nombre del mismo candidato. La asamblea verificó la exactitud de la denuncia, y decretó que la bolsa, hasta allí de tres pulgadas de ancho, tuviese ahora dos; limitándose la capacidad de la bolsa, se restringía el espacio para el fraude; era, se estimó lo mismo que suprimirlo. Sucedió, empero, que en la elección siguiente, un candidato no fue inscrito en la bola correspondiente, no se sabe si por descuido o por decisión del oficial público. Este declaró que no recordaba haber visto el ilustre candidato, pero agregó noblemente que no era imposible que él le hubiese facilitado su nombre; en este caso no hubo exclusión y sí distracción. La asamblea, frente a un hecho psicológico ineluctable, como es la distracción, no pudo castigar al oficial; pero, considerando que la estrechez de la bolsa podía dar lugar a exclusiones odiosas, revocó la ley anterior y restauró las tres pulgadas.

En ese ínterin, señores, falleció el primer magistrado, y tres ciudadanos se presentaron como candidatos al puesto, pero solo dos importantes, Hazeroth y Magog, los propios jefes del partido rectilíneo y del partido curvilíneo, respectivamente. Debo explicarles estas denominaciones. Como ellos son principalmente geómetras, es la geometría la que los divide en la política. Unos entienden que la araña debe hacer las telas con hilos rectos; estos son los del partido rectilíneo. Otros piensan, al contrario, que las telas deben ser trabajadas con hilos curvos; estos son los de partido curvilíneo. Hay, además, un tercer partido, mixto y central con este postulado: las telas deben ser tramadas en hilos rectos e hilos curvos; es el partido recto –curvilíneo. Y finalmente, una cuarta división política, el partido anti-recto-curvilíneo que hizo tábula rasa de todos los principios litigantes y propone el uso de unas telas tejidas con aire, obra transparente y leve, en las que no hay líneas de ningún tipo. Como la geometría era capaz de dividirlos, sin llegar a apasionarlos, adoptaron un estatuto simbólico. Para unas, la línea recta expresa los buenos sentimientos, la justicia, la probidad, la entereza, la constancia, etcétera, mientras que los sentimientos malos o inferiores, como la adulación, el fraude, la deslealtad, la perfidia, son perfectamente curvos. Los adversarios responden que no, que la línea curva es la de la virtud y la del saber, porque es la expresión de la modestia y de la humildad; al contrario, la ignorancia, la presunción, la necedad, la fanfarronería, son rectas, duramente rectas. El tercer partido, menos angulosos, menos exclusivista, desbastó la exageración de unos y otros, combinó los contrastes y proclamó la simultaneidad de las líneas como la exacta copia del mundo físico y moral. El cuarto se limita a negar todo.

Ni Hazeroth ni Magog fueron elegidos. Sus bolas fueron extraídas de la bolsa, es cierto, pero fueron descalificadas; la del primero, por faltarle la primera letra del nombre; la del segundo, por faltarle la última. El nombre restante y triunfante era el de un argentino ambicioso, político oscuro, que se encaramó enseguida en la silla poltrona ducal, para asombro general de la república. Pero los vencidos no se durmieron en los laureles del vencedor: exigieron una investigación. La investigación mostró que el oficial de las inscripciones había viciado intencionalmente la ortografía de sus nombres. El oficial confesó el defecto y la intención, pero los explicó diciendo que se trataba de una simple elipsis; delito, si lo era, puramente literario. Al no ser posible perseguir a nadie por errores de ortografía o figuras de retórica, pareció acertado rever la ley. Ese mismo día quedó decretado que la bolsa

sería confeccionada en un tejido de red, a través del cual las bolsas podrían ser leídas por el público, e, *ipso facto*, por los mismo candidatos, quienes así tendrían tiempo de corregir las inscripciones.

Desgraciadamente, señores, el comentario de la ley es la eterna malicia. La misma puerta abierta a la lealtad sirvió a la astucia de un cierto Nabiga, que se conchabó con el oficial de las extracciones, para tener un lugar en la asamblea. La vacante era una, los candidatos tres; el oficial extrajo las bolas con los ojos en su cómplice, quien solo dejó de menear negativamente la cabeza cuando la bola extraída sería la suya. No era preciso más para condenar la idea de las redes. La asamblea, con ejemplar paciencia, restauró el tejido espeso del régimen anterior pero, para evitar otras elipsis, decretó que solo serían válidas las bolas cuyas inscripciones fueran incorrectas en el caso de que cinco personas jurasen que el nombre inscrito era realmente el del candidato.

Este nuevo estatuto dio lugar a un suceso igualmente nuevo e imprevisto, como enseguida verán. Se trató de elegir un recolector de contribuciones funcionario encargado de cobrar las rentas públicas, bajo la forma de contribuciones voluntarias. Eran candidatos, entre otros, un cierto Caneca y un tal Nebraska. La bola extraída fue la de Nebraska. Estaba en malas condiciones, es verdad, ya que le faltaba la última letra; pero cinco testimonios juraron, en los términos de la ley, que el elegido era el propio y el único Nebraska de la república. Todo parecía terminado, cuando el candidato Caneca requirió que se le dejara probar que la bola extraída no traía el nombre de Nebraska, sino el de él. El juez de paz difirió la petición. Vino entonces un filólogo –tal vez el primero de la república, además de buen metafísico y no vulgar matemático– el cual probó la cosa en estos términos:

–En primer lugar– dijo él–debéis notar que no es fortuita la ausencia de la última letra del nombre de Nebraska. ¿Por qué motivo fue el inscrito de manera incompleta? No se puede decir que por fatiga o amor a la brevedad, pues sólo falta la última letra, una simple *a*. ¿Carencia de espacio? Tampoco, mirad: hay aún espacio para dos o tres sílabas. En consecuencia, la falta es intencional, y la intención no puede ser otra que la de llamar la atención del lector sobre la letra *k*, última a ser escrita desamparada, soltera, sin sentido. Pues bien, por un efecto mental, que ninguna ley destruyó, la letra se reproduce en el cerebro de dos modos, en forma gráfica, y en forma sonora; *k* y *ca*. La falla, pues, en el nombre escrito, que atrae los ojos sobre la letra final, incrusta de inmediato


en el cerebro esta primera sílaba: *K*. Teniendo esto en cuenta, el movimiento natural de espíritu es leer el nombre completo; se vuelve así al principio, a la inicial *ne*, del nombre *Nebrask-Cane*. Resta la sílaba del medio, *bras*, cuya reducción a esta otra sílaba *ca*, última del nombre *Caneca*, es la cosa más demostrable del mundo. Y, sin embargo, no la demostraré, ya que os falta la preparación necesaria para el justo entendimiento de la significación espiritual o filosófica de la sílaba, sus orígenes y efectos, fases, modificaciones, consecuencias lógicas y sintácticas, deductivas o inductivas, simbólicas y otras. Pero, supuesta la demostración, ahí queda la última prueba, evidente, clara, de mi afirmación primera por la anejiación de la sílaba *ca* a las dos *Cane*, dando por resultado el nombre *Caneca*.

La ley fue enmendada, señores, quedando abolida la facultad de la prueba testimonial e interpretativa de los textos, e introduciéndose una innovación: el corte simultáneo de media pulgada en la altura y otra media en la anchura de la bolsa. Esta enmienda no impidió un pequeño abuso en la elección de dos alcaldes, y a la bolsa le fueron restituidas sus primitivas dimensiones, dándole, sin embargo, forma triangular. Comprenderéis que esta forma acarrea una consecuencia: quedaban muchas bolas al fondo. De allí que se adoptara la forma cilíndrica; más tarde se le dio el aspecto de una ampolleta, cuyo inconveniente, según se reconoció, consistía en que era igual al triángulo, y entonces se adoptó la forma de un cuarto lunar creciente, etcétera. Muchos abusos, descuidos y lagunas tienden a desaparecer, y el resto tendrá igual destino, no completamente, es cierto, pues la perfección no es de este mundo, pero en la medida y en los términos del consejo de uno de los más circunspectos ciudadanos de mi república, Erasmus, cuyo último discurso lamento no poder ofreceros íntegramente. Encargado de notificar la última resolución legislativa a las diez damas, incumbidas de tejer la bolsa electoral, Erasmus les contó la fábula de Penélope que hacía y deshacía la famosa tela, a la espera del esposo Ulises.

— Vosotras sois la Penélope de nuestra república —dijo él al terminar— tienen la misma castidad, paciencia y talentos. Rehagan la bolsa, amigas mías, rehagan la bolsa hasta que Ulises, cansado de vagar, venga a ocupar entre nosotros el lugar que le cabe. Ulises es la sapiencia.


 Galería

 **Rio de Janeiro: conoce la ciudad de Machado de Assis** 

 Interactivo




**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

